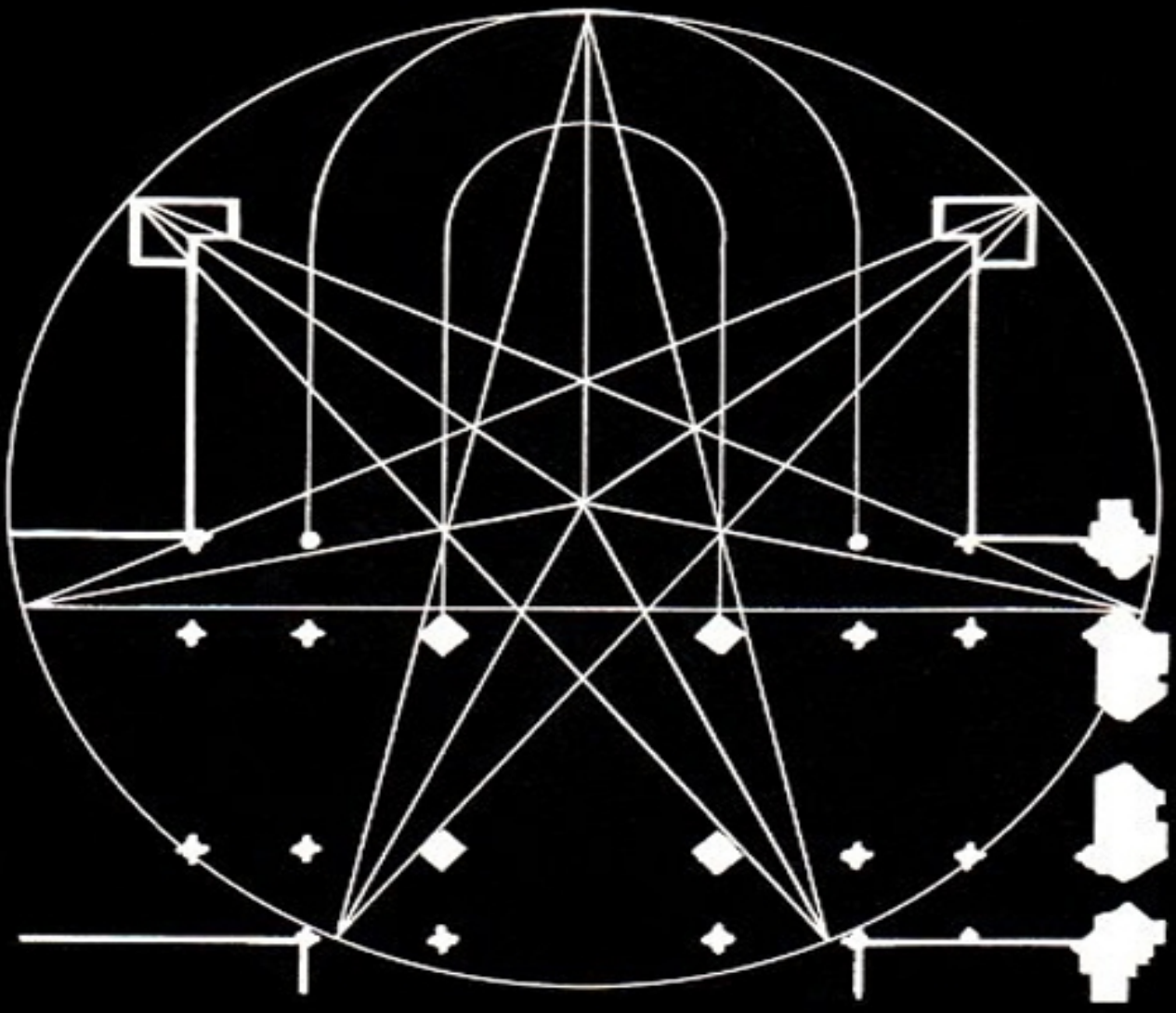
LOUIS CHARPENTIER

el enigma DE LA CATEDRAL de Chartres



En el interior de la catedral de Chartres, a occidente de la parte baja del crucero sur, hay una piedra rectangular, empotrada al sesgo en las otras losas, cuya blancura resalta netamente sobre el matiz gris general del enlosado. Esta piedra está marcada con una espiga de metal brillante, ligeramente dorado. Y cada año, el 21 de junio, un rayo de sol cae exactamente sobre la blanca piedra.

Esta particularidad es señalada por todos los guías y aceptada como una rareza, una diversión del enlosador, del vidriero o del constructor… Pero no; se trata de algo más que de una diversión o un capricho. Es, simplemente, un enigma.



Louis Charpentier

El enigma de la catedral de Chartres

Otros Mundos - 35

ePub r1.1
Titivillus 30.11.16

Título original: *Les mystères de la cathédrale de Chartres*
Louis Charpentier, 1966
Traducción: Domingo Pruna
Ilustraciones: Archives Photographiques, Colección del autor, Giraudon, Jean Feuillie, Jean Roubier, Photothèque Française

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Una mancha de sol

En el interior de la catedral de Chartres, a occidente de la parte baja del crucero sur, hay una piedra rectangular, empotrada al sesgo en las otras losas, cuya blancura resalta netamente sobre el matiz gris general del enlosado. Esta piedra está marcada con una espiga de metal brillante ligeramente dorado.

Ahora bien, cada año, el 21 de junio, cuando luce el sol, lo que suele acontecer en esa época, un rayo bate, a mediodía exactamente, la blanca piedra; un rayo que penetra por un espacio practicado en el vitral denominado de Saint-Apollinaire, el primero del muro oeste de ese crucero. Esta particularidad es señalada por todos los guías y aceptada como una rareza, una diversión del enlosador, del vidriero o del constructor…

El azar me llevó a Chartres un 21 de junio, y quise ver «aquello» como una de las curiosidades del lugar.

A mi parecer, el mediodía local debía situarse entre la una menos cuarto y la una menos cinco de nuestros relojes… Y fue efectivamente en aquel momento cuando el punto luminoso se instaló sobre la losa.

Un rayo de sol que, en una cierta penumbra, hace una mancha sobre un pavimento, ¿qué tiene de extraño? Son cosas que se ven a diario…

No obstante, no pude desasirme de una sensación de extrañeza.

Alguien, en tiempos, había dejado un espacio vacío, un minúsculo espacio vacío, en un vitral… Otro se había preocupado de escoger una losa especial, una losa diferente de las que constituyen el suelo de Chartres, más blanca, a fin de que fuese notada. Se había tomado el trabajo de labrarle, en

el enlosado, al sesgo, un sitio, a su tamaño, donde insertarla; se había tomado el trabajo de practicar en ella un agujero para fijar aquella espiga que no señalaba ni el centro de la losa ni ninguno de sus ejes.

Se trata de algo más que de un capricho del enlosador. Un enlosador no hace un agujero en un vitral para que el sol se pose, unos días al año, en una piedra…

Un vidriero tampoco transforma un enlosado para ilustrar el olvido de una partícula de vidrio en el vitral que acaba de colocar…

Una voluntad concertada había ordenado aquel conjunto. Enlosador y vidriero habían obedecido a una orden. Y aquella orden había sido dada en función de un tiempo: el único momento del año en que el rayo de sol puede dar en la losa es el solsticio de verano, cuando el sol alcanza el cenit de su carrera hacia el Norte. La orden había sido dada por un astrónomo.

Y aquella orden habla sido dada en función de un lugar: la piedra está situada en la prolongación del muro sur de la nave, en el centro de la parte baja del crucero —pero no exactamente en el centro—, y la inclinación de la piedra había sido, con toda evidencia, deliberada; el lugar había sido escogido por un geómetra.

Cuando ese pequeño juego del «sol sobre la losa» durante el solsticio de verano se produce en una de las catedrales más veneradas de Occidente, en uno de los sitios más destacados y de más renombre de Francia, la idea del enigma se adueña de vosotros.

Se adueñó de mí.

¿Qué era aquello que se evadía del «bien pensar», del catecismo, de la teología o de la leyenda dorada? ¿Cuál era aquella advertencia?

Y todo se me tornó súbitamente lleno de misterio. La catedral cobraba una vida propia y que me escapaba sin serme ni mucho menos ajena. Todo se me volvió, a la par, súbitamente extraño y habitual. Aquella bóveda que sentía, en cierto modo, a mi medida, se levaba a mayor altura que una casa de doce pisos; aquel monumento, tan rápidamente recorrido, podía, al parecer, contener un estadio; aquellos pilares, tan exactamente proporcionados que parecían por ello familiares, hubiesen necesitado cuatro hombres con los brazos extendidos para abarcarlos… Y nada había en todo

ello que se saliese de lo humano, nada que no estuviese a la medida del hombre… ¡Qué cosa tan extraña!

Todo se volvía misterio, mas, sin embargo, que lejos me encontraba de aquella impresión de cohibimiento que me había invadido en el umbral del templo de Edfu, cuyos colosales pilares repelen como para arrojaros de un mundo donde el hombre no tiene lugar.

Aquí, por el contrario… La misma penumbra estaba como enajenada de luces resplandecientes. Cada cosa, traía consigo su contrario: la inmensidad era acogedora; la altura; en vez de aplastar, engrandecía. Aunque el sol derivase hacia el Sur, la rosa del Norte resplandecía con mil luces. Las altas figuras de la santa Ana de rostro moreno portando el Lirio y a la Virgen, de Salomón y de David, de Melquisedec y de Aarón, aunque inmóviles, vivían de la luz; aunque hieráticas, eran familiares imágenes infantiles.

Infantiles… Y, sin embargo, la ciencia de las líneas y la de los colores desechaban cualquier idea de ingenuidad.

¿Cuál era, entonces, aquella magia que me sentía tan cerca de comprender? ¿Aquel encantamiento cuyo secreto iba a serme revelado, inmediatamente, allí, junto a aquella piedra donde el sol había puesto, un instante, su imagen redonda?

Hubo un momento, el espacio de un relámpago, en que creí «captar» Chartres y sus enigmas, el de sus piedras y el de sus gemas resplandecientes.

Pero era Chartres el que me había captado.
Las puertas no se abren sin llave, ni sin sésamo.
Había que buscar las llaves.

Es difícil precisar a partir de qué momento la búsqueda se torna vicio, como les ocurre a los aficionados a los crucigramas; pero lo cierto es que puse el dedo en el engranaje, y todo siguió; desde el estudio de obras especializadas hasta el trabado de planos, desde la elaboración de tesis, que pronto se vinieron abajo, hasta las comparaciones de fechas; del entusiasmo al desaliento, me encontré inmerso, a veces hasta el ahogo, en una investigación que saltaba del tiempo ido a los espacios presentes…

Resultaría fastidioso describir los tortuosos caminos que he recorrido en el transcurso de esa búsqueda; tan fastidioso como las horas pasadas sobre la tabla de logaritmos que creía haber arrinconado definitivamente tras mis estudios de bachillerato.

Entrego hoy el resultado de esa investigación —o más bien de esa petición— con la esperanza de que interesará a algunos de mis contemporáneos.

Para la mayoría de la gente, el misterio sólo radica en lo insólito. ¿Quién pensaría en asombrarse de lo que ve cada día? Los habitantes de las orillas del Nilo no hallan misterio alguno en los cientos de pirámides que bordean su río. Se les ha dicho que eran tumbas, y eso les basta.

La catedral de Chartres no es, para los visitantes, más que un monumento gótico entre otros monumentos góticos. Menos misterioso que tantos otros, puesto que no encierra ninguno de esos medallones o imágenes de los que Fulcanelli tan doctamente ha revelado el sentido alquímico.

Sin embargo, ¡cuántos enigmas! Tanto más difíciles de desvelar por cuanto entre los hombres de aquellos tiempos y nosotros ha existido una brecha que hizo tambalear toda una forma de civilización; que hizo estallar lo que era una civilización en polvaredas de individualidades.

A pesar de los engañosos espacios de tiempo, hay una distancia mayor entre los constructores de catedrales y los hombres del Renacimiento que entre éstos y nosotros.

La mayoría de los enigmas de la catedral de Chartres sólo son enigmas para nosotros, hombres del siglo XX, que sólo disponemos acerca de los hombres de otros tiempos de conceptos prefabricados, escolarmente prefabricados.

Si nos ceñimos al arte gótico, éste plantea un enigma al que ninguna repuesta ha sido dada nunca. Se sabe todo de los orígenes de la novela o de los de la picaresca; se remonta su pista de monumento en monumento y de período en período. Pero el gótico ha escapado siempre a las tentativas para fijar su origen. Su problema histórico sigue planteado. Aparece súbitamente, sin primicias, por el año 1130. En algunos años, está en su apogeo, nacido completo y total, sin probaturas ni fallos… Y lo

extraordinario es que, de pronto, se encuentra a bastantes maestros de obras, artesanos y constructores para emprender, en menos de cien años, mas de ochenta inmensos monumentos.

Los historiadores son gentes asombrosas. A veces dan la impresión de que no se plantean problemas. Quizá sea su formación… Su formación es romántica. Existen muy pocas personas capaces de desembarazarse de esa idea romántica de que el «Arte» es una cosa en sí. O también, que el Arte, debe ser la expresión de la personalidad de un hombre, y únicamente la expresión de esa personalidad… Eso satisface bastante a los fabricantes de piezas de arte, y más aún a los traficantes en piezas de arte. A este tenor, el gótico es situado en el rango de simple moda… Se construía gótico porque era la moda; como se escribía novela porque era la moda. Sin embargo, las gentes que hicieron Chartres no pensaban, ciertamente, en animar con un impulso vertical el paisaje horizontal de la Beauce. No pensaban en absoluto «Arte» como lo hacemos actualmente. No habrían emprendido catedral alguna de no haber juzgado que era «útil», y sería asombroso que no la hubiesen concebido «racional».

Todo lo que no comprendemos, que nos parece misterioso, o que tomamos por fantasía de arquitecto o de imaginero, todo ello ha tenido su razón de ser; su razón de ser utilitaria… Aunque no podamos imaginar cuál era aquella utilidad. No es por efecto de una casualidad, ni siquiera artística, que la iglesia esté situada donde se encuentra; no se debe a una casualidad que tenga una orientación insólita en las iglesias católicas; la forma de su ojiva, su anchura, su longitud, su altura, no son el resultado de las reflexiones de un esteta… Visto de otro modo, las relaciones de la longitud, de la anchura y de la altura de las catedrales no han sido establecidas para «hacer bonito», sino porque son el resultado de una necesidad que los constructores no podían soslayar; una necesidad que les era «exterior»… Asimismo, la ojiva procede de una necesidad que es, por otra parte, menos arquitectónica que fisiológica; y esos famosos vitrales, que nunca se han podido analizar ni reproducir, y que tienen, con respecto a la luz, tan extraordinarias propiedades, también han sido concebidos por necesidad…

Todo ha sido levantado para obrar sobre el hombre, sobre los hombres; todo, hasta el más ínfimo detalle; hasta ese laberinto que actualmente se

cubre de sillas; hasta esa losa que ilumina el sol de mediodía en el solsticio de San Juan…

Además, hay otro aspecto de la cuestión en el que por lo general no se piensa. Es que todas esas cosas, gran obra o detalles, fueron realizadas por gentes que sabían lo que hacían… Y el misterio se añade al misterio, porque se ignora quiénes eran aquellas gentes y de dónde venía su saber…

Y aquel saber era muy grande. Notre-Dame tiene setecientos años; ha sufrido, con los deterioros ineluctables del tiempo, al menos un incendio importante, y, no obstante, nunca ha tenido necesidad de ser consolidada, apuntalada, restaurada, salvo algunos puntos de detalle… ¡Y a aquellos extraordinarios arquitectos que la pensaron, aquellos constructores que la hicieron, nosotros apenas les conocemos!

Les conocemos tan poco que cabe preguntarse, a veces, si el misterio no fue creado en torno a ellos por alguna razón de interés político o algo por el estilo; si ese misterio no fue *deliberado* desde el origen, como para sustraerles a cualquier indagación o… inquisición.

Dejo por lo que vale la explicación de los directores de patronatos, pues todo ello no tiene otra fuente que la Fe. La Fe mueve, quizá, montañas, y aquellas gentes tenían indudablemente Fe, pero hace falta algo más para equilibrar la más ancha bóveda gótica conocida —y una de las más altas—; hace falta también sapiencia.

Entonces, nuevo misterio. ¿De dónde venía esa sabiduría? Se nos presenta siempre la Edad Media como una época oscurantista; y no hay solamente falsedad en ese aserto… Es la época de la cruzada contra los albigenses, es la época del nacimiento de la Inquisición de los dominicos, es la época de las hogueras… ¿Cómo conciliar todo ello?

Cluny se explica por sus monjes sabios… Pero no Chartres, Amiens, o Sens, o Reims, que nada tienen de monacal, pues son templos populares, construidos para el pueblo, y por laicos, es decir, por gentes pertenecientes a aquel pueblo ignorante.

Pero ¿cómo consiguió aquel pueblo ignorante proporcionar la cantidad de carpinteros, de albañiles, de canteros, de imagineros —sabios—

necesarios para construir aquellos inmensos navíos de piedra?

Es preciso pensar que, solamente en la Francia septentrional, en la época en que se construía Chartres, había casi veinte catedrales en obra, de igual importancia… ¡Y cuántas iglesias más pequeñas! Todas hechas a mano, si me atrevo a decirlo, con, por único motor, el músculo humano accionando a la mano humana… Y es preciso pensar también que Francia entera no debía de tener más allá de quince millones de habitantes.

Entonces surge otro misterio, el de la financiación. Pese a toda su fe, los operarios no trabajaban gratuitamente. Y todos los historiadores coinciden en decir que el pueblo era pobre, lo que seguramente es verdad. Entonces, ¿de dónde sale el dinero?

¿Donantes? Sus nombras están inscritos en los registros. Donan: quién un altar, quién un retablo, quién un vitral. Fruslerías, en conjuntos semejantes.

Hay las colectas, por supuesto; a veces impuestos sobre los mercados; y para Chartres, los peregrinos. Pero los peregrinos no van sobrados de oro. Y el mercado de un pequeño burgo no debía de ser muy importante…

Entonces, tratemos de razonar con lógica, por lo menos sobre las cosas asequibles a la lógica humana.

Aquella floración de catedrales fue indudablemente *deliberada*.

Tuvo que ser deliberadamente emprendida por un organismo que poseía el saber necesario para construirlas; que tenía a su disposición los constructores competentes; que tenía los medias de financiar a aquellos constructores.

Finalmente, última condición, evidente: habían de ser religiosos.

Pero el clero secular, obispos, canónigos, sacerdotes; no poseían ni el saber ni, salvo en las grandes metrópolis, los medios. Únicamente las grandes Órdenes monásticas, sobre todo la benedictina y la cisterciense, tenían, a la vez, los medios y los constructores; pero ello lo reservaron para sus abadías. No fueron ni Cluny ni el Císter los que construyeron Chartres…

Vamos de misterio en misterio.

Otro más: ¿por qué esa iglesia magnífica, inmensa, en el burgo que era Chartres? ¿Esa iglesia para cuya construcción fueron movilizados, no podemos dudarlo, los mejores entre los mejores maestros de obra, albañiles, canteros, escultores y carpinteros?

¿Estaría Chartres, pues, en un lugar privilegiado?

El misterio del cerro

La catedral de Chartres se levanta en un cerro cuya historia, en muchos aspectos, permanece misteriosa. En los tiempos cristianos, fue uno de los lugares de peregrinación más concurridos de Francia; pero antes de la cristiandad, los galos acudían en masa y, mucho más antes aún, todo el mundo céltico, hasta de allende el Rin.

Los peregrinos de la Era cristiana, aquellos de la gran peregrinación, que venían del Este, entraban en la ciudad por la puerta Guillaume, no lejos de la cual eran acogidos en el hospital del convento de los benedictinos —*l'hopitot*, según el término de la época—, cuya abadía se ha transformado en la iglesia de San Pedro.

Allí eran alojados, reconfortados, asistidos; luego, tras haber orado en la Santa Abadía, oído maitines y misa, iban cantando salmos durante la subida, en su peregrinación, a Nuestra Señora de Bajo la Tierra, que es la Virgen Negra, en cuyo honor habían tomado bordón y esclavina.

Por la galería del Norte, que desciende a la cripta, iban en procesión hasta la gruta, bajo la iglesia, donde se hallaba la santa imagen. Cumplían en ella santurronamente sus devociones y se hacían hisopear con agua del pozo que había en la cripta, o bien bebían de ella, y luego giraban, siempre bajo tierra, en torno del panteón de san Lubino y salían por la galería Sur…

Por la noche, se hacían contar la historia de la Virgen Negra. Era una estatua muy antigua, tallada en un tronco de peral ahuecado y que representaba, sentada y con el Niño Dios en las rodillas, a la Virgen Santa. El tiempo la había renegrido, pues era muy antigua, tan antigua que había

sido esculpida, no por cristianos, sino antes de que naciera el Salvador por los druidas, que eran los sacerdotes de los paganos, a quienes un ángel profético anunciara que de una Virgen nacería un Dios; por lo que la habían representado, en su futuro, con gran devoción y escribieron en el zócalo, con bellas letras latinas, las palabras: *Virgine parituraе*; lo cual quería decir: La Virgen que parirá.

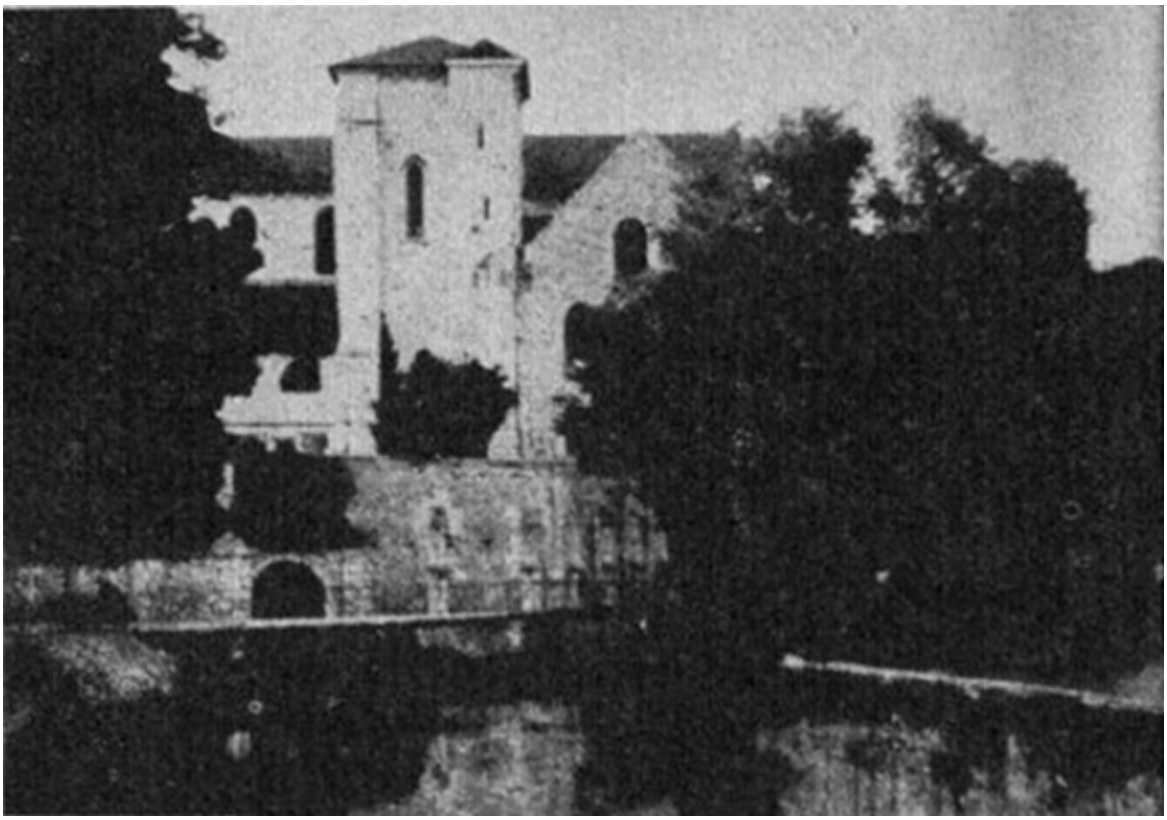
Cuando los primeros cristianos llegaron a Chartres, hallaron aquella estatua y se maravillaron; tuvieron una gran veneración por aquella Virgen profética y siguieron llamando a la cueva donde estaba la «gruta druídica», y, no sabían por qué, el pozo que estaba junto a la gruta «El Pozo de los Fuertes», pues aquel nombre se había conservado a través de los Tiempos.

Lo que quizá los peregrinos no sabían era que ellos tan solo siguieron de nuevo el camino que generaciones y generaciones anteriores habían recorrido ya; pues la peregrinación de Chartres era muy anterior a los cristianos, probablemente incluso anterior a, los celtas. Antes de ellos, generaciones y generaciones habían acudido a recogerse en la gruta donde reinaba una Virgen Madre, que sin duda era una Virgen Negra que quizás había tenido por nombre: *Isis* o *Démeter*, o *Belisama*.



Diríase que el imaginero que esculpió el tímpano de la puerta de la Natividad, en el portal real de Chartres, tomó por modelo a la Virgen

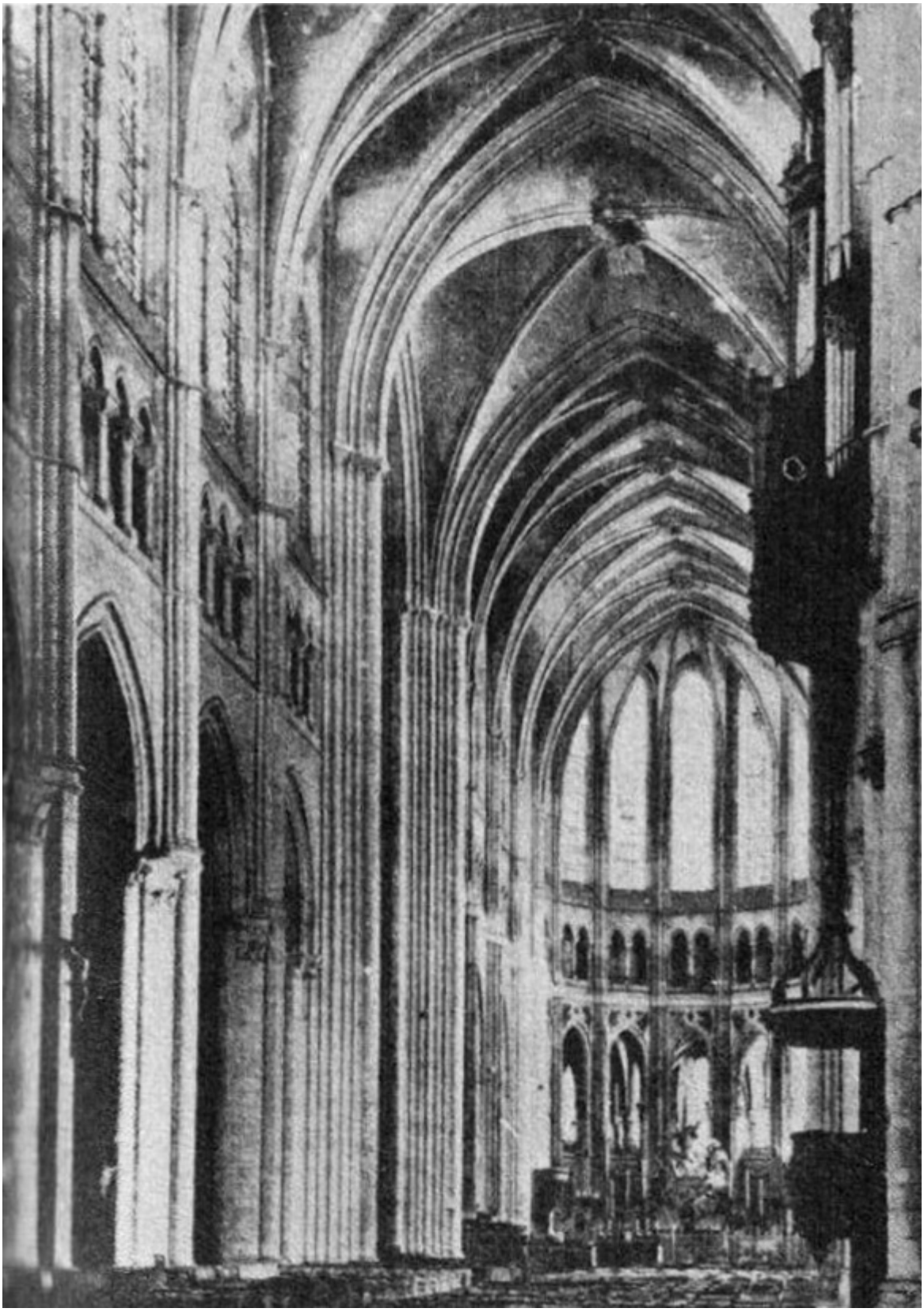
Negra que se hallaba en la cripta y que fue destruida en el siglo XVI. (Foto Giraudon).



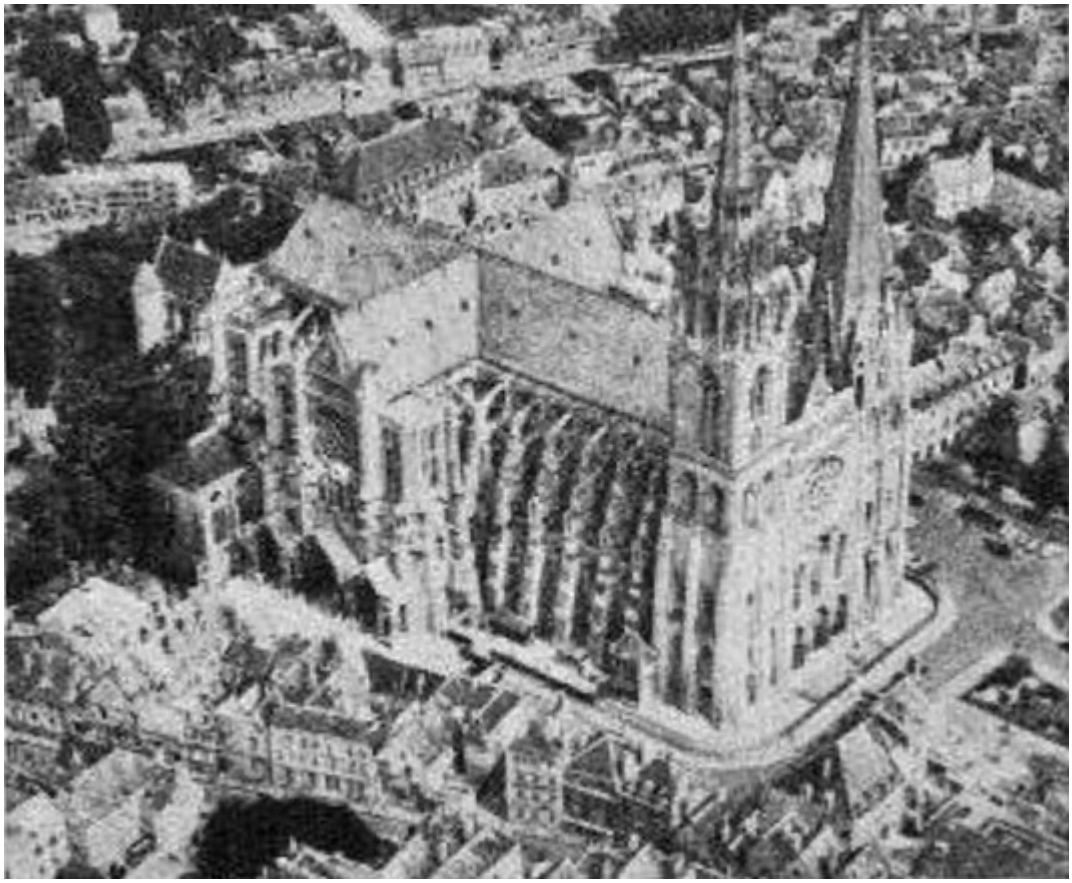
La iglesia de San Andrés, en Chartres, ofrecía la particularidad de tener un coro instalado sobre el Eure, en un arco, hoy desaparecido. (Colección del autor).



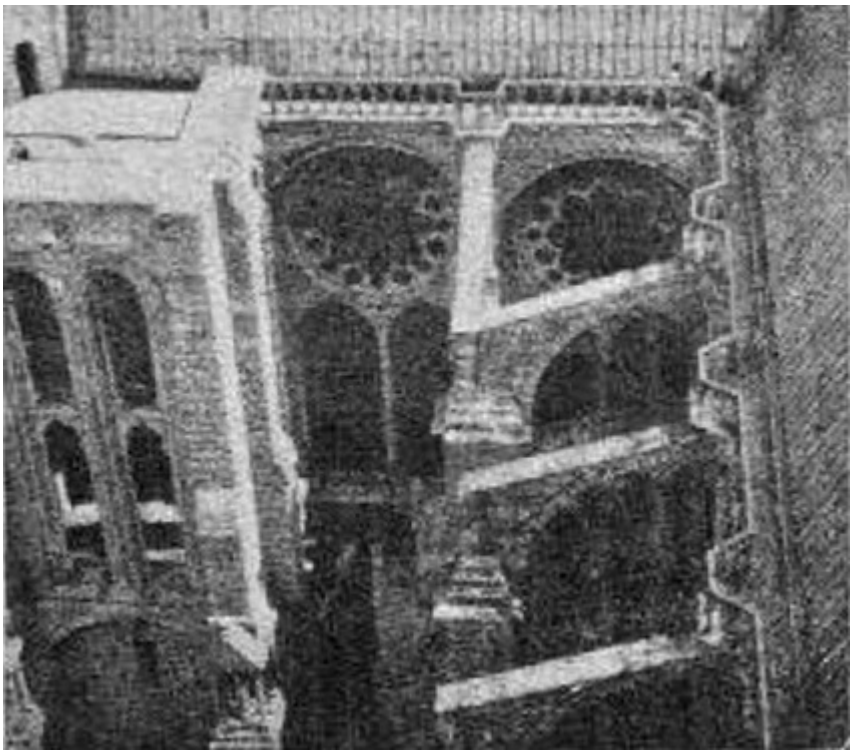
El pozo céltico representado en el pie de Santa Modesta. Pórtico Norte. (Colección del autor).



La bóveda de Chartres.
(Foto Jean Roubier)



Vista aérea de la catedral, que muestra las torres de fijación del ábside, de los cruceros y de la nave.
(Photothèque Française).



Articulación de los contrafuertes del crucero Norte y de la nave, y torre de fijación del crucero.
(Colección del autor).

Gracias a Henri Dontenville[1], se sabe, además, la ruta que seguían los de la gran peregrinación, venida del Este, de más allá de Raon-l'Étape, y el lugar que se convirtió en Sainte-Odile, camino que era asimismo el de la peregrinación al Mont-Tombe, que ahora es el Mont-Saint-Michél.

Caminaban mucho tiempo para llegar aquel lugar, a aquel altozano, donde la tierra les dispensaba sus dones. Pues el primer misterio de Chartres es el de su situación, que esconde uno de los más extraordinarios secretos de la Naturaleza; un secreto que condiciona la vida misma de los hombres.

Hay que pensar en aquellas gentes que, siglo tras siglo, milenio tras milenio, tomaron el cayado de peregrino —cayado pagano o cayado cristiano—, desafiando peligros de los que sólo se habla en los cuentos infantiles; por caminos que apenas eran pistas, donde los arroyos no

siempre eran vadeables, por bosques donde el lobo cazaba a manadas; por pantanos de lodos movedizos donde la serpiente de agua portaba veneno; sujetos a las lluvias; a los vientos, a las tormentas, a los bruscos granizos, insolados o tiritantes, pasando noches sin otro amigo que un pico de manto cubriendo la cabeza, tras haber abandonado, sin saber si volverían a verlos más, tanto familia como hogar, para dirigirse, al menos una vez en su vida, a un lugar donde se cobijaba una divinidad.

¿Qué buscaban? ¿Una penitencia? Pero la penitencia es específicamente cristiana, y la peregrinación data de antes de la Cristiandad.

Era necesario que supiesen encontrar, en el lugar de la peregrinación, una virtud, una influencia benéfica…

Antaño, como tampoco ahora, y aún menos quizá, no se era peregrino sin esperanza de beneficio. Se va en busca de algo que no del puede conseguir a domicilio. Se va a buscar el don de la Tierra; lo que la Tierra da como una Madre.

Se va de peregrinación como a una curad. Los enfermeros se dirigen a los lugares donde el agua —o bien el fango— brotada de la tierra, posee algún poder de curación. Como la peregrinación es de esencia religiosa, es, pues, un beneficio religioso lo que se busca en ella. Es el «Espíritu» lo que se quiere encontrar.

«Hay lugares —decía Barrès— donde alienta el espíritu». Lugares donde el hombre puede impregnarse de espíritu, o, si se prefiere, donde se desarrolla en él el sentido de lo divino; y este es el mayor don de la Tierra y del Cielo al hombre.

Para los antiguos, el hombre no era verdaderamente hombre más que cuando sus facultades espirituales estaban despiertas. Ello se obtenía, ya por don innato, ya por ascesis, embrujo rítmico o somático; pero siempre ocupa lugar aparte el despertar adquirido por acción terrestre en los lugares de peregrinación. Todas las religiones, antiguas o modernas, han tenido siempre sus lugares de peregrinación; antiguos y modernos que por lo general —y normalmente— son los mismos.

Más sensibles que nosotros a la acción y a las virtudes de las fuerzas naturales, los antiguos conocían mucho mejor esos lugares que nosotros, y

nosotros nos vemos obligados, para encontrarlos, a buscar las huellas que ellos dejaron: megalitos, dólmenes o templos.

Tal es, ciertamente, el lugar de Chartres.

A los hombres del siglo XX, ese «Espíritu» que alienta puede parecerles pueril; y es porque las metáforas y las imágenes han cambiado. Este espíritu puede ser designado con palabras muy sabias, pero sería lástima no recordar su viejo nombre galo de la *wouivre*.

Se ha personificado a la *wouivre* de diferentes formas: son imágenes de poetas. *Wouivre* es el nombre que nuestros antepasados daban, a la par, a las serpientes que se deslizan por el suelo —y, por extensión imitativa, a los ríos que «serpentean», como el *Woëvre*—, y a corrientes que recorren la tierra, que serpentean bajo el suelo. Actualmente solemos denominarlas: «corrientes telúricas».

De esas corrientes telúricas las hay que nacen de los movimientos de las aguas subterráneas; otras, de fallas de terrenos que han puesto en contacto suelos de diferentes naturalezas, los cuales acusan diferencias de potencial en los cambios de temperaturas y otros más que vienen de lo más profundo del magma terrestre.

Esas corrientes son la manifestación misma de la vida de la tierra y, allí donde no llegan, la tierra está como muerta, sin fecundidad, como lo estaría una parte del cuerpo humano que ya no fuese irrigada por las corrientes sanguíneas; por contra, aportan, a los lugares donde se manifiestan, una recrudescencia de vida que fecunda las tierras. Son lugares que las serpientes buscan de buenas gana; de ahí, quizás, esa asimilación de las corrientes y de las serpientes que las representan.

Por otra parte y sin duda por similitud, los antiguos denominaban igualmente *wouivres* a las corrientes que ahora denominaríamos «cósmicas» o, cuando menos, «magnéticas». Las representaban con serpientes aladas y, a veces, con pájaros: las *sirenas*. Los lugares donde, a causa de sus naturalezas, se juntaban las corrientes telúricas y las corrientes áreas, originaban *dragones, tarascas* y *Melusinas*.

De esas corrientes terrestres las había buenas y malas. Las buenas eran las que beneficiaban —y siguen haciéndolo— a las plantas, a los animales y

a los hombres. En tiempos, las gentes se reunían para vivir en esos benéficos parajes. Las plantas crecen mejor, los animales se desarrollan prósperamente, y los hombres gozan de más salud.

De esas corrientes fecundantes se señalaban los parajes donde eran particularmente activas con piedras que, en cierto modo, las fijaban. A veces, se enhestaban piedras para recoger *también* las corrientes celestes; ahora las llamamos: *menhires*. Eran piedras de fecundidad, pues acumulaban las propiedades fecundadoras de la tierra y del cielo.

No nos engañemos; se trataba de piedras utilitarias, «funcionales», dirían nuestros tecnócratas. Resulta en verdad imposible imaginar que las gentes del pasado hubiesen razonado como un ama de casa que arregla su salón y cuelga un cuadro porque «da buen tono»… No era seguramente para «dar buen tono» que los antiguos alzaban un menhir. Cuando lo transportaban y lo erigían, era porque resultaba útil: para fecundar los campos o para otra cosa.

Igual sucedía con los dólmenes. No era para «dar buen tono» que fue transportado el dolmen de Antequera, con sus treinta metros de largo y anchura proporcional —transporte que no se sabría efectuar ya actualmente —. Pero el dolmen no es piedra de fecundidad, el dolmen es piedra de religión. Está situado en un lugar donde la corriente telúrica ejerce en el hombre una acción espiritual; está situado en un lugar donde «alienta el espíritu». Recrea la caverna, y es en el seno mismo de la tierra, en la habitación dolménica, donde el hombre va buscar el don terrestre.

Ahora bien, entre todos los lugares sagrados, señalados con dólmenes y templos, había uno más reputado que todos los demás, situado en el país carnuto…

Y ahora debemos retroceder mucho, a los tiempos en que la historia es leyenda, símbolo, alegoría; no tan lejanos, por lo demás, para que la Historia no haya quedado inscrita en el suelo con nombres que resistieron todas las convulsiones, todas las guerras, todos los cambios.

En aquellos tiempos, muy remotos, el Gran Dios de las Galias, Uno e Incognoscible, era designado con el nombre de Belen porque el Sol, en su

carrera de precesión de los equinoccios, hacía su paso primaveral por la constelación de Aries, que en galo, conservado en el francés antiguo, se llama *bélin*.

En tiempos de Belen (desde 2000 años antes de Jesucristo hasta nuestra Era, aproximadamente), los lugares que le estaban consagrados eran los terrenos de Belen: *Belengaard*, de ahí todos esos *Bellegarde*, que no conciernen ni a la belleza ni a la guardia; esos *Blenes, Bléneau, Balin*, etcétera, que subsisten en los nombres de nuestras a aldeas y nuestros pagos.

Como es sabido, Belen contaba con un paredros, esposa y hermana, que era su manifestación material su expresión terrestre y fecunda: *Belisama*.

Y ahí circunscribimos el problema: a aquella diosa —aunque no se tratase de una diosa en el sentido latino del término— había sido consagrada, en las Galias, una región situada bajo su vocablo y que mediante las alteraciones fonéticas, pasó sucesivamente de *Belisama* a *Belisa, Belsa, Biausa, Biause* y en fin, Beauce, donde estamos actualmente y que Suger, en *Vida de Luis VI el Gordo*, llama aún «La Tierra de los Santos».

Les Vrayes Chroniques (Las verdaderas crónicas), aquellas que precedieron al Pantagruel de Rabelais, cuentan que *Belisama*, con el nombre de *Carmelle*, la «portadora de piedra», virgen y fecundada por el espíritu divino de Belen, engendró un hijo que fue; «El de la Piedra gigantesca», de la *pierre gante*…

La piedra es *Gar*; el ser, es *Tua* (en plural: *Tuata*); y el de la piedra gigantesca, es *Gar-gan-tua*.

En plural, ello había dado los *Gargantuata*, la tribu de las piedras gigantescas; al igual que hemos tenido las *Nantuata*, los *Nantuates*: los del río, del *Nant*. El nombre ha sido conservado en Nantua…

Aquel buen gigante de Gargantúa, montado en el caballo de Belen, el caballo *Béliard* (el *Bayard* de la leyenda, que adoptaron los monjes de Stavelot, autores de la gesta de los Cuatro Hijos Aymon), aquel Gargantúa, pues, recorría el mundo, como Apolo en su carro, de Este a Oeste, al ritmo de las estaciones, roturando los bosques, desecando los pantanos, construyendo estanques y lagos…

De creer a Rabelais, también habría sido él quien roturó la Beauce; él o, al menos, su caballo, el cual, agitando la cola, echaba abajo los encinares que la cubrían…

Gargantúa, que se preocupaba, mucho de la fecundidad de las tierras, era un gran transportador de piedras gigantescas: cantos rodados, losas, menhires; todas, sin duda, piedras de fecundidad.

Ahora bien, entre aquellas piedras había una, en la región consagrada a Belisama, en la «Tierra de los Santos» de Suger, una tan sagrada que un pueblo entero había sido designado a su custodia. Eran llamados: «Los Guardianes de la Piedra»: los *Carnutos*.

Y el lugar santo, de aquellos *carnutos*, allí donde estaba la Piedra sagrada, era: *Carnute-Is*, actualmente Chartres, en Beauce, el *Is de los Carnutos*.

Los latinistas, que se empeñan en hacer derivar la lengua francesa de no se sabe qué bajo latín de legionarios, explican los nombres de «tribus primitivas» convertidos en nombres de ciudades por una forma ablativa. Así, para Albert Dauzat[2], París se explica por: *civitas de Parisiis*, pero a este tenor, la ciudad de Is, la Is sepultada, la ciudad santa, que custodiaban los Ismii, ¿sería la forma ablativa de qué? ¿Y esa otra Is, en el Tille, cerca de Dijon?

Hay que llevar el luto del ablativo latino. *Is* no es latín, ni siquiera es específicamente galo. *Is*, es lo sagrado, es la cosa sagrada, es el lugar sagrado. Se le encuentra en los ríos sagrados, cómo el *Is-aar*, como el *Is-ère* , las aguas que poseen un «tabú». Amiens, no es la c*ivitas de Ambioniis*, es: *Ambion-Is*, el Is, el lugar sagrado, de los ambiones. Sens, no es la *civitas de Senomiis*, es *Senon-Is*, el Is, el lugar sagrado, de los senones; y Chartres no es la *civitas de Carnutiis*, es *Carnut-Is*: el lugar sagrado de los carnutos.

Exactamente, no es originariamente, la ciudad, la villa; es solamente el lugar sagrado, del cual, hacia el siglo III, al parecer, la ciudad tomo el nombre, por extensión.

Esto está perfectamente claro, como es perfectamente claro que la piedra sagrada de: *Belisama* ha sido colocada en el lugar sagrado; esa piedra cuyos guardianes son los carnutos.

Y esa piedra, cuyo transporte y colocación remontan a la noche de los tiempos, sigue ahí; y es sobre ella donde se construyó la catedral.

Hay pruebas: en el siglo XVI, un testigo vio ese «vestigio de los antiguos altares de los ídolos». No fue quitada desde entonces; sigue ahí.

Y esa piedra es un dolmen. En primer lugar, por causa de esa gruta «druídica» situada bajo el «altar de los ídolos», que hace de la gruta un habitáculo dolménico. En ella se encontraba la Virgen Negra.

Luego, porque hay el pozo, un pozo céltico, rectangular, aparatoso —fue hallado y descombrado en 1904 por René Merlet—, y porque los carnutos dolménicos contaban siempre con pozos similares. Los druidas practicaban, en efecto, una especie de bautismo mediante agua, lo cual es clásico en todo ritual de iniciación.

El pozo de Chartres parece haber tenido una particular importancia, sea porque su agua haya tenido virtudes especiales, sea porque se le haya atribuido un valor mágico Desciende a treinta y tres metros de profundidad y la capa freática se halla a treinta aproximadamente del piso, de la cripta. La importancia de ese pozo para los constructores de la catedral es atestiguada por su representación, en el portal Norte, a los pies de Santa Modesta.

Sobre el valor sagrado del lugar, la Historia nos da la comprobación necesaria. En sus *Comentarios de la guerra de las Galias*, Julio César, aquel guerrero que a veces disponía de tiempo para interesarse en diversas cosas cuando el afán de su carrera no le absorbía, dice, en algún sitio, que los druidas tenían un lugar de reunión en un paraje del bosque carnuto.

Ahora bien, las huellas del bosque que rodeaba Chartres son todavía visibles… ¿Y dónde hubiera podido hallarse un lugar más sagrado sino en el Cerro sagrado, es la Is sagrada, rodeada de Bosques sagrados, en la tierra de Belisama?

Sé que numerosos historiadores, entre ellos Jullian, han querido situar ese lugar en los confines de la tierra carnuta a orillas del Loira, cerca de Saint-Benoît-sur-Loire. Pero aquél era el lugar de la asamblea *política* de los jefes de la Galia, o de las Galias; allí se debatían los problemas comunes a todos los galos, y allí los druidas, en cumplimiento de una de sus funciones, dictaban su laudo.

Por lo demás, aquel lugar no se encontraba en el país carnuto: estaba en la confluencia de los senones, los eduenos, los bitúrigos y los carnutos. Debía de hallarse en el emplazamiento actual de Lion-enSulias; Lion, que era un *Lugdunum*, una fortaleza de *Lug*, patrón de las personas ingeniosas… Y que no forma parte de «La Tierra de los Santos».

He aquí lo que dice Duchet, historiador de la catedral: *Si se considera su asentamiento* (de la catedral) *está erigida en lo más alto de la ciudad, sobre un accidente del terreno donde en tiempos, según nuestros antiguos anales, había el bosque sagrado en él que se reunían los druidas para practicar sus sacrificios y devociones.*

Allí —dice Bulteau, otro historiador— *se encontraban el santuario por excelencia de los druidas y la sede de su tribunal soberano. Allí se encontraban el ambiente de las Gaitas y el gran Númetres. En una palabra, era al centro del druidismo.*

Otra prueba más, que hace del cerro da Chartres el lugar de reunión de una asamblea druídica: ese cerro era llamado *Lugar de los Santos fuertes*, pero, anteriormente, era conocido como *Lugar de los Fuertes*, lo cual posee el significado particular de *Iniciados*… ¡Y quién lo era, si no, en tiempos de los druidas!

Hay coincidencias graciosas: Jullian señala, cerca de Fontevrault, un dolmen que considera, en cierto modo; como un modelo del género.

Tiene 10,40 m de largo por 6,45 m de ancho. ¡Una hermosa pieza que debe de pesar más de cien toneladas! Está labrada según las proporciones del Numero Áureo. ¡Y ese dolmen está situado en el territorio del municipio de *Saint-Fort*!

Otras pruebas refuerzan la antigua importancia de ese cerro de Chartres: algunos monumentos que subsisten y, sobre todo, la toponimia de la región. Aunque el recuerdo del cerro, de la peregrinación y de la Virgen Negra hubiese desaparecido, el círculo de parajes que rodea Chartres bastaría para designar ese destacado lugar de las Galias, que sigue siendo uno de los lugares destacados de la cristiandad.

Alrededor de Chartres, existía, en tiempos, una enorme cantidad de megalitos, menhires, dólmenes y otros conjuntos de piedras que aquí se

denominan *murgers* y que corresponden a los *cairns* británicos. Muchos han desaparecido, pero los nombres subsisten.

Por no citar sino algunos ejemplos, hay, al Sur, en Morancez, un dolmen: *La piedra que gira*. Otro, al Sudeste, entre Berchere-les-Pierres —de donde se extrajeron las piedras de la catedral— y Sour, donde se hallaba una de las más importantes encomiendas templarías de Francia; es *La Piedra arrugada*. Muy cerca de ahí, dos parajes denominados *La Piedra cubierta*, cuyos dólmenes han desaparecido. O todavía están enterrados.

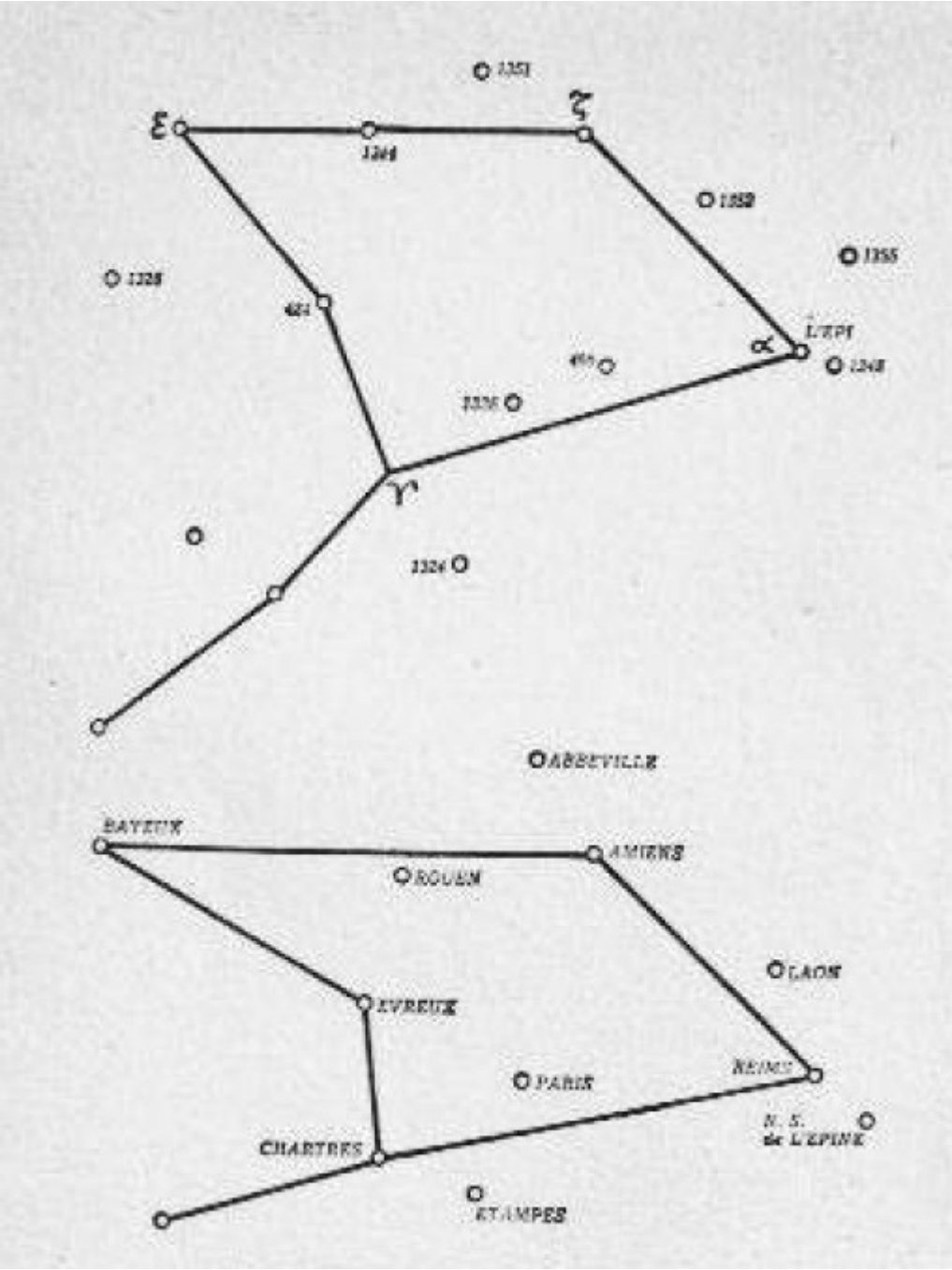
Al Sudeste, también, más cerca de Chartres, existe un paraje denominado *Beaulieu*, que es un *Lieu-Belen* (al sur del Loira se habría dicho: *Bellac*), cerca de los *Beaumonts*, que son *Belenmons*.

Al Este: *Les Murgers*, cerca de *Nogent-le-Phaye*, que es una *Nogent-la-Fée* (Nogent el Hada); al Este, también: *Archevilliers*, con un paraje: *L'Arche*, y esa *arche*, viene de *arca*, designación ligur y gala del dolmen.

Al Norte, una aldea, *Gorget*, bajo cuyo nombre pronto encontraríamos un *Lieu-Gar-gan*.

Muy cerca de allí, al Nordeste, hay una *Butte Celtique* (Colina céltica), cuyo apelativo me parece reciente; pero que está cerca de un menhir llamado *El Pie de Hada*, de un paraje llamado *Las Damas blancas*, y de otro *Los Campos Pedregosos*, donde había, sin dudar piedras sagradas, desaparecidas.

Cabe decir, pues, razonablemente, que todo ello no es producto de la casualidad.



LA CONSTELACIÓN DE VIRGO
Y LAS NOTRE DAME DE «FRANCIA»

Si los druidas se reunían allí; si había quienes aguantaban todas las molestias y peligros del viaje peregrino, era porque sabían que encontrarían

en aquel lugar un «espíritu» —por citar una frase de Barrès—, particularmente poderoso y de una calidad señera.

De preferir una forma más moderna, diríamos que ese cerro donde se asienta la catedral es el lugar en que desemboca una corriente telúrica particular. Hubo, por lo demás un obispo de Chartres, que no era de la clase de aquellos que rompieron los vitrales para ver más claro, o que llenaron la catedral de altavoces, monseñor Pie, quien decía al hablar de su iglesia: *El manantial está abajo y por debajo*.

Si usamos una imagen reproducida por la Iconografía cristiana en miles de ejemplares —aunque no sea seguro que siempre haya sido comprendida —, Nuestra Señora, la Virgen, tiene los pies sobre la cabeza de la serpiente, sobre la cabeza de la *wouivre*.

El manantial está verdaderamente debajo, y es la razón par la cual el dolmen fue erigido en aquel paraje, así como las iglesias que se han sucedido en ese paraje. Y se comprende el porqué pudo escribir el canónigo Bulteau: *Puede decirse que, en Occidente, Chartres es la tierra clásica de la Encarnación.*

Es justamente lo que explica la alegoría de la Virgen Negra: La Tierra Madre que origina sin otra influencia que el Cielo —ahora diríamos «cósmica»—, una manifestación, una irradiación activa que su propia cualidad puede hacer calificar de *divina*.

El examen de la situación de Chartres en el conjunto francés pone también de manifiesto una cosa curiosa:

Existe, en lo que antaño fuera la Galia Bélgica, en las antiguas provincias de Champaña, Picardía, île-de-France y Neustria, cierto número de catedrales bajo la advocación de Nuestra Señora (las de los siglos XII y XIII). Ahora bien, esas iglesias trazan, sobre el terreno, y casi exactamente, la constelación de Virgo tal como se presenta en el cielo. Si superponemos a las estrellas los nombres de las ciudades donde se hallaban esas catedrales, la *Espiga de la Virgen* sería Reims; *Gamma*, Chartres; *Zeta*, Amiens; *Epsilon*, Bayeux. En las estrellas menores encontramos Évreux, Etampes, Laon, todas las ciudades con *Nuestra Señora* de la buena época. Encontramos así mismo, en la posición de una estrella menor, cerca de la

Espiga, a Nuestra Señora de la Espina, que fue construida mucho más tardé, pero cuya construcción revela también algún misterio…

Maurice Leblanc había observado ya, mucho antes que otros, que las abadías benedictinas de la región de Caux dibujaban, sobre el terreno, la imagen de la Osa Mayor; se ha descubierto últimamente que los campos que rodean Glanstonbury, en Sommerset, allí donde se emplaza, tradicionalmente, la isla de Avalon, con el pozo druídico del Grial, *Chalice Well* y la *Tombe-Arthus*, dibujan los doce signos del Zodíaco… Y cabe perfectamente preguntarse si esas interpretaciones de la Tierra y del Cielo son productos de fantasías humanas o si fueron impuestas por una forma de necesidad superior, a espaldas de los hombres que solamente habrían seguido una especie de instinto cósmico.

Sea como fuere, en lo que concierne a Chartres tenemos todos los datos del problema; quiero decir: la peregrinación.

Las corrientes de la vieja Tierra son numerosas y diversas, pero se trata, en ese paraje, de una corriente particularmente sagrada, capaz de despertar el hombre a la vida espiritual.

Aquí nace lo *divino*, y es menester, por lo tanto, que ninguna injerencia material venga a turbar o a destruir esa corriente. El Cerro de Chartres no debe ser mancillado… Y por eso, de todas las catedrales de Francia, Chartres es la única donde no se ha inhumado ni rey, ni cardenal, ni obispo. El Cerro debe permanecer virgen.

Las sepulturas de los obispos de Chartres están todas en la capilla de Saint-Piat, que fue construida en el extremo del ábside en el siglo XIV y que se halla fuera del Cerro sagrado. Las sepulturas de los canónigos estaban al final del ábside, en un pequeño cementerio, actualmente inutilizado, igualmente fuera del Cerro sagrado.

Y el tabú puesto sobre el Cerro debe de ser harto poderoso, puesto que, aun en nuestros tiempos, en que todo se revuelve con bastante desconsideración, nunca se ha hecho ninguna excavación en el Cerro que encierran los pilares del coro y de la nave.

El misterio de la orientación

La elección del Cerro de Chartres no es debida al azar. Chartres es un lugar donde el Espíritu penetra, donde puede penetrar la materia; un lugar donde el Espíritu se encarna y más especialmente, durante las grandes pulsaciones de la *wouivre*, pulsaciones estacionales, análogas a las de la circulación sanguínea y que condicionan las fechas de peregrinación.

Entonces, puede ser recibida la iniciación… Una elevadísima iniciación, puesto que los druidas la utilizaban para sí mismos.

Entendámonos. Cuando hablo de iniciación, no hablo de «saber». La iniciación no es un grado de conocimiento, sino un *estado*.

Ser iniciado, es ser *introducido*; ser integrado en el juego de las fuerzas naturales, comprenderlas, captarlas —las etimologías son muy claras—, sentirlas en sí, como por un instinto superior en el cual el cerebro no interviene. Es estar religado a esas fuerzas, es decir, ser religioso en el sentido propio del término (del latín: *religare*). En una palabra, es estar penetrado por el Espíritu.

Mas he aquí que, en Chartres y en otros lugares, como en Puy-au-Velay o Santiago del Compostela, una cualidad particular de la Tierra, una corriente telúrica de una potencia especial, permite al hombre obtener esa integración, esa iniciación, esa gracia; y era menester que ese nuevo nacimiento a un estado superior fuese estimado como un gran premio para poner en marcha las multitudes de peregrinos.

Hace falta admitir que, de todos aquellos llamados, el número de «elegidos» debió de ser bastante escaso, y, sin duda, los druidas, que fueron

largo tiempo los hierofantes del lugar, tomaban algunas precauciones para iniciar solamente a quienes eran dignos de ello; y, por consiguiente, no caerían en la tentación de hacer mal uso de los evidentes poderes resultantes.

Cabe suponer verosímilmente que la peregrinación de Chartres fue, primitivamente, privativa de una *élite* que acudía en busca de una Consagración final, la del «nuevo nacimiento».

De forma harto confusa, la leyenda tradicional ha conservado el recuerdo de «periplos» en los cuales los elementos de una iniciación son dados a fragmentos de lugar sagrado en lugar sagrado hasta el nuevo nacimiento. Así, como es sabido, procedían los druidas. Así procedían los viajeros filósofos griegos cuyo paso por los templos egipcios era obligatorio.

Debía de existir, como en el Juego de la Oca, como en la *marelle*, donde los niños empujan a coxcojita un guijarro por una sucesión de casillas, un trayecto determinado que recorrer; en que los resultados obtenidos en un lugar condicionan la continuación en otro.

Más tarde, las multitudes que sin duda siguieron no tuvieron durante mucho tiempo sino derecho al simulacro… Pero no al paso de los tres nacimientos en la senda cubierta que *debía* preceder el dolmen y que *debía* tener la orientación de la catedral actual.

Existe en Chartres, a orillas del Eure, casi en el eje de la catedral que, desde su Cerro domina de muy alto, una pequeña iglesia románica secularizada, con un pórtico de tres puertas, muy simple y muy puro, cuya particularidad era, en tiempos, poseer un coro instalado sobre un arco tendido sobre el río, como para impregnarse del espíritu del agua que discurre.

Desgraciadamente, el arco está actualmente roto, y sólo quedan vestigios de él.

La iglesia debe de haber servido durante mucho tiempo de granero o de almacén. Los servicios de monumentos históricos, que desde hace algunos años intentan restaurarla, han acopiado en ella numerosas piedras viejas que no carecen de interés.

Es posible que su situación, ligeramente al norte del eje de la catedral, sea producto de la casualidad, pero ello resultaría extraño sí se tiene en cuenta el cuidado que ponían los antiguos, cristianos incluidos, en establecer los lugares de culto en puntos telúricamente; válidos, es decir, sagrados.

¿No nos daría esa situación el sentido de la corriente telúrica, de la *wouivre* que baña a Nuestra Señora con sus efluvios terrestres?

Pues, contrariamente a la generalidad de las iglesias cristianas de antaño, esta catedral no tiene su cabecera dirigida hacia el Este sino hacia el Nordeste, de más de 45°; exactamente, si hay que dar crédito a los planos y las alineaciones dadas por el Instituto nacional geográfico, de 47°.

Si se tratase de una iglesia cualquiera moderna, eso carecería de interés, pero Chartres no es una iglesia moderna, y ese detalle de la inclinación tiene, por el contrario, suma importancia.

Una vez más, hemos de partir de muy lejos y relacionar el caso particular de Chartres con unas especies de leyes generales.

La Tierra gira de Oeste a Este; por lo que los astros inmóviles, respecto a ella, giran de Este a Oeste; Sol y estrellas…

La Tierra gira con su capa de aire, pero existe otra cosa invisible que no gira con ella, que no gira al mismo tiempo: es el medio en el cual están inmersos los mundos. Lo que los griegos llamaban el *Éter*; lo que los alquimistas denominan el *Spiritus mundi*; lo que nuestros antepasados llamaban también la *Wouivre alada*, la *Gran Serpiente celeste*, a causa de cierta analogía de cualidad con las *wouivres* subterráneas.

Ese éter dentro del cual evolucionamos, supuestamente —repito, supuestamente— inmóvil, está animado respecto a nosotros, por un movimiento contrario al nuestro, es decir, que va del Este hacía el Oeste.

Huelga precisar, creo, que se trata ahí de una corriente vital, tan necesaria a la vida como cualquier otro elemento, agua o aire, tierra o fuego… Parece, además, tener una acción nada desdeñable sobre la evolución de las cosas y de los seres.

En esa corriente, el hombre, que la usa sin saberlo, puede adoptar dos actitudes, dos posturas posibles; las mismas que adoptaría en la corriente de

un río: dejarse arrastrar, u oponerse…

He aquí un pequeño experimento, muy fácil por lo demás; clavad una manzana o una naranja en una aguja de hacer punto. Poned una hormiga sobre el fruto y hacer girar el fruto en torno a la aguja; la hormiga se pondrá en movimiento en sentido inverso a la rotación, es decir, hacia el oeste de vuestro fruto…, quizá por el menor esfuerzo.

Y eso hacen, en la Tierra, las migraciones humanas, pues el hombre, reunido en masas, actúa como si la masa no tuviese otro instinto que el animal. Las ciudades, es sabido, se desplazan hacia el Oeste.

Pero el hombre, llegado a determinada fase de individualidad, no se abandona a esa corriente; se encara con ella, marcha a su encuentro para mejor impregnarse, para recibir su inapreciable don. E incluso separa los brazos, con las palmas abiertas; es la posición del «orante»…

Así se ponía, hasta estos últimos tiempos, el sacerdote en el altar; así *debía* ponerse, cara a Oriente; así debían ponerse los fieles, de pie… Y descalzos para conjuntar en sí la corriente que viene del suelo y la que viene del cielo. Volver la espalda es rehusar al don, es rehusar una forma de vida… Las tierras míticas de los muertos están siempre en el Oeste, tanto si se trata de la Tierra de los Muertos egipcios como si se trata de la isla de *Avalon* (A–val) de los celtas.

Por eso las iglesias siempre han sido «orientadas», en el sentido literal del término. ¿Por qué, entonces, Chartres se encuentra dirigida no hacia el Este sino hacia el Nordeste? ¿Acaso un error del constructor? ¡Imposible! Hubiese sido el único de toda la cristiandad en haber «perdido el Norte».

Sólo existe una explicación: es el sentido de la corriente telúrica. Se va a Chartres a pedir algo a la Tierra, y es en la corriente terrestre donde es menester bañarse; y es en esa corriente terrestre donde es menester presentarse de cara.

Es precisamente lo que permite suponer, con todas las apariencias de la más completa verosimilitud, que en los tiempos en que el monumento religioso del Cerro sagrado era un dolmen, debía de estar precedido de una senda cubierta por la cual el hombre iba, bañado por la corriente telúrica,

hacia aquel nuevo nacimiento que era la impregnación de su ser por el Espíritu divino.

Es muy de notar, por lo demás, que: los cristianos hayan vuelto a crear aquella «senda cubierta», pues, ¿qué son, si no, las galerías que, desde las torres de la fachada, conducen a la gruta donde se hallaba Nuestra Señora de Bajo Tierra, al lugar del dolmen, al pozo cuya agua era reputada maravillosa antes de que lo cegaran?

Un instrumento musical

Chartres es un monumento gótico.

El gótico es un sistema de construcción que se basa en el llamado crucero de ojivas.

Se suele situar su aparición alrededor del año 1130, Según Régine Pernoud, *es en Lombardía donde aparecen los primeros cruceros de ojivas que se conocen, así como en la región de los Alpes y en el sur de Francia*[3]. Jean Taralon las descubre igualmente en Jumièges[4]. Son señalados también en Inglaterra.

Total, no se sabe. El gótico aparece por todas partes a un tiempo en el Occidente cristiano; y siempre en abadías benedictinas o cistercienses. Sobre todo, cistercienses.

Otra cosa; el gótico aparece después de la primera Cruzada y, más especialmente, tras el retorno, en 1128, de los nueve primeros Caballeros del Temple.

Doce años después de esa fecha, Suger, abad de Saint–Denis, erige una bóveda gótica sobre los basamentos románicos de su abadía. La catedral de Noyon fue iniciada aproximadamente en la misma fecha.

Y a partir de entonces se construyen en todas partes; iglesias abaciales o iglesias laicas; sobre todo, por lo demás, en Île–de–France y en Champaña.

El hecho es bastante extraordinario para ser notado: porque supone la formación de maestros de obras y que, por lo tanto, hubo escuela, de la que aquéllos se desparramaron por el Occidente cristiano; y porque ello supone igualmente que hubo *voluntad* de difundir aquel sistema de construcción.

Y esa voluntad de difusión implica que los promotores, religiosos, esperaban, de aquel crucero de ojivas, una acción religiosa válida.

Es, pues, todo el misterio de lo gótico lo que plantea su propia historia.

Lo gótico no sucede a lo románico. Románico y gótico han existido a un tiempo. Los constructores románicos siguieron haciendo románico mientras los constructores góticos hacían gótico…

Y ambas «escuelas» no se mezclan. Cuando la escuela románica intenta el gótico, no desemboca, las más de las veces, sino en un sistema un poco bastardo, que más tarde, curiosamente, ha sido denominado, cortésmente: «gótico de transición». En cuanto a los constructores góticos, no titubean. Los constructores de Senlis, en 1154, conocen perfectamente su oficio.

Es sabido que los constructores de iglesias se agrupaban en hermandades; se traía, pues, de dos hermandades diferentes (y esto es importante), aunque no se ignoran.

Por otra parte, la ciencia necesaria en uno y otro caso no es la misma.

Aunque uno y otro sistema proceden del mismo anhelo, que es utilizar, en provecho de los hombres, el don de la Tierra Madre, la corriente telúrica de un lugar.

El procedimiento más sencillo —y el primero de todos— es, evidentemente, ir a buscar esas corrientes en su manantial, en el mismo seno de la tierra, en la caverna; o también por el uso del agua que la impregna; de ahí el pozo ritual.

Cuando no hay caverna, o es insuficiente, se crea una caverna artificial que fue, para los megalíticos, la estancia dolménica; para los cristianos, la cripta.

Para reforzar la acción de esa corriente, los megalíticos recurrieron, a un notable instrumento de piedra: el dolmen.

Además de otras diversas cualidades, la piedra posee dos, muy notables: la primera es que, como su hermana pequeña artificial, el ladrillo, la piedra es un acumulador. La piedra se «carga» de las influencias telúricas o cósmicas; la segunda, es que es una materia capaz de entrar en vibración.

Cabe concebir un instrumento musical constituido de piedras racionalmente labradas (que es el caso de los obeliscos).

Ahora bien, el notable instrumento que es el dolmen, tabla de piedra sostenida por dos, tres o cuatro soportes, semeja un poco a una lámina de xilófono. Esta tabla, sometida a dos fuerzas contrarias, que son su cohesión y su peso, se halla «en tensión». Puede, pues, vibrar como una cuerda de piano tensa.

Es, a la vez, un acumulador y un amplificador de vibraciones. Y el valor de la onda telúrica cobra en la estancia dolménica toda su potencia, puesto que desemboca en una caja de resonancia.

Se dirá que ello supone una ciencia mayor de la que puede admitirse en cazadores de bisontes que tallaban sus flechas en sílex. Pero también sería absurdo imaginar que los dólmenes fueron erigidos para nutrir el folklore, y la catedral de Chartres para decorar el paisaje de la Beauce.

¿Y qué se sabe de la ciencia de aquellos «salvajes» que transportaron, en las montañas de Andalucía, un pequeño dolmen de casi treinta metros de longitud y una anchura correspondiente? Lo que sin duda plantearía un problema a las máquinas modernas…

Sea lo que fuere, cuando el arte y la ciencia de trasladar y de colocar aquellas enormes tablas de piedra hubieren desaparecido, se probaron otros métodos.

Por falta, sin duda, de conocimientos suficientes, el cristianismo primitivo, y luego el bizantino y el románico, edificaron, sobre el suelo, la caja de resonancia, la caverna original, utilizando la cúpula y la bóveda de medio punto, herencia de Roma.

Pero esa bóveda, estática, pesante, pero sin tensión, no posee ninguna cualidad vibratoria. Y ello condujo a los abades benedictinos a duplicar la acción terrestre, de un lado, con la música —y de ahí el canto gregoriano—, y, por otro lado, con esa música visual que es la armonía geométrica de las proporciones y de las formas monumentales.

Hacia finales del siglo XI, sin duda después de los persas, Cluny, al parecer, descubrió la ojiva y sus propiedades.

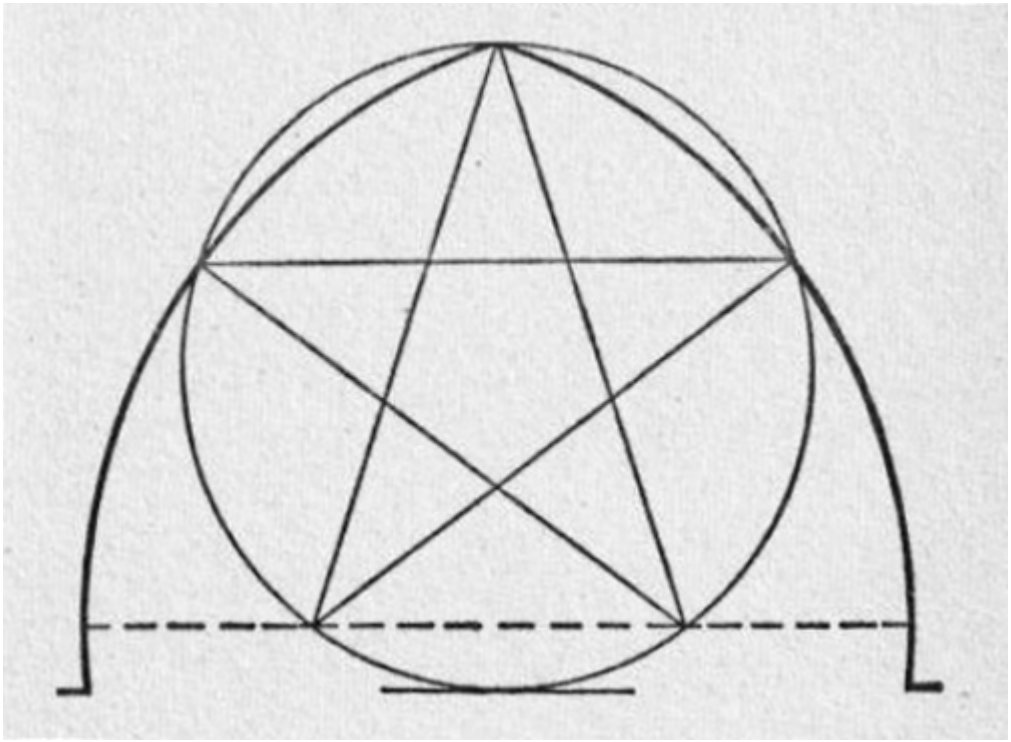
El descubrimiento era capital.

La acción física y fisiológica de la ojiva sobre el hombre es, efectivamente, extraordinaria.

Que ello se deba al mimetismo, a la acción de las líneas de Fuerzas o a otras causas, la ojiva *actúa* sobre el hombre.

El hombre, bajo la ojiva, se endereza. Se pone *en pie*.

Incluso históricamente, es muy importante. De la ojiva arranca la toma de conciencia individual del hombre, antes reducido a la servidumbre más completa por la «raza de los señores». De la ojiva arranca la *comuna*.



LA OJIVA DE CHARTRES
Construida sobre la estrella de cinco puntas, es la representación tradicional del hombre.

Desde el punto de vista religioso es aún más importante, pues, fisiológicamente, las «corrientes» telúricas, u otras, no pueden pasar al hombre sino por una columna vertebral recta y vertical. Sólo se podría promover a los hombres hacia una fase superior poniéndoles en pie.

Ese «valor» humano de la ojiva era tan bien conocido por los constructores de aquella época que, en la abadía románica de Vézelay, se remató el pórtico románico, que no se quería —o no se podía— destruir, con una especie de inmenso gablete ojival; aunque este no responde a ninguna necesidad arquitectónica.

Ello se ve también en la forma y las proporciones mismas de la ojiva de Chartres; no la del pórtico —que merecería, sin duda, el análisis—, sino la de los arcos perpiaños de la bóveda.

En efecto, está construida sobre la tradicional representación del hombre en la estrella de cinco puntas.

Esa estrella está inscrita en el círculo que tiene por diámetro la altura de la piedra angular. Las dos puntas bajas son los centros de los arcos de círculo que forman los dos lados de la ojiva. Esos arcos cortan el círculo en las dos puntas altas laterales. La piedra angular está situada en la punta superior de la estrella.

¿Es solamente simbólica esa inclusión del hombre en la bóveda? Y aun así, ¿permanece el símbolo sin acción directa sobre el hombre mismo? Es poco probable que fuese sin pensamiento de acción como el maestro de obras hizo de esa bóveda un desarrollo del hombre, integrado así en la armonía general de la edificación.

De aquella ojiva, los «inventores» del gótico iban a sacar mucho más aún, cruzándola.

Era encontrar en ello el gran secreto de la piedra musical, de la piedra bajo tensión, perdida desde que no se supo ya transportar las enormes tablas de los dólmenes.

El crucero de ojivas está edificado según el principio de la transformación de empujes laterales en empuje vertical. Es un conjunto de resortes de piedra en el que la bóveda ya no pesa, sino que «salpica» hacia lo alto por los impulsos de los contrafuertes laterales.

El monumento gótico exige, para que dure, un ajuste perfecto entre peso e impulsos; el peso que crea este impulso se torna, para sí mismo, en su propia negación. Ese resorte de piedra permanece, pues, bajo una tensión

constante, que el arte del maestro de obras puede «afinar» como una cuerda de arpa.

Pues la catedral gótica sólo por comparación es un instrumento de música.

Eso, tras haber hecho justicia, evidentemente, al evolucionismo oficial que pretende ver, en el gótico, una especie de culminación del románico, más fácil y de construcción menos cara. Sin embargo, ambos sistemas se hallan en los antípodas uno de otro. El románico, estático por esencia, tiene sus fuerzas dirigidas *de arriba hacia abajo*; la bóveda pesa sobre los muros. El gótico, edificado según una dinámica de presión, tiene sus fuerzas dirigidas de abajo hacia arriba. La bóveda románica se derrumba; la bóveda gótica salta…

Cabe encontrarlos, sin duda, reunidos en un monumento. ¡Mas no en la bóveda! Basamentos y muros románicos han podido servir de apoyo a arranques góticos, y los constructores no omitieron, cuando podían, usar como apuntalamientos los macizos contrafuertes románicos, pero ello no implica que pueda pasarse, por grados evolutivos, de uno a otro.

Pero ¿de dónde viene el término «gótico»? Nada hay de godo en esas construcciones que, harto extrañamente, sólo conocen su pleno desarrollo en los límites de la etnia celta.

Se han propuesto varias etimologías. Tres parecen válidas.

1.º *Una etimología celta*. En celta, *Ar–Goat*, es el país del bosque, el país de los árboles; ahora bien, no tan solo el gótico cobra a veces la apariencia de oquedales que mezclan sus frondas, sino también, antes que una labor de canteros y de albañiles, el monumento gótico es obra de carpinteros. La bóveda gótica, delineada en el suelo y prefabricada, se monta en andamiajes calibrados. Sin carpinteros, sin madera, no hay bóveda sobre cruceros de ojivas; es un arte *goático*.

2.º *Una etimología griega*. Gótico derivaría de *goetia*: magia, del griego *goes*: brujo, *goetis*: sortilegio, *goeteou*: fascinar. Es un arte de envoûtement[5]; el término es directo. Habría mucho que decir, ciertamente, sobre ese *envoûtement*, ese *envolutement*, ese poner bajo bóveda; ese paso

de lo recto a lo curvo; de una geometría lineal, terrestre, a una geometría curva, cósmica… Consideremos tan sólo la idea de acción mágica. Es un arte *goético*.

3.º *Una etimología cabalística*. Ésta nos es dada por el sabio Adepto Fulcanelli en *El misterio de las catedrales*[6], donde hace derivar el arte gótico del *argótico*, de la nave *Argos*: de la lengua *argótica*, primitivamente lengua secreta, cabalística alquímica. Éste es el lado de la ciencia oculta incluida en la catedral; de la ciencia hermética que convierte a la catedral en un atanor de transmutación humana.

Como suele ocurrir, las tres etimologías se entremezclan y son exactas.

La catedral está construida *goáticamente*, no sólo sobre cimbras de madera, sino también según las reglas del crecimiento vegetal. Está construida *goéticamente*, para obrar mágicamente sobre el hombre y según leyes armónicas cuya acción es manifiesta. Está construida *argóticamente*, según leyes «religiosas» que hacen de ella el más bello navío de evasión hacia el más allá nunca realizado.

Esos tres aspectos volveremos a encontrarlos en las «tres tablas» que originaron las proporciones y las dimensiones de la catedral de Chartres.

Un asombroso saber

El gótico salió, todo armado, de cerebros en posesión de un asombroso saber.

Para realizar la bóveda gótica y su «conjunto», hizo falta inventar —setecientos años antes de Monge— nada menos que una geometría descriptiva que permitiese, mediante un simple diseño en el suelo, no sólo las interpenetraciones de volúmenes, rectos o curvos, sino, además, el acorde de los empujes y de los apuntalamientos. Y ello por el simple juego de desarrollos geométricos armónicos.

Aquella ciencia, que no se ha perdido, al menos en su parte material, fue enseñada a los constructores religiosos por los monjes del Císter; aquellos «misioneros del gótico», como les llamaba Pierre du Colomier.

Los constructores de aquellos tiempos remotos la transmitieron a los aprendices de sus hermandades. Así pudo llegar a nuestros días y se sigue enseñando en las *cayennes*[7] de los Compañeros de los Deberes, herederos de aquellas hermandades, que no ocultan poseerla. Tampoco ocultan su origen, pero la mantienen estrictamente secreta, así como otras enseñanzas tradicionales.

En el siglo pasado se les conocía por el nombre de «Compañeros de la Vuelta a Francia». A ellos apeló Eiffel para construir su torre, y Viollet–le–Duc para sus restauraciones. Sean las que fueren sus creencias, han conservado del trabajo un concepto y una filosofía casi religiosos en el respeto absoluto de la persona y de la libertad humanas.

Ese respeto está absolutamente «en la línea» de la concepción gótica, que es dar a los hombres el instrumento racional de evolución hacia una mayor plenitud de sí mismos.

La ojiva del pórtico es el ejemplo más demostrativo de ello.

En el románico, en toda entrada del público se halla un nártex. Es un lugar de parada; un lugar de espera; un lugar de recogimiento; un lugar de purificación, pero de purificación que el hombre debe efectuar en sí mismo.

Con esfuerzo.

Con el gótico, desaparece el nártex. La ojiva del pórtico *hace* la «labor». Endereza al hombre y, por lo mismo, le hace tomar conciencia de sí mismo. Ya no es un borrego el que entrará en la iglesia, sino, bueno o malo, un hombre. La evolución está en marcha.

Maquinalmente.

Proseguirá, como veremos, en el interior, hasta dar, si no la conciencia, al menos un cierto sentimiento «cósmico» que es ya un despertar.

Pero no hay que engañarse: la catedral es «popular» —casi tenderíamos a decir «laica»—, destinada al pueblo y no a aquellos que buscan deliberadamente un estado determinado. Esto lo explica muy claramente san Bernardo en su famosa carta a Pedro *el Venerable*.

«El arte no es más que un *medio*, útil solamente a los simples y a los ignorantes, inútil y hasta nocivo a los sabios y a los perfectos. En consecuencia, los monjes deben dejar a los pastores de los pueblos el cuidado de cultivar la arquitectura…».

¡Se llegó a creer que rechazaba el arte! Gran error, siendo así que su Orden, que propagará el gótico, lo enseñará y que, de creer a Anne–Marie Armand, fue él mismo «quien concibió la catedral gótica en su más profunda significación». Y es verdad que ciertas coincidencias entre los desplazamientos de Bernardo y el inicio de las obras son sobrecogedoras…

Pero ¿qué ciencia debía ser, pues, la de aquellos hombres, que concebían y construían para llegar a realizar, a tal escala, semejantes instrumentos de acción?

Es concebible que esa piedra, «tan tensa que podría hacerse sonar con la uña», según expresión de Claudel, sea la réplica del dolmen y de su

utilización de las corrientes telúricas.

Como en el dolmen, el edificio tiene contacto de agua con su pozo, que existe, originariamente, al nivel del coro de cada catedral.

Pero la catedral va más lejos. Se eleva en el aire. Se sume —y para ello se la hace muy alta— en las corrientes aéreas, en las lluvias del cielo, en las tormentas de la atmósfera, en las grandes corrientes cósmicas.

Recoge la luz, y la absorbe y la transforma…

¡De tierra, de agua, de aire y de fuego!

¿Qué hornillo de atanor ha sido nunca tan completo para realizar la más bella de las alquimias humanas?

Pues se trata justamente de alquimia. Se trata precisamente de transmutación, no de metal, sino de hombre. De hombre al que se quiere conducir hacia una fase superior de humanidad.

Mas para que fuese eficaz era menester que el «instrumento» estuviese adaptado a la Tierra, al Cielo y al hombre.

En aquellos tiempos oscuros —y lo eran—, ¿de dónde podía venir, pues aquel saber?

El gran Maestre de los Templarios portaba el *abacus*, que es el bastón de los *magisters* de constructores…

La misión de los nueve caballeros

Cuenta la Historia que, en el año 1118, nueve caballeros franceses, *devotos, religiosos y temerosos de Dios*, se presentaron al rey Balduino II. Le revelaron que habían formado el propósito de establecerse en comunidad y *de proteger de ladrones y asesinos a los peregrinos, y de custodiar los caminos públicos.*

El rey Balduino les acogió cortésmente y aceptó su oferta. Les dio, para que se alojasen, una casa que él poseía en un ala de su palacio, en el emplazamiento del antiguo Templo de Salomón, en *Masjid-el-Aksa*.

Los nueve caballeros visitaron luego al patriarca para informarle de la misión que se habían dado, así como de su deseo de ser considerados como «soldados de Cristo» y de vivir de forma monástica —o semimonástica, pues permanecieron laicos hasta 1128—. Una vez obtenido el asentimiento del patriarca, pronunciaron entre sus manos los tres votos: castidad, obediencia y no posesión personal. (El término de Guillermo de Tyr es *sine proprio*, que se ha traducido, un poco a la ligera, por pobreza).

Por último, los canónigos del Santo Sepulcro les cedieron, mediante ciertas condiciones, una plaza que poseían en torno de la casa que les había prestado el rey.

La Historia cuenta igualmente que, a consecuencia del sitio que ocupaban sobre el lugar del antiguo Templo de Salomón, les fue otorgado el nombre de *Caballeros del Temple*, o *Templarios*… Lo cual era el efecto de una muy singular premonición.

Así comenzó la bella leyenda de la Orden del Temple, que debía marcar a toda la cristiandad con su impronta. Y que terminó en la hoguera de 1314 donde Philippe le Bel hizo quemar al último Gran Maestre, Jacques de Molay.

Son, dícese, unos pobres caballeros…

Tienen por jefe a Hugues de Payns. quien se convertirá en el primer Gran Maestre de la Orden cuando ésta sea constituida.

Hugues de Payns tiene feudo al nordeste de Troyes, en el lugar que será la primera encomienda capitana de Oceidente. Está_emparentado con los condes de Champaña.

Su segundo es *Godefroy de Saint–Omer*, flamenco. Es seguramente a uno de sus parientes a quien Balduino I confió Tiberíades y el principado de Galilea.

Otro es *André de Montbard*, tío de san Bernardo, abad de Clarayal. Se le sabe pariente de los condes de Borgona.

Payen de Montdidier y *Archambaud de Saint–Amand* son, igualmente, flamencos.

De los demás, sólo se saben los nombres patronímicos, o solamente los de pila: *Gondemare, Rosal, Godefroy* y *Geoffroy Bisol*.

Todo eso significa una pobreza relativa, Admitamos, pues, que eran pobres, que sus escuderos eran pobres, que sus mesnadas eran pobres y que su servidumbre era pobre… Pues *forzosamente* llevaban consigo a sus servidores. En aquellos tiempos, un caballero no podía armarse solo, ni combatir solitario.

Ello no quita que probablemente respetaran su voto de no poseer ningún bien personal, voto que será respetado durante toda la historia del Temple, sea la que haya sido la riqueza de la Orden.

También el voto de castidad merece ser considerado.

Puede ser que el estado de castidad corresponde a la idea que se formaban, en aquellos tiempos, de una asamblea de caballeros deseosos de asegurarse la salvación del alma, pero aquel sacrificio era pequeño en relación con la misión de vigilancia de las rutas peregrinas que ellos se

habían asignado. Para ese tipo de tarea, un soldado cualquiera, por muy libertino que sea, vale lo que cualquier caballero sin tacha.

El cometido era, ciertamente, de los más meritorios y útiles. Además de las incursiones de los ejércitos musulmanes, el interior del país, entre Jaffa y Jerusalén, estaba infestado de beduinos saqueadores, a quienes los honrados cristianos indígenas echaban una mano de buena gana para desvalijar a los peregrinos.

No obstante, aquella guardia de los caminos, ¿no hacía la competencia a la misión que se había asignado otra Orden, ya existente, aunque por aquel entonces aún no fuese totalmente de caballería; una Orden que se había asignado la tarea de albergar a los peregrinos y *defenderles*: la Orden Hospitalaria de San Juan de Jerusalén?

La lógica, así como una buena organización, habría exigido, pues, que aquellos nueve caballeros que querían defender a los peregrinos hubiesen sido dirigidos a la Orden de los Hospitalarios.

No fue así.

En la Historia, ni que decir tiene, aquellos nueve caballeros llegan a Jerusalén de extraña manera. No son cruzados, pues en tal caso formarían parte de una hueste, de una tropa. No son peregrinos: pues los caballeros que acudían en peregrinación estaban obligados, por ser hombres de armas, a desenvainar la espada «en nombre de Dios», pero no de calentarles las orejas a los salteadores de caminos. Ahora bien, no participaban en *ninguna* acción bélica. No son residentes en Tierra Santa, pues de lo contrario el rey no se habría visto obligado a alojarles.

Se presentan como totalmente independientes, y son objeto inmediatamente de una particular benevolencia por parte del rey, quien les concede un sector de su palacio y hace desalojar a los canónigos del Santo Sepulcro. Pronto, incluso, por haber emigrado los reyes francos a la ciudadela de la torre de David, todo el *Templum Salomonis* es entregado a los nueve caballeros.

Todo sucede como si se hubiese querido darles aquel emplazamiento, y a *ellos solos*; pues se quedan allí SOLOS. El historiador Guillaume de Tyr es formal al respecto: durante nueve años, rehusaron toda compañía, todo reclutamiento, salvo —y la cosa es de destacar—, hacia 1125, un nuevo

caballero, Hugues, conde de Champaña, quien ha abandonado su condado y repudiado a mujer e hijos para reunirse con ellos.

¡Uno de los más grandes señores feudales de Francia que va a guardar caminos y comunicaciones!

Pudo haber parecido evidente —y ello salta a la vista de los menos avisados— que aquellos nueve y después diez, caballeros, no estaban allí para vigilar los caminos.

Esa misión oculta otra.

La otra misión se efectúa en el mismo Templo de Salomón, que todo el mundo ha desalojado por entero al disfrute de ellos.

Los nueve caballeros forman lo que, en nuestros días, se llamaría un «comando» en misión.

Y fueron mandados allá.

¿Por quién?

Aquí es cuando hace falta recordar el voto de obediencia.

El patriarca de Jerusalén había recibido en sus manos los votos de los nueve caballeros: de pobreza, de castidad y de obediencia.

Se plantea una cuestión: de obediencia, ¿a quién o a qué? Los religiosos obedecen a una regla, a un superior; pero, en 1123, Hugues de Payns, en un acta, firma aún como un laico.

No se trata, pues, en absoluto de obedecer a una regla que aún no existe. Los nueve no son, oficialmente, religiosos.

Al rey no se hace voto de obediencia, sino sólo juramento de fidelidad. Tampoco es al patriarca de Jerusalén, al cual jamás obedecieron.

¿Entonces…?

Los textos nos responderán.

Existe, en los privilegios de la Orden, del Císter, una fórmula del juramento de los Caballeras del Temple (que, por lo demás, parece ser la de los Caballeros Afiliados). Helo aquí:

> *«Juro consagrar mis palabras, mis fuerzas y mi vida a defender la creencia en la unidad de Dios y en los misterios de la Fe; prometo ser sumiso y obediente al Gran Maestre de la Orden;*

cuando los sarracenos invadan las tierras de los cristianos, pasaré los mares para liberar a mis hermanos; prestaré socorro con mi brazo a la Iglesia y a los reyes contra los príncipes infieles; mientras mis enemigos no sean más que tres contra mí, los combatiré y jamás emprenderá la huida; únicamente lucharé contra ellos si son descreídos».

¿Por qué esta pieza en los privilegios de la Orden cisterciense?

Y he aquí ahora parte de la fórmula que debía pronunciar el Maestre o prior de la provincia de Portugal, conservada en un manuscrito de la provincia de Alcobaza:

«Yo, X…, Caballero de la Orden del Temple, y recientemente elegido Maestre de los Caballeros que están en Portugal, prometo… ser sumiso al Maestre general de la Orden, según los estatutos que nos han sido prescritos por nuestro padre san Bernardo… y que no negaré a los religiosos, principalmente a los religiosos del Císter y a sus abades, por ser nuestros hermanos y nuestros compañeros, ningún socorro…».

El texto es claro: «a los religiosos del Císter y a sus abades, por ser nuestros *hermanos* y nuestros *compañeros*». La palabra «hermano» podría prestarse a equívoco por su extensión a toda la gente monacal, pero ningún equívoco cabe en el término «compañero».

Son aquellos que comen el mismo *pan*, que van de *compañía*, que están uncidos al mismo trabajo.

Pero existe otro texto más explícito aún.

En abril de 1310, cuando el proceso de los Templarios, el hermano Aymery, de la diócesis de Limoges, entregó ante los procuradores pontificios, en nombre de los Templarios encerrados en la abadía de Santa Genoveva, una defensa en forma de plegaria, que es a un tiempo una profesión de fe y un recuerdo de las obras de la Orden.

Se lee en ella (se dirige a Dios):

«… Tu Orden, la del Temple, ha sido fundada en Concilio general en honor de la santa y gloriosa Virgen María, Tu Madre, por el bienaventurado Bernardo, Tu santo confesor, elegido, para ese oficio, por la santa Iglesia romana. Es él quien, con otros hombre de pro, le enseñó y fe confió su misión».

Después, además, dirigiéndose a la Virgen:

«Santa María, Madre de Dios…, defiende a tu religión (léase a tu Orden)*, que ha sido fundada por tu santo y caro confesor, el bienaventurado Bernardo…».*

Es claro, conciso y completo. El patrono, es san Bernardo, y el voto de obediencia, antes de la constitución oficial, iba a él. Y una misión les fue confiada de la cual no fueron los «inventores». Ellos obedecieron.

En apoyo de esto, un montón de coincidencias podría, a buen título, hacer papel de prueba indirecta.

El jefe, Hugues de Payns, vasallo del conde de Champaña y pariente de éste, es un vecino bastante próximo de la abadía cisterciense de Claraval, cuyo abad es san Bernardo. Sería inverosímil que Bernardo, consejero, si no «director», de toda la nobleza de Champaña, no le hubiese conocido.

André de Montbard es tío de san Bernardo, hermano de su madre, Aleth de Montbard. Cuando se sabe la influencia que ejercía el abad sobre su propia familia, resulta difícilmente admisible que André no hubiese solicitado, al menos, el parecer de Bernardo, con el cual seguirá, por lo demás, en relación epistolar… y dirigiéndose a él como a su superior directo.

Más tarde, es el propio señor feudal de Claraval, el donante de las tierras abaciales, Hugues de Champaña, quien se unirá a los caballeros en Tierra Santa…

Los demás caballeros conocidos son flamencos. Ahora bien, a la muerte del rey de Jerusalén. Balduino I, la realeza había sido propuesta a su hermano Eustache de Boulogne. Éste se puso en camino, pero, al llegar a la

Apulia, se enteró de que su primo, el conde de Edesa, se había hecho coronar ya; entonces volvió sobre sus pasos, *dando licencia a sus caballeros de que prosiguiesen el viaje a ultramar*.

La ruta de Flandes hacia Italia pasa por Champaña; es normal, pues, que Eustache de Boulogne haya tomado contacto con el soberano cuyas tierras atravesaba: el conde de Champaña, Hugues, el futuro Templario, quien, por otro lado, volvía de Tierra Santa; e, igualmente, con la personalidad religiosa más descollante de Occidente: Bernardo de Claraval.

Todo converge, como vemos, hacia el santo abad, más o menos por mediación del conde de Champaña, cuya figura, bastante misteriosa, parece ligada de muy cerca al origen de la Historia.

Tengo por probable, porque la lógica así lo quiere, que los tres caballeros flamencos: Hugues de SaintOmer, Payen de Montdidier y Archambaud de Saint-Amand, formaban parte de la escolta de Eustache de Boulogne y que, al menos los dos caballeros de Champaña: Hugues de Payns y André de Montbard, enviados en misión por san Bernardo, se unieron a aquella escolta.

Ello supone que Eustache de Boulogne estaba poco o mucho al corriente de la misión encargada a los de Champaña y, si se reflexiona en ello, es perfectamente normal: Eustache partía para ser rey de Jerusalén y era, por ende, el más capacitado para ayudarles en aquella misión.

Cuando, al llegar a la Apulia, se enteró de que el trono estaba ocupado ya por su primo, tomó la decisión de no proseguir su viaje, y dejó a algunos de sus caballeros que se incorporasen a la misión de Hugues de Payns para ayudar a esa misión junto al nuevo rey, Balduino II, igualmente flamenco, y del cual eran, sin duda, parientes.

A veces tengo la impresión que todo eso ha sido contado, bajo el velo de la alegoría, en las novelas de la Tabla Redonda, al menos en los episodios que conciernen directamente a la conquista del Santo Grial, donde se ve a Lanzarote descubrir el Castillo Aventurado donde se encuentra la copa sagrada, pero sin poder llegar a él, a Galahad conseguirlo, y a Parsifal usar el Grial.

Pues, de hecho, se trata precisamente del Grial.

El Templo de Salomón

Es harto evidente que Bernardo de Claraval no mandó a Hugues de Payns ni a su tío André de Montbard para proteger los caminos. Tampoco era éste el motivo por el cual Eustache de Boulogne se separó de sus caballeros, ni por el que Hugues de Champaña, en 1125, abandonará su condado, que es casi un reino.

Pero si la protección de los caminos es un «camuflaje», ¿cuál podía ser, entonces, la verdadera misión de los nueve caballeros?

Han sido escogidos caballeros, es decir, esforzados —y no sólo físicamente, sin duda— y diestros en armas. Y, sin embargo, no se batirán; no deben arriesgar su vida sino en caso extremo…

Su tarea de vigilancia les obliga a vivir en contacto con el mundo, pero ha sido exigido de ellos que se conduzcan como monjes; que permanezcan castos y no sujetos a pasiones. Nada debe desviarles de su tarea.

Deben permanecer, no ya pobres, sino sin posesión personal. Es imposible, pues, comprarles.

Por último, deben prestar absoluta obediencia. La misión está por encima de todo.

Es necesario, para que unos hombres se avengan a semejantes sacrificios, que la misión sea muy alta y muy grande.

Por lo demás, como todas las cosas se asemejan, ¿cómo podría no pensarse en la reunión de todos los sabios atomistas que han sido *aparcados*, al final de la última guerra, en el desierto americano de Los Álamos, para construir en él la primera bomba atómica?

La solicitud con que les cedieron el emplazamiento del Templo de Salomón muestra suficientemente que es en ese lugar donde está la clave del enigma. De lo contrario, parecería inverosímil que se hubiese entregado a nueve caballeros un emplazamiento en el que se acomodaban, a la vez, el rey, su casa y los canónigos del Santo Sepulcro.

A esos pobres caballeros se les da grandes facilidades, facilidades que rebasan en mucho las necesidades de vigilantes de caminos y comunicaciones.

Y si esos nueve caballeros han querido quedarse *solos*, es, necesariamente, porque tienen, no ya en los caminos, sino en el templo, una actividad secreta.

¿Qué actividad? Sólo puede tratarse de encontrar algo escondido y, efectivamente, van a descombrar, bajo el emplazamiento del Templo, las inmensas cuadras de Salomón, que estaban, con seguridad, obstruidas antes de su llegada, pues ninguna mención de ellas ha sido hallada desde la destrucción del templo.

Jean de Würtzurg, cruzado alemán, que vio las cuadras, las describe así: *Se ve una cuadra de una capacidad tan maravillosa y tan grande que puede alojar a más de dos mil caballos o mil quinientos camellos.*

No hay más que una explicación posible: los nueve caballeros han acudido para descubrir, custodiar, llevarse algo particularmente importante, puesto que eran menester caballeros de armas; algo particularmente sagrado, puesto que tenían que ser hombres que estuviesen por encima de las pasiones humanas; algo particularmente valioso y peligroso, puesto que había que guardar un secreto absoluto.

¿Qué objeto podía ser tan importante, tan sagrado, tan valioso, tan peligroso?

¿El Arca de Alianza y las Piedras de la Ley?

Pues el Arca y las Tablas de la Ley quizá no son lo que generalmente se piensa.

¿Qué son, entonces, el Arca y las Tablas de la Ley?

El Arca es un cofre de madera resinosa cubierta por dos chapas de oro, en el interior y en el exterior. Eléctricamente, es un condensador.

Dios era buen electricista, y también Moisés, pues añadió a aquel condensador cuatro antenas metálicas, en forma de «querubines», para captar la electricidad estática…

¿Era suficiente para fulminar a un hombre como lo fue aquel pobre Uzza que quiso, un día, tocar el Arca? Lo era, en cualquier caso, suficiente para producir una fuerte sacudida, hasta para echar chispas.

El Arca es un cofre que garantiza su propia protección. No es, sin embargo, solamente un cofre. Lo importante es su contenido: las Tablas del Testimonio o «Tablas de la Ley».

El Libro del Éxodo dice:

> *(31-18) Cuando hubo terminado Yavé de hablar a Moisés en la montaña del Sinaí, le dio las dos tablas del testimonio, tablas de piedra, escritas por el dedo de Dios.*

Es sabido que cuando Moisés bajó del Sinaí encontró al pueblo haciendo sacrificios al becerro de oro. Montó en cólera, rompió las Tablas, redujo a polvo el becerro de oro, desparramó aquel polvo un el agua y la hizo beber al pueblo…

… Por lo que, dicen las malas lenguas, el pueblo sintió una inextinguible sed de oro…

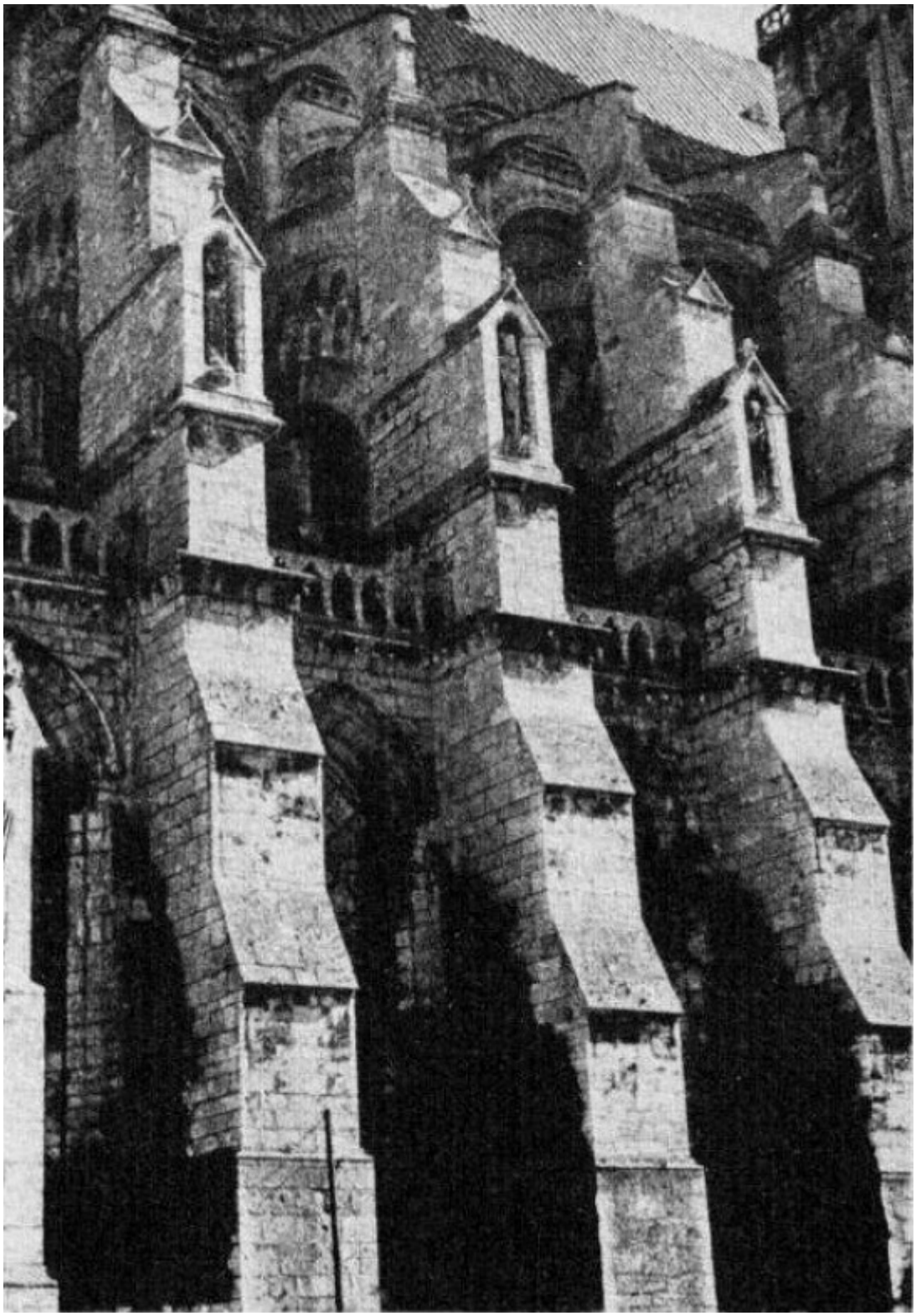
Por fin, la cólera de Moisés se calmó, y también la de Dios, pues se avino a grabar nuevas Tablas «escritas por ambas caras». Lo cual puede significar: legibles del anverso y del reverso, o en ambos sentidos, exotérica y esotéricamente.

Moisés puso las piedras en el Arca y organizó una guardia de levitas «entregados a Dios». Los levitas cumplían su servicio de guardia de los veinticinco a los cincuenta años. Después, pasaban a la reserva. Moisés quería una guardia firme; ni monaguillos, ni veteranos. Y el extranjero que se acercaba a las Tablas era castigado con la muerte.

¿Qué es, pues, esa Ley tan valiosa?

Una literatura de patronato la presenta como constituida por los diez mandamientos, más los imperativos rituales o morales dados por Moisés. Eso es jugar con las palabras. Eso es la Ley de Moisés, no la Ley del Eterno. Y no es secreto, muy al contrario. Está escrito, proclamado, enseñado.

Es una disciplina; y no está en el Arca.



Una ascensión de piedras… Fuerza viva de la catedral.
(Foto Rapho).



Dos sirenas se abrevan en el Grial. Capitel inferior de la torre Norte.
(Archives photographiques).



Moisés, entre Abraham y Samuel, portando, con las tablas de la Ley, la columna del templo, coronada por una wouivre alada. Portal Norte

(Foto Giraudon).



(Izquierda). Saint-Loup. En el capitel es representada la pequeña escena de la materialización de la esmeralda en el cáliz. Saint-Loup-de-Naud.

(Foto Jean Roubier).

(Derecha). Melquisedec llevando el Grial, del que desborda la Piedra. (Foto Giraudon).



El traslado del Arca, cofre sobre ruedas…
En la columna de la derecha, escena de matanza, muy deteriorada.

Un personaje se apodera del Arca con un velo.
(Colección del autor).

Las Tablas de la Ley es algo sumamente sagrado, puesto que vienen de Dios; sumamente valioso, puesto que es contrato de poder; sumamente peligroso, puesto que nadie tiene acceso a ello, ni siquiera los levitas de guardia. Únicamente el Gran Sacerdote; ¡y aún ese acceso quedará reducido, por Salomón, a una sola vez al año!

Se trata de una ley divina.

Está escrito que la potencia prometida a Israel procede de esas Tablas: entonces, o bien son un talismán, o son un *medio* de poderío.

El Eterno no es un pequeño brujo que fabrica medallas o amuletos. Es preciso, pues, que esas Tablas sean un *medio*.

Son las Tablas de la Ley, las Tablas del *Logos*, del Verbo, de la Razón, de la Medida, de la Relación, del *Número*.

«He hecho todo con Número, con Medida, y con Peso», dice El Eterno en el Génesis. La Ley divina es la del Número, de la Medida y del, Peso.

En el Lenguaje actual, se diría de las Tablas de la Ley que son las *Tablas de la ecuación del Universo*.

Poseer las Tablas de la Ley es, pues, tener la posibilidad de acceso al conocimiento de la gran Ley de unidad que rige los mundos, de remontar de los electos a las causas y, consiguientemente, de *actuar* sobre los fenómenos que engendran las causas diversificándose hacia la pluralidad.

Se comprende, pues, que Moisés no engañaba al pueblo hebreo cuando le prometía, en nombre del Eterno, potencia y dominio por las Tablas de la Ley. Pero ni que decir tiene que Moisés no quería dar la posibilidad de utilizar el instrumento de poder sino a quienes hubiesen adquirido la dignidad de él; por lo que, no sólo prohibía el acceso a las Tablas, sino que, además, puso gran cuidado un poner la luz a buen recaudo.

Admitiendo que un hombre hubiese logrado franquear la triple defensa de los levitas armados, del Arca electrificada y de las defensas secretas (las que daban «hemorroides» a los filisteos), aún habría hecho falta, para utilizar las Tablas, que aquel hombre hubiera sido iniciado en su lectura.

Esa iniciación la da Moisés en un comentario en lengua semítica y con una escritura que quizás él inventa. Y esa escritura es la criptografía mediante un sistema numeral que más tarde será denominado la *Cábala*.

El secreto queda bien sigilado Y aún más de lo que parece.

Puesto que los comentarios de Moisés, que están constituidos por sus libros sagrados, estaban criptografiados, no debían, en ningún caso, ser modificados ni de una tilde. Todo cambio haría indescifrable el criptograma.

Y se empieza a comprender por qué Étienne Harding, san Esteban, abad del Císter, y pese a que su Orden fuese «contemplativa», puso con tanto ardor, tras la conquista de Jerusalén, a toda su abadía al estudio de los textos hebraicos, con la ayuda de los sabios rabinos de la Alta Borgoña; y por qué san Bernardo hizo especialmente un viaje allende el Rin para ir a calmar el furor antisemita de los transrenanos que organizaban —ya— sangrientos pogromos.

Porque los libros hebraicos son el *Tratado de lectura* de la Piedra, y porque los judíos son los depositarios de ese Tratado.

Moisés viene, de Egipto. Toda la cultura egipcia estaba concentrada en el Templo, Moisés era del Templo y fue instruido en toda la ciencia de los faraones (*Actos* VII-2).

Aunque no utilizara las materias plásticas, el motor de explosión y los detergentes para lavar los platos —cosas todas que emponzoñan la tierra, el aire y el agua—, la *élite* sacerdotal egipcia poseyó una ciencia que todavía está inscrita en sus monumentos, y una ciencia humana la mayoría de cuyos aspectos todavía nos son desconocidos.

Ese saber, probablemente inspirado por Dios, Moisés, en el Sinai, lo condensó en fórmulas y, como el papiro es frágil, lo grabó en piedra.

La Ley no es por ello menos divina, como toda ley *verdadera*.

Unas palabras más sobre el Arca.

El saber, sea el que sea, sólo presenta un interés especulativo. Para que tenga una utilidad humana, hay que ponerlo en acción. Para realizar una obra, hacen falta obreros, Israel olvidó este principio evidente, por lo que nunca le fue dado el realizar la obra cuyos elementos se hallaban en las

Tablas de la Ley. Salomón, rey de Jerusalen, tuvo que apelar a Hiram, rey de Tiro, para construir su Templo.

Los hijos de san Benito no lo olvidarán…

Hacen falta obreros, ciertamente, pero también hace falta la medida. Más alta o más baja, la pirámide de Cheops no es más que un bello montón de piedras. Mayor o menor, el diapasón ya no da el *la*. Hay que disponer de una medida válida, denominador común entre el mundo y el hombre.

Parece ser que con las Tablas de la Ley fue introducida una unidad de medida en el Arca, en forma de la Virgen de Aarón, el bastón viviente. Desapareció de ella en tiempos de Salomón.

Sin duda es igualmente una unidad de peso el maná, contenido en un jarro, metido también en el Arca por Moisés: *Moisés dijo a Aarón: «Toma una urna, mete dentro un omer de maná y coloca esa urna ante el Eterno a fin de que sea conservada de generación en generación». Ahora bien, el omer es la décima parte del efa.*

Una pregunta sigue en pie: en tiempos de los Cruzados, ¿estaba todavía el Arca en los sótanos del Templo de Salomón?

El Arca escondida

La existencia del Arca en los sótanos del Templo de Salomón se desprende de la historia misma del Arca.

Esa historia está escrita en la parte histórica del Antiguo Testamento, desde Moisés hasta Salomón, y después desaparece de los escritos, salvo de los apócrifos.

Bajo la guía de Moisés, y severamente custodiada, el Arca siguió o precedió al pueblo, del desierto del Sinaí a Horma, al país de Moab, el país de Galaad. Tras la muerte de Moisés, bajo la guía de Josué, pasó el Jordán y entró en Palestina, donde sufrió las vicisitudes de los combates.

Al parecer, permaneció en Silo bastante tiempo.

En tiempos de Samuel, los filisteos derrotaron a Israel, y el Arca de Dios fue cogida y llevada a Ashod. al templo de Dagon, donde causó algunos estragos, principalmente aquejando a los habitantes de la ciudad de hemorroides (sería de extrañar que la traducción fuese exacta. Me inclino a pensar que se trataba de accidentes hemofílicos a los cuales una acción radiactiva quizá no fuese ajena; acción tal vez provocada por el maná).

De Ashod, todavía en poder de los filisteos, fue transportada a Gath y después a Ekron, siempre con iguales efectos en los habitantes de aquellos lugares. El Arca se defiende por sí misma, lo cual no es en absoluto científico en el sentido actual del termino; pero es de creer que le proporcionaron algunos «encantos» de defensa.

Finalmente, espantados, los filisteos la devolvieron a los israelitas, quienes la transportaron a KirjatlhJearim, de donde David la hizo

transportar a Jerusalén, a su morada de Sión. Salomón había de hacerla colocar en el saneta sanctórum del Templo que mandó construir.

Después del Libro de Josué, se menciona poco el Arca, de no ser como a un objeto sagrado, un amuleto cuyo valor profundo los autores ignoran o fingen ignorar. Únicamente David le concede alguna importancia, además de Veneración, Danza ante ella, lo cual le acarrea el desprecio de una pequeña esnob de la época.

Es de creer que David, el músico, vencedor de las potencias materiales en forma de Goliat, fue cabalista e intentó acercarse al conocimiento inscrito en la piedra. Fue, en cualquier caso, un geomántico bastante bueno para fijar el lugar del futuro templo; que no pudo realizar por haber sido hombre de guerra, pero para el cual acopiaba materiales.

Aquella construcción había de ser la obra de Salomón. Salomón es el hombre de la paz. Salomón es un sabio. Salomón es un «fuerte». Salomón es un iniciado. Encontramos en el Libro de los Reyes:

(I, 4-29) Dio Yavé a Salomón sabiduría y un gran entendimiento y anchura de corazón, como la arena que está a orillas del mar.

(30) La sabiduría de Salomón sobrepasaba la de todos los hijos del Oriente y la sabiduría toda de Egipto.

(31) Fue más sabio que hombre alguno…

Y ese hombre tan sabio construye el Templo. O, más exactamente, lo hace construir, pues no tiene a su disposición un pueblo de constructores; y, sobre todo, de constructores religiosos, Iniciados. Se ve obligado a dirigirse a Hiram, rey de Tiro: *Me, propongo, pues, edificar una casa a la gloria del Nombre del Eterno, le escribe («In nomini Dei da gloriam»*, dirán otros).

Sin embargo, es él, Salomón, quien dará el plano; lo cual supone, entre otros conocimientos, los de las proporciones cósmicas y de la medida-patrón.

Pero Salomón es sabio en ciencias ocultas; es, pues, cabalista. *Puede* leer las Sagradas Escrituras; posee la clave del desciframiento de la Ley; posee las Tablas de la Ley; posee el bastón-medida de Aarón. Y hace los planos del Templo.

Es de creer que Salomón, nuevo Moisés, escribiera igualmente un nueva «comentario» a las Tablas de la Ley; comentario evidentemente criptográfico, que era, al mismo tiempo, su «testamento» de adepto: *El Cantar de los Cantares*.

Se sirvió para ello de un tema antiguo, egipcio, dado por un escrito del más alto valor iniciático; y si aquel canto de amor, aparentemente profano, fue introducido entre los libros sagrados, no debió de ser sin motivos… Como tampoco carecieron de motivos los *ciento veinte* sermones que le dedicó san Bernardo…

Hermoso tema de literatura sacra, en verdad, para monjes blancos, era aquel libro cuajado de imágenes eróticas, pero cuyo primer verso afirma y delata el contenido hermético.

¡Soy negra, pero soy bella, hijas de Jerusalén!

Mas la alquimia y la arquitectura sagrada parecían inseparables…

Al no introducir en sus disciplinas el trabajo de la materia, salvo agrícola, Moisés acaso quiso limitar a Israel al simple papel de custodio del Arca; pero, como fuere, gracias a Hiram-Abi, el fenicio, capaz de utilizar la «vieja medida», el Templo fue construido.

La tradición iniciadora de la «magia manual» de los constructores les venía sin duda a los fenicios de los constructores egipcios de templos. Ellos fueron, probablemente, quienes la transmitieron a los griegos, y por éstos la tradición llegó a nuestro Occidente medieval… Los compañeros pontífices y constructores de iglesias se vinculan de buena gana a esa tradición de los «hijos de Abiram».

Volvemos a encontrarles.

Construido el Templo, Salomón mandó poner el Arca en el sancta sanctórum, La última mención «directa» hecha del Arca en los libros sagrados se encuentra en el de los Reyes:

(I, 8-12, 13) Entonces dijo Salomón: «Yavé, has dicho que habitarías en la oscuridad. Ya he edificado una casa para que sea tu morada, en lugar de tu habitación para siempre».

Después de esto, ninguna mención en los libros históricos; solamente leyendas.

Según una de ellas, el hijo de Salomón y de la reina de Saba fue a visitar a su padre, quien le instruyó y luego le confió el Arca con veinte levitas para su servicio.

El Arca habría sido transportada entonces a Etiopía, donde todavía se encontraría.

Según otra versión, el hijo habría robado el Arca.

Lo cierto es que el clero cristiano de Abisinia pretende retener aún hoy día el Arca, que únicamente el patriarca sería admitido a contemplar una vez al año, según las prescripciones de Salomón para el Gran Sacerdote.

Resultaría asombroso que Salomón hubiese podido dar a su hijo, para llevársela, el Arca de la Alianza, sin que el pueblo protestase, puesto que era la prueba de que el Eterno había «elegido» a su pueblo y le había prometido que reinaría sobre todos tos otros pueblos.

Asombroso, igualmente, sería que el hijo de Salomón hubiese podido robar el Arca del sancta sanctórum tan bien custodiado. Tanto más por cuanto la entrada en el Templo estaba prohibida a los extranjeros bajo pena de muerte. Pero no parece en absoluto imposible que Salomón hubiese mandado «sacar copia» de las Tablas, y hasta del Arca, para mandárselas a su hijo, tras, sin duda, haberle instruido.

Cuando Nabucodonosor tomó Jerusalén, no se hizo ninguna mención del Arca en el botín. Mandó incendiar el Templo en 587 antes de Jesucristo. Y el arca ardió con él, dice Wegener.

Ahora bien, es seguro que el Arca fue enterrada. ¿Acaso no dijo Salomón que *permanecería en la oscuridad*? Lo cual no podía ser el caso del sancta sanctórum.

Existe otra prueba más de ese enterramiento.

Los rabinos tenían la costumbre (después de la desaparición del Templo) de guardar los alimentos de las ofrendas en el armario donde se conservaban los rollos de la Tora. Aquellos alimentos atrajeron a los ratones y «la autoridad rabínica» publicó varios decretos para poner fin a aquella

interpretación abusiva de los textos; pero ¿qué debía hacerse con todas las vituallas que habían estado en contacto con los libros sagrados? No se podía, decorosamente, tirarlas a la basura; hubieron de ir a parar a una guenizá (cementerio de las cosas sagradas). Muy a propósito se recordó al respecto una vieja tradición: *«Cuando el Arca de la Alianza fue enterrada*, se llevó a la *guenizá* el recipiente que contenía el maná, porque había tenido contacto con las Tablas de la Ley[8]».

Por lo tanto, el Arca fue enterrada. Aunque no hubiese sido por Salomón, es seguro que en la Jerusalén asediada, el Arca era el primer objeto que debía ser sustraído a los posibles vencedores. Y si Nabucodonosor no encontró el Arca fue porque no buscó suficientemente, si es que lo hizo.

Se halla mención del Arca en el *Documento de Damasco*, escrito en caraíta, que data del siglo I de la Era cristiana. Los caraítas parecen bastante próximos de los esenios.

Pero David no había leído en el libro de la Ley, sellado, que se guardaba en el Arca; y ésta no fue abierta, en Israel, desde la muerte de Eliezer, y de Josué, y del Salvador. Y como los venerables que sacrificaron a Astarté se habían vuelto impuros, estuvo escondida hasta que surgió Caddoq[9].

Flavio Josefo, en sus *Antigüedades judaicas* la señala, ciertamente, en Ascalón.

Creo más verosímil que las Tablas de la Ley, utilizadas por Salomón cuando debieron serlo, fueron luego repuestas en cripta, en sueño, como la princesa hasta que acudió a despertarla el Príncipe Encantador, en los tiempos prescritos.

Pues dice el *Cantar de los Cantares*:

No despertéis, ¡oh!, no despertéis a la Muy Amada sino a la hora escogida por Ella.

No se puede descartar *a priori* la posibilidad de que el Arca fue descubierta por los árabes cuando tomaron Jerusalén. Si existiese mención de ella en los escritos árabes, probablemente sólo sería en forma alegórica.

Pudiera ser la explicación de la veneración que profesan las leyendas musulmanas por Suleimán ben Daud (Salomón hijo de David); y de la erección de la mezquita *El Aqsa* en el lugar del Templo.

Esto podría explicar el tesón con que judíos y musulmanes juntos defendieron el Masjid-el-Aqsa, cuando la toma de la ciudad por los cruzados.

Y ello explicaría igualmente la civilización musulmana.

¿No habrían intentado, con aquella defensa desesperada, ganar el tiempo necesario para perfeccionar el camuflaje del escondrijo donde estaba enterrada el Arca?

Mucho antes de las Cruzadas circulaba por Occidente una leyenda respecto a un misterioso Preste Juan, casi inmortal, que habría fundado un reino cristiano en alguna parte de Oriente, y que debería, a la vez, su éxito y su longevidad a la posesión del Arca de la Alianza.

Durante toda la Edad Media muchos hombres trataron de descubrir aquel reino misterioso cuya exacta posición geográfica se ignoraba, puesto que se le situaba en Persia, en la India y hasta en China.

El propio san Luis mandó allí embajadores que nunca más volvieron.

Es probable que aquel misterioso reino fuese Abisinia, donde la leyenda situaba el Arca robada por el hijo de Salomón, y, tal vez, los coptos de Egipto habían divulgado el rumor de que el Arca se encontraba allí, copia u original.

Con toda evidencia, lo que interesaba a Occidente en aquel reino del Preste Juan era el Arca, fuente de omnipotencia; pues si los sabios de los monasterios tenían algunas luces sobre lo que eran el Arca y su contenido, es probable que los laicos, tanto los reyes como los pueblos, la consideraran como un extraordinario talismán de riqueza y de poder, olvidando lo que de ella había dicho san Pablo: *La Ley sólo tiene la sombra de los bienes por venir y no la forma real de las cosas*. (Epístola a los hebreos, 10, 1.)

Pero sabios y vulgares estaban tan convencidos de su valor, que cabe preguntarse si las Cruzadas no fueron «organizadas» especialmente para su conquista.

El retorno a Francia

¿Encontraron los templarios el Arca? Es comprensible que no pueda darse una respuesta absolutamente segura a esta pregunta; que no puedan existir pruebas absolutas. La misión era secreta, e igualmente secreto ha permanecido su resultado; fracaso o éxito.

Pero existen presunciones, y en tal cantidad que pueden entrañar al menos una certeza moral.

Citemos, en primer lugar, para recuerdo, la tradición oral que hace de los Caballeros del Temple los poseedores de las Tablas de la Ley, de las que habrían sacado poder e iniciación.

A esa leyenda cabe añadir el poema de Wolfram d'Eschenbach, compuesto según una «gesta» desaparecida de Gyot, quien fue, probablemente, Guyot de Provins. Aquel Wolfram d'Eschenbach, que se afirma fue templario —pero sin dar pruebas de ello—, y para quien el «Grial» es una *piedra*, hace de aquel que conquistó el Grial un Gran Maestre de los Templarios. Y no parece que aquel caballero hubiese escrito a la ligera, ni para elaborar un *best-seller*.

Más convincente es el retorno de los nueve caballeros en 1128. Aquel retorno es, históricamente, narrado como sigue:

En 1128, el rey Baiduino II, que pasa dificultades por la falta de combatientes y de habitantes francos en Tierra Santa, mandó un mensaje al Papa en demanda de socorro. Rogó a Hugues de Payns que fuese su embajador cerca de aquel Papa.

Hugues de Payns era seguramente un hombre harto notable y de bastante alta nobleza para asumir aquel papel de embajador que debía entrañar, además de la entrega del mensaje, un informe que Balduino le juzgaba capaz de hacer.

No era, sin embargo, ninguno de los consejeros del rey —que por lo general se escogían para aquella clase de misiones—, ni enfeudado en Tierra Santa, De hecho, como veremos, no es el rey quien «envía» a Hugues de Payns; aprovecha un viaje de éste para encargarle la misión.

Y Hugues de Payns parte con casi todos, si no todos, sus compañeros. De fuente fidedigna, cinco, al menos, de ellos le acompañan, y se encontrarán en el Concilio de Troves: Payen de Montdidier, Archambaud de Saint-Amand, Geoffroy Bisel, Rosal y Gondefroy. ¡La vigilancia de las rutas peregrinas ha pasado a segundo término!

Es evidente que se desplaza a lodos, o casi todos, los caballeros para transmitir un simple mensaje. Hubo una orden venida de otro lado; el propio san Bernardo, de forma muy explícita, reconoce, en los preliminares de la regla que va a dar a la Orden del Temple, tanto que ha llamado a los Caballeros, tomo que su misión ha sido cumplida.

Esos preliminares principian así:

Bien ha obrado Damedieu (¿Dominus Deus o Nuestra Señora?*), con nosotros y Nuestro Salvador Jesucristo; quien ha mandado a sus amigos de la Santa Ciudad de Jerusalén, a la Marca de Francia y de Borgoña…*

La obra está cumplida con la ayuda de NOSOTROS. Y los caballeros han sido, en efecto, *mandados* a la Marca de Franconia y de Borgoña, es decir, a Champaña, bajo la protección, como veremos, del conde de Champaña; allí donde todas las precauciones pueden ser tomadas contra cualquier injerencia de los poderes públicos o eclesiásticos; allí donde, en aquella época, se puede asegurar mejor un secreto, una custodia, un escondrijo.

Y nos vemos llevados a pensar que si los caballeros se han desplazado en tan gran número, es porque escollaban algo que debía ser convoyado y custodiado, algo particularmente valioso.

En el pórtico norte de Chartres, pórtico llamado de los «Iniciados», existen dos columnitas, esculpidas en relieve, que ostentan, una la imagen

del transporte del Arca por una yunta de bueyes, con la leyenda: *Archa cederis*; la otra, el Arca que un hombre cubre con un velo, o que agarra con un velo, junto a un montón de cadáveres entre los cuales se distinguí: un caballero en cota de malla; la leyenda es: *Hic amititur Archa cederis* (*amititur*, verosímilmente por *amittitur*).

Eugène Canseliet, sutil latinista, me escribe a ese respecto: «Las leyendas se muestran poco explícitas: *Archa cederis*; "obrarás por el Arca"; *Hic amititur, archa cederis*: aquí se les escapa, "obrarás por el Arca…"».

Esas leyendas me parecen, la primera por lo menos, muy «explícitas», ¿acaso no está ahí la explicación de ciertos datos arquitectónicos de la catedral de Chartres, cuyas soluciones están científicamente, de tal modo más allá de lo que se admite del saber de la época (y probablemente hasta de nuestra época), que únicamente la utilización de un documento como las Tablas de la Ley puede esclarecerlas?

Por lo demás, volveré sobre este punto.

Las escenas representadas son evidentemente bíblicas. Se encuentra en ellas el transporte del Arca y su pérdida cuando la batalla contra los filisteos. No obstante, sin querer establecer una relación, acaso atrevida, con un eventual transporte del Arca por los templarios, quisiera señalar una rareza:

El Arca representada es un cofre provisto de ruedas, un cofre con herradas, que los bueyes arrastran directamente, contrariamente a las Escrituras, que dicen: *«Pusieron sobre un carro nuevo el Arca de Dios y se la llevaron…»*. (Samuel II, 6-3).

No puede tratarse de una estilización del conjunto: el Arca-carreta, pues en la escena de la hecatombe el hombre que aferra el Arca con un velo aferra igualmente un Arca con ruedas… Ahora bien, se ha sostenido —y no es en absoluto ilógico— que los cuatro *kerubin* del Arca designaban, no querubines, sino ruedas.

En tiempos de Moisés, la rueda era relativamente reciente. No existía aún en tiempos de la construcción de las pirámides de Gizeh…

Es, en cualquier caso, sorprendente, que al representar el Arca, el escultor, el imaginero, como se decía entonces, que seguía obligatoriamente las directrices del maestro de obras, no hubiese representando aquellos

«ángeles querubines» de los que hablan las versiones cristianas de las Escrituras, sino cabalmente ruedas fijadas en el mismo cuerpo del Arca.

Del mismo modo, nutridos de Escrituras, los constructores de catedrales no podían ignorar que las versiones cristianas tienen en cuenta, para el transporte del Arca a brazo de hombres, «barras» ensartadas en anillas (y que no debían ser quitadas) y no de ejes; ahora bien, hay un hombre que, bajo la protección de un velo, levanta el Arca en vilo.

El maestro de obras de Chartres (iglesia gremial y templaría si la hay), ¿habría tenido conocimientos particulares sobre el aspecto del Arca?

No existen otras pruebas de un transporte del Arca en Francia —del Arca o de una «copia»—. Otras pruebas, salvo las que no se ven porque saltan a los ojos: las catedrales góticas.

En 1128, Hugues de Payns regresa a Francia.

A partir de esa fecha, y durante ciento cincuenta años, aproximadamente, va a manifestarse lo que ha podido denominarse el milagro del florecimiento gótico.

Más aún: la expansión del gótico y la del Temple van de consuno. Desaparecerán juntos; no la «técnica gótica»; esta, Viollet-le-Duc la conocía aún bastante bien para dar a veces la ilusión de ella.

El gótico flamígero del siglo XVI es ya otra cosa; es una construcción ojival que tiene todas las cualidades que se quiera, salvo la principal.

Sobre ello, me explicaré más adelante.

Otra coincidencia: los nueve caballeros eran enviados por Bernardo el cisterciense, y el gótico salió del Císter. Toda la «fórmula» gótica viene de los cistercienses; y los «Compañeros de los Deberes», herederos de los constructores de catedrales góticas, no ocultan e] tener su «trazo», su geometría descriptiva, indispensable para la erección del monumento gótico, de la Orden del Císter.

Otra cosa más: si el románico sólo llega a su plenitud, a partir del romano y del bizantino, hasta después de múltiples «mejoramientos», el gótico surge de golpe, completo, total, y en todo el Occidente.

Cuesta creer, escribe Régine Pernoud, *que una expansión tal, a la vez tan vigorosa y tan rápida, haya podido ser debida al atractivo de una nueva*

fórmula decorativa.

Pero es que no se trata de una *nueva fórmula decorativa*, sino de un instrumento iniciador de civilización…

Alguien ha despertado a la «Bella durmiente del bosque», y todos sus servidores han despertado al mismo tiempo. Y trabajan con nuevos procedimientos, sobre datos nuevos culturalmente, comercialmente, artísticamente.

Hay en el gótico algo mejor que soluciones técnicas. Hay la construcción de templos que son entradas en el Reino de Dios; y eso requiere una ciencia más alta que la de los cálculos de fuerzas y de resistencias.

Es menester un conocimiento de las leyes de los Números, uno de las leyes de la materia, uno de las leyes del espíritu y, para actuar sobre los hombres, un conocimiento de las leyes fisiológicas y psíquicas.

Alguien ha revelado ese saber.

Si no es el Arca, si no son las Tablas de la Ley, es preciso que los Caballeros del Temple hayan aportado a Occidente un extraordinario documento de iniciación.

El misterio de las torres

El dolmen de Chartres, precedido de su senda cubierta, estaba enterrado.

La mayoría de los dólmenes lo fueron. Los que conocemos al aire libre es debido a las lluvias que, a la larga, hicieron desaparecer las tierras amontonadas encima. Y es probable que la mayor parte de los *tumuli*, de los altozanos, los ocultan en sus costados.

Las legiones romanas establecieron sin duda sobre el Cerro de Chartres un campamento o un fortín del que queda, en la parte este de la catedral, bajo la actual confluencia de la rotonda del coro, un muro de basamento. Aquel muro no estaba empotrado en el Cerro y quizás, a su vez, edificado sobre un muro de recinto anterior; una muralla ciclópea análoga a la que todavía se ve, a trechos, en Sainte-Odile —otro lugar santo—, en Alsacia.

Y ahora, hay que consultar a los historiadores que buscaron los monumentos anteriores a la catedral actual.

Todos ellos admiten que hubo un templo galorromano al que sucedió un edificio cristiano de los primeros tiempos, que tenía la misma orientación que la catedral y en cuyo presbiterio redondo había —como en Bourges— las partes bajas de una media torre de defensa galorromana.

Aquella parte baja, que formaba una cripta, existe todavía y es conocida con el nombre de «Panteón de Saint-Lubin».

Ese panteón formó parte de una iglesia del siglo IX, conocida con el nombre de «iglesia de Gislebert». Algunos de sus gruesos muros permanecen en los basamentos, gracias a los cuales se sabe que aquella

iglesia tenía también la misma orientación, y que no penetraba en absoluto en el Cerro sagrado.

Fue completamente destruida por un incendio la noche del 7 al 8 de setiembre de 1020.

Es, entonces, la *belle époque* del románico; la época en que la cristiandad se cubre «con un blanco atavío de iglesias»; pues es el tiempo en que, tras una labor de cinco siglos, las abadías benedictinas han logrado constituir un Cuerpo, una fraternidad laica de constructores, afiliados a su Orden, y a la que pueden apelar en caso de necesitar alguna protección.

Después de las abaciales, donde formaron a sus obreros, los benedictinos pudieron poner a disposición de la Iglesia secular constructores laicos, bastante a menudo dirigidos, por lo demás, por maestros de obras monásticos, como aquel abad de Saint-Bénigne-de-Dijon, Guillaume de Volpiano, quien fue a construir y a enseñar en Normandía.

La iglesia de Gislebert destruida, el obispo de Chartres, Fulbert, emprendió inmediatamente su reconstrucción, recurriendo para maestro de obras a un laico meridional, Bérenger, que era calificado de *artifex bonus*, buen arquitecto.

Fue aquel Fulbert —o aquel Bérenger (estamos muy poco informados sobre ellos)— quien rehízo, si no existía ya antes, la senda cubierta, en forma de dos galerías, medio enterradas, que conducían a la Estancia dolménica de la Virgen Negra, la *Virgini parituraе*, Nuestra Señora de Bajo Tierra.

Como su predecesor, Fulbert respetó el Cerro; las dos galerías la encerraban, pero no la cruzaban. Se juntaban en semicírculo en torno al panteón de san Lubino; el pozo rectangular dolménico se abría en la galería Norte.

Las dos galerías, la rotonda de Fulbert, existen todavía y se encuentran bajo las colaterales y el coro de la actual iglesia. Se las designa, erróneamente por lo demás, con el nombre de cripta; es, mas exactamente: la «Iglesia baja».

Es de tradición que las hermandades de constructores, al menos los «Hijos de Salomón», hayan celebrado asambleas de iniciación en esa cripta.

La iglesia alta de Fulbert seguía el plano de la iglesia baja que se extendía bajo las laterales. La nave, que tenía la anchura de la nave actual, descansaba sobre el Cerro. Poseía una especie de crucero en el sitio de lo que actualmente es la segunda bovedilla del coro —centro místico y «anatómico» de la catedral— entre el vitral de Nuestra Señora de la Bella Vidriera y la capilla de la Virgen del Pilar.

La iglesia de Fulbert era románica y cubierta de madera, sin apuntalamientos de ángulos. Tenía una fachada lisa y sus campanarios estaban, uno al Norte, junto a la cabecera, y el otro al extremo del lateral del Sur.

René Merlet, historiador de la catedral, quien había descubierto y hecho despejar el pozo dolmenico, había de descubrir también un documento iconográfico, que publicó, y que permite tener alguna idea de lo que era la iglesia de Fulbert.

Se decían maravillas de ella.

En setiembre de 1134, un incendio asoló la ciudad de Chartres, destruyendo el hospital instalado junto a la iglesia y alcanzando a ésta. En el desastre, perdió su pórtico occidental y el campanario colindante.

Fue a resultas de aquel incendio cuando se emprendió la Construcción de las torres que conocemos, no ya junto a la iglesia, sino bastante más adelante que ésta.

Con objeto, dicen los historiadores, de alargar la Iglesia de Fulbert.

¡Y ca!, responde la tradición.

Cuando historia y tradición no están de acuerdo, puede apostarse, casi con seguridad, a que son los historiadores, fabricantes de la historia, quienes se han equivocado.

Y la tradición habla por la pluma de monseñor Devoucoux, obispo de Autun el siglo pasado.

Un templo, cristiano o no, no se construía como un cobertizo. Además del «lugar» designado por sus cualidades «divinas», era menester que un hombre «inspirado» diese de él, primeramente, la consagración; es decir, la fórmula, en lengua sagrada, cuyas letras, cabalísticamente resucitas, daban

números. Por aquellos números y las relaciones de aquellos números se determinaban los recintos del lugar sagrado en su longitud y anchura.

De las relaciones entre el cielo astronómico y aquel lugar, en una fecha determinada, un nombre particularmente sabio deducía la medida —diríamos ahora: el módulo— que sería utilizada.

Medida, orientación y números eran, entonces, entregados al maestro de obras (jamás la consagración, parece ser), y éste, conforme a los primeros datos, escogía la piedra (hay iglesias inglesas edificadas con piedra de Caen) y, en el estilo de la época, adaptando a los hombres de la época y del lugar, y según el ritmo mismo del material escogido, determinaba las divisiones armoniosas del futuro monumento.

Una vez establecido ello, el maestro de obras, con ayuda de algunos croquis, trazaba, en el recinto determinado por la consagración, el plano verdadero *sobre el terreno*, con la medida y el tendel, que es, a la vez, regla, escuadra y compás para las grandes dimensiones.

(No existen planos dejados por los maestros de obras, sino solamente croquis. El plano procede de una gestión cerebral que «libera» al arquitecto del terreno. El maestro de obras era servidor de la calidad del lugar y a éste adaptaba su valor. No se accedía a la maestría sin una iniciación que no era tan sólo «de oficio»).

La unidad del monumento, la acción que debía ejercer sobre los hombres, le provenían, profundamente, de la consagración.

De ello resultaba que variar las proporciones, las dimensiones de un templo, equivalía a destruirlo, a hacerlo inútil.

No se añade una columna al Partenón sin destruirlo; y si se doblan sus proporciones, no se hace un «doble Partenón», sino esa atrocidad que es la Madeleine.

De todo ello se infiere que las torres fueron construidas para otra iglesia que la de Fulbert; una iglesia nueva sobre una nueva consagración, una iglesia que preveía, quizás, un reempleo de la de Fulbert; que no era, quizás, en su estilo, la actual, pero que seguramente tenía las mismas dimensiones, las mismas proporciones.

Probablemente para ella había sido realizado el «pórtico real», del cual el maestro de obras no quiso separarse; a ella, igualmente, estaban

destinados el vitral de Nuestra Señora de la Bella Vidriera y los tres grandes ventanales de Occidente.

Puede citarse el caso de Cluny, que fue «alargada», pero no se trataba de la abacial propiamente dicha. Se le añadió un nártex, que no está incluido en la parte sagrada del edificio.

Los historiadores han admitido más o menos que es precisamente lo que se quiso hacer en Chartres: construir un nártex frente al edificio. La cosa sería admisible; pero las soluciones geométricas del plano de Chartres, que parten todas del centro sagrado, en el coro, muestran que el desarrollo armónico culmina en las torres y que, por lo tanto, éstas eran precisamente la *entrada* del monumento, y que el nártex —si hubiese habido nártex— no habría rebasado la anchura de las torres (la demostración vendrá más adelante).

Y puede sostenerse, porque es lógico, que las soluciones geométricas, que sirven de base a la iglesia actual, estaban, dadas ya cuando se emprendió la construcción de las torres.

Sorprende comprobar que el emplazamiento de las torres corresponde exactamente al desarrollo de las tres tablas tradicionales de la iglesia actual, así como responde *exactamente* a la posición de los apuntalamientos necesarios al establecimiento de la bóveda gótica *actual*.

Por último, la altura del campanario Sur, que fue terminado mucho antes de emprenderse la construcción de la nave, está ligada armónicamente a las dimensiones actuales.

No se puede evitar la impresión de que el monumento había sido previsto poco después de 1134 y que su consagración debió darse hacia esa época —aun antes de que la iglesia de Fulbert hubiese desaparecido—, y que sus dos torres, exteriores al edificio, fueron erigidas PARA el momento futuro, cuyo apoyo más eficaz debían constituir.

Cuarenta años más tarde, el maestro de obras no tuvo más que «plasmar» —¡pero con qué arte y qué ciencia!— el estilo de su época sobre los datos previos, como lo hizo para el *necesario* rosetón de Occidente sobre la gran vidriera.

Pero en 1194 todo ardió.

Excepto las torres.

En veintiséis años

Prosigamos la historia.

La iglesia ardió el viernes 11 de junio de 1194, y *la intensidad del fuego fue tal que el maderamen y el techo quedaron destruidos y casi todos los muros se derrumbaron… Cuando fue posible, darse cuenta de las consecuencias del desastre, se vio que, únicamente las criptas de los siglos IX y XI habían sido preservadas de todo daño gracias a la solidez y el espesor de sus bóvedas; también los dos campanarios del siglo XII habían resistido a las llamas*[10].

Las grandes vidrieras de Occidente tampoco sufrieron daños; ni el vitral de Nuestra Señora de la Bella Vidriera; sea que estuviesen desmontadas en aquel momento, sea por cualquier otra razón.

Y aunque, según René Merlet, las partes inferiores del presbiterio del siglo XI difícilmente podían ser utilizadas como basamentos de la nueva rotonda, la nueva catedral, *inmediatamente iniciada*, fue construida *por entero*, salvo los porches, es decir, la decoración exterior, de 1194 a 1220.

¡Veintiséis años!

Habría que meditar sobre todos los aspectos de aquel problema, resuelto de tan afortunada manera: plano, materiales, mano de obra, ejecución, financiación…

El plano, en primer lugar.

Independientemente del tiempo necesario a la concepción —que pudo ser, en verdad, fruto de la iluminación—, el establecimiento de bóvedas del alcance de las de Chartres, la más ancha bóveda conocida y una de las más altas, plantea un problema muy difícil de «bloqueo» de las fuerzas de expansión lateral; clave primordial de la solidez.

Además de las dos torres occidentales, tan exacta y atractivamente situadas anteriormente, el bloqueo necesitó seis torres más: dos en cada extremo del crucero y dos en la intersección de la rotonda del ábside con los costados laterales del coro; torres de las que era menester, al menos, apreciar tos pesos, las resistencias al empuje y los perfiles.

Hizo falta, luego, prever los pesos, perfiles y separaciones de los arbotantes y de los contrafuertes que debían responder a las fuerzas expansivas laterales de la bóveda alta y de las bóvedas bajas de las laterales.

¡Y todo ello, evidentemente, en el espacio numerado por la consagración!

¿Cuánto tiempo requeriría, actualmente, un arquitecto, un estudio de arquitecto, para establecer un plano semejante?

Ahora bien, en 1194 se inician las obras.

Lo cual quiere decir que el maestro de obras está ahí, preparado, y que sabe ya lo que hace, que su plano está elaborado, al menos en su mente; que ha escogido cantera para su material y previsto su mano de obra…

Y que él mismo ha sido designado con una extraña rapidez, prevenido, llamado…

¡Y en Chartres, que yo sepa, no se ha comprobado ningún arrepentimiento!

El problema del material era fácil de resolver. Las canteras de Berchères-les-Pierres eran conocidas ya y explotadas. Ellas habían proporcionado la sustancia de las torres. En cuanto al transporte basta el Cerro, se sabe que fue resuelto con la ayuda voluntaria de los peregrinos. No había, en efecto, ningún gran señor que no tuviese a honra uncirse a las carretas… Aunque, sin duda, bueyes y caballos fuesen de mejor rendimiento. Además de que la Beauce era rica en animales de tiro.

Pero ¿cómo explicarse que la mano de obra hubiere podido ser hallada tan fácilmente y tan pronto a pie de obra?

No hay ninguna necesidad de pertenecer a la construcción para darse cuenta de que la erección de la catedral de Chartres no es obra de aprendices, y todos quienes, carpinteros, canteros y albañiles trabajaron en el tajo, eran maestros en su arte.

Ahora bien, entre 1194 y 1220 se alzan Iglesias y catedrales en toda Francia; iglesias y catedrales que no son, tampoco, obras de aprendices.

Sólo en Normandía, muy cerca, se construye, en el siglo XII: quince grandes iglesias, ocho de ellas abadías; en el XIII, trece, de ellas cinco abadías. Para Francia entera, hay que contar que entre 1150 y 1250, ciento cincuenta monumentos son puestos en obra; entre ellos iglesias de la dimensión de las de París, Reims, Amiens, Sens, Ruán…

¿Cómo se pudo reunir tan rápidamente aquella mano de obra «calificada»?

¿Y qué decir de la financiación?

Salvo Chartres (torres aparte), ninguna catedral de Francia fue hecha de «un tirón». Casi todas las iglesias de Francia quedaron, en un momento u otro, interrumpidas en su construcción por falta de dinero para pagar a los obreros.

Nada semejante se produjo durante la construcción de Chartres.

Chartres, pequeña ciudad de algunos miles de habitantes, realizó lo que no lograron metrópolis prósperas como París, Amiens y Ruán.

Pero ¿era precisamente la ciudad de Chartres la que financiaba?

¿Y qué importancia debía tener entonces aquella construcción para que se hubiesen puesto a contribución medios semejantes?

¿Sería Chartres ese «Libro de Oro» de Occidente en el cual los sabios hicieron incluir el mensaje de su sabiduría?

Existen extrañas coincidencias para quien intente deletrear ese libra de piedra.

En el origen de la catedral, está el lugar, que es un don de la Tierra.

Luego vienen los hombres.

El primero es inspirado de Dios. Prefiere la consagración que es, en lengua sagrada, cabalística, como el reflejo del Verbo en ese lugar.

El segundo es un sabio. Resuelve en Números, que son uniformes, las letras y las palabras de la consagración. Da el Número de ese lugar, que es la relación del lugar al mundo, y que es la medida.

El tercero es el maestro de obras. Para él, los Números se tornan rectas y curvas de materia, figuras y proporciones de piedra; pesos y arranques de ojivas.

A los sabios: el Verbo; a los maestros: el Número; a los obreros: la Armonía resuelta en materia.

A quien no sabe, le queda el análisis; la hipótesis, la lucubración… Las preguntas.

No se puede, claro está, interrogar ya al maestro de obras, pero él ha dejado las respuestas, inscritas en la armonía de las piedras.

Basta hacer las preguntas atinadas, y la catedral contestará.

Un tendel y una medida

La catedral dice:

—Todas las respuestas han sido escritas. Todo lo que debía ser dicho ha sido dicho. Lo que ha desaparecido es obra solamente de esos niños bárbaros que son los hombres; tanto si han sido «Obispos como Incendiarios»; déspotas o agitadores.

»En nombre de la religión, han roto los símbolos religiosos; en nombre de la libertad, han roto las puertas de la libertad, en nombre de la luz, han roto las puertas de la luz…

»Pero no todas las respuestas han desaparecido…

»Interroga.

Busqué el centro. El punto de partida.

La mayor de las encinas no parte sino de un punto en una bellota, del germen; sin el cual no hay encina, ni grande ni pequeña.

El «germen» de Chartres estaba cuidadosamente marcado. Tres veces. Es el punto telúrico del lugar; o, para expresarse como nuestros antepasados, «la cabeza de la Wouivre»; la cabeza sobre la que la Madre divina pone el talón.

Ese centro es conocido desde siempre y, de las tres indicaciones del maestro de obras, permanecen dos.

La desaparecida era la piedra del altar mayor. Hasta el siglo XVI, había estado situada muy cerca de ese punto, entre la segunda y tercera fila del coro, y el oficiante, siempre de atrás del altar, ocupaba ese sitio.

Era, en la iglesia románica de Fulbert, el cruce de los falsos cruceros.

En el siglo XVI, se sintió la necesidad de trasladar el altar hasta el fondo del présbiterio, pero entonces se instaló en ese centro a los cantores con sus atriles. A la sazón, el altar estaba rematado por una aguja de talla, más alta que la existente en los cruceros, y que albergaba campanitas llamadas *Babillardes*[11].

La aguja desapareció cuando el incendio de 1836, que destrozó la techumbre, aunque sin causar daños a la bóveda. Las vigas del «Bosque» (así se denomina al conjunto de vigas que forman el techo de las catedrales) fueron sustituidas por vigas metálicas. Lo cual es indudablemente un grave error y un perjuicio para el valor magnético del monumento.

En estos últimos tiempos, el altar ha vuelto a ser trasladado hasta el crucero, es decir, frente al emplazamiento de la antigua gatería entre el coro y el trascoro que circundaba el lugar místico. ¡La inconsciencia es de todos los tiempos!

El centro, donde *debería* encontrarse el altar, se sitúa en medio de la segunda fila del coro, Y esa fila está indicada, además, por el vitral de Nuestra Señora de la Bella Vidriera y, al Nordeste, por la capilla de Nuestra Señora del Pilar.

Además, esa fila, centro y origen de todo, está enmarcada, en las naves laterales, entre el primer y el segundo colateral, por pilares cilíndricos, lisos, sin columnitas; dos a un lado y dos del otro; los únicos de su tipo en las naves laterales.

Vemos que no faltan indicaciones.

Es en torno de ese centro donde la catedral está construida.

¿Cómo?

Es menester, primero, dejar que conteste la tradición.

Tradicionalmente, la primera manifestación de la construcción de un templo es, en el centro sagrado, la erección de la «Columna». Esta columna, que después desaparece, es la relación figurada entre la tierra y el cielo. El verdadero, el de las estrellas y del sol.

No hay que confundir la «columna del Templo» con *las* columnas de las que se habla en la construcción del Templo de Salomón. *La* columna es la primera manifestación del templo surgido de la tierra; la primera relación entre el lugar y el cielo que gira en torno a ese lugar.

La erección de un templo, cristiano o no, permanece en muchos aspectos misteriosa. La altura de la columna de «base» tenía una importancia capital en el sentido de que, por el juego de las sombras solares, indicaba dimensiones cuyas relaciones eran la proyección de las existentes entre los cuerpos celestes; lo cual es la ley misma de los ritmos que rigen la vida.

Las cuatro estaciones desempeñaban un papel preponderante, pues marcaban tres límites a la sombra proyectada, durante los dos solsticios y los dos equinoccios. Triple recinto en el cual se desarrolla, en un lugar, la vida de la Tierra…

La columna servía, además, para las miras planetarias y zodiacales que la «situaban», no solamente en la Tierra, sino también con respecto a los planetas y a la esfera de los «fijos».

Moisés, quien por las «Tablas de la Ley» da realmente la columna del Templo, es representado, en el pórtico norte de Chartres, llevando en el brazo una columna que es una columna de templo: una columna con capitel.

Y esa columna trepa la Wouivre en forma de pequeño dragón alado… Los constructores citan sus fuentes.

Teóricamente, la sombra de esa columna marcará el primer recinto del lugar sagrado; allí donde se desarrollará el ritual. Y ese recinto es la primera tabla. Tiene las proporciones determinadas por una tradición, que es la forma de un saber, y las dimensiones que le marcará la sombra de la columna.

Evidentemente, es necesario que me explique.

El año 1964, la Sociedad de Estudios de Ciencias tradicionales *Les Amis d'Atlantis*, encendía el «Fuego de San Juan» en una propiedad de las cercanías de París. Una delegación de los Compañeros de los Deberes de la

Vuelta a Francia había traído ritualmente la llama. Portaban banderas y bastones con cintas.

Antes de los cantos y de la ronda de la amistad que discurre, con las manos enlazadas, en el sentido ritual en torno de las llamas, uno de ellos había hablado. Se trataba —¿por qué no nombrarle?— de Raoul Vergez, compañero carpintero de los Deberes, alias «Beranes el Amigo de la Vuelta a Francia», autor de esos notables libros sobre las agremiaciones que son: *Les Tours inachevées* y *La Pendule à Salomon*[12]. Como carpintero, es asimismo autor de la mayoría de las agujas de las iglesias restauradas en Normandía y Bretaña después de las devastaciones de la batalla de 1944.

Habló y, no sé ya a propósito de qué, citó el enigma tradicional:

—Tres tablas llevaron el Grial: una tabla redonda, una tabla cuadrada y una tabla rectangular. Las tres tienen la misma superficie, y su Número es el 21.

Ahora bien, la tabla rectangular es la de la Cena. La tabla mística, cristiana, la que está llamada a soportar el altar y, efectivamente, los coros de las iglesias cristianas suelen ser rectangulares.

Hubo otras plantas rectangulares, como los templos egipcios o griegos; tablas cuadradas como los templos galorromanos y Santa Sofía de Constantinopla, o también el sancta sanctórum de Salomón; plantas redondas, como las iglesias en rotonda de los templarios…

Pero el coro de Chartres es rectangular.

Allí estaba, sin duda, el medio de penetrar en *el misterio* de la construcción de Chartres.

Pero, además, había que resolver aquel primer enigma del Número 21.

La solución, a decir verdad, es sencilla. Hace falta, en efecto, leer, no 21, sino 2 y 1. Se trataba, pues, de una planta rectangular de longitud doble a la anchura.

Supe que iba por buen camino; primero, porque la proporción de 2 a 1 es precisamente la de las templos egipcios y griegos, y también la del Templo de Salomón hasta, el sancta sanctórum…

Luego, porque esa figura goza de algunas propiedades geométricas bastante interesantes.

En efecto, el rectángulo de proporciones 2/1 tiene una diagonal igual a √5. Si a esta diagonal le añade la a achura del rectángulo y se divide esta nueva longitud por 2 se obtiene una longitud igual a (√5+1)/2 = 1,618, que es el Número Áureo, límite de la serie de Fibonacci.

Además de diversas propiedades de que goza ese Número —que es una relación con la unidad—, y sobre las cuales se han escrito muy eruditos trabajos, posee la siguiente:

$$\frac{1{,}618}{0{,}618} = (1 + 1{,}618) = (1{,}618 \times 1{,}618) = 2{,}618$$

Ahora bien, 2,618 x 12/10 = 3,1416 = Pi 3,1416, es la constante que permite hallar el perímetro y la superficie de un círculo cuyo diámetro es conocido. Y 12/10 es el intervalo musical de tercia; el intervalo entre la escala mayor y la escala menor.

Encontramos de nuevo este intervalo a propósito de la elevación de la catedral, pero lo importante, ahora, es que la planta rectangular 2/1 contenga la raíz de la transformación de una superficie angular en Superficie circular; de ahí la posibilidad de deducir la superficie de la planta redonda de la de la superficie rectangular.

Se trata precisamente de la cuadratura del círculo; no ya en el plano de las matemáticas de laboratorio, sino en el de la geometría de construcción.

Y esa cuadratura debía ser encontrada en alguna parte. Si ese alto lugar de las Galias era en verdad aquello de lo que me persuadía poco a poco a mí mismo, las tres tablas de igual superficie debían estar inscritas en él.

Fui a medir la catedral…

Desgraciadamente, si bien la armonía se siente, no se deja analizar tan fácilmente. Y, a menos de apartar tiránicamente a visitantes, conserjes y monaguillos, es poco probable tender en la iglesia cadenas de agrimensor o instalar en ella miras y goniómetros.

Había que recurrir a los planos.

Se presentaron algunas dificultades. Que, por lo demás, me condujeron a reflexiones bastante insólitas.

La catedral parece haber crecido como una cosa natural, como una planta, como un árbol. Un árbol es redondo, sí, pero si se le hace un corte, deja de serlo; como tampoco los dos lados de un rostro son simétricos.

La geometría de la naturaleza sólo es verdadera en líneas generales. En los detalles, una figura natural geométrica nunca es exacta, en el sentido que le da el matemático. El pentágono de una flor de cinco pétalos no es regular. Si lo fuese, creo que la flor no parecería «auténtica». Su irregularidad es su personalidad, que no «pasa» por el plano que puedo trazarse de ella.

Igualmente, si la catedral de Chartres es para el visitante perfectamente «regular», en el plano ya no lo es; salvo en su conjunto, excepción hecha de ciertas anomalías.

Algunas de esas anomalías no parecen «deliberadas», y es comprensible que las medidas de los constructores no hayan tenido un rigor absolutamente científico. Las medidas humanas, al depender de la vista y de la mano, sólo son aproximadas, sobre todo a esas dimensiones.

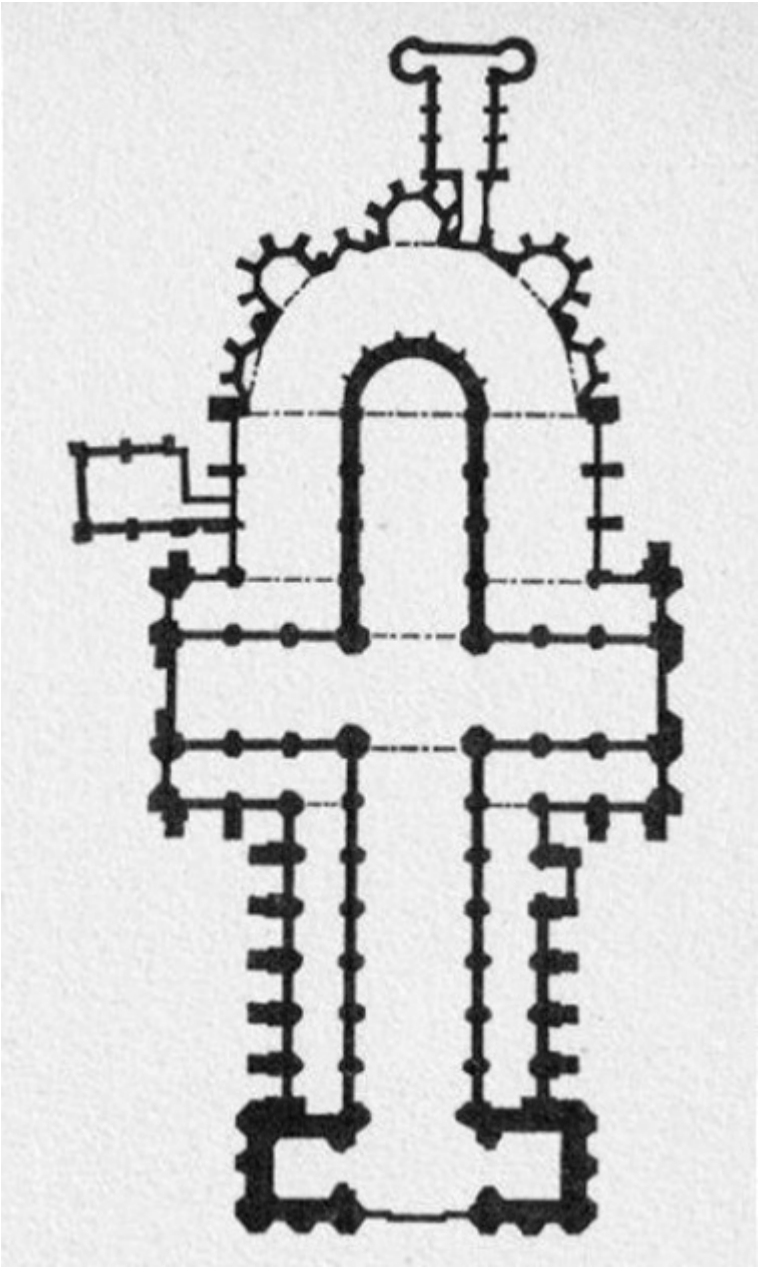
Pero hay otros «defectos» que son, con toda evidencia, deliberados, e inapreciables a simple vista; como si la planta-catedral hubiese «crecido», bajo la mano del maestro de obras, según una ley que le era propia, y según una vida personal.

Y, sin embargo, ello no puede ser independiente de la voluntad del maestro de obras, pues ningún defecto técnico, que se hubiese traducido en derrumbamientos, existe. ¿Es éste el resultado de la aplicación de una matemática particular cuyos datos no poseernos ya? Entonces, ¿qué sabiduría y qué elevación de pensamiento tenían aquellos hombres anónimos? O bien, ¡qué comunión natural con la Naturaleza entera!

De esas irregularidades, voluntarias o no, se deduce que, para las soluciones métricas que voy a dar, me he visto obligado a atenerme a cierta aproximación. Por ejemplo, para la anchura del coro, de eje de pilar a eje de pilar, he escogido la medida de diferentes mediciones de distintos autores, o sea 16,40 m; lo cual supone una medida práctica de construcción de 0,82 m.

Huelga decir que si esta cifra es errónea en algunos milímetros, podrán aparecer ligeros errores métricos, pero no, creo, errores proporcionales.

Por ignorancia, he utilizado el cálculo para analizar. Es un medio. Pero ni que decir tiene que el maestro de Chartres no hizo cálculos. Era demasiado sabio. Una medida, un cordel le bastaban…



Pero la medida no es cualquier cosa: se inscribe en las proporciones de la Tierra y, quizás, del Cielo. El cordel no se emplea al azar, pues sirve para trazar las figuras directrices, las cuales son una proyección de la música de

las esferas; proyección en ritmos que se desarrollan a imagen de la Gran Ley.

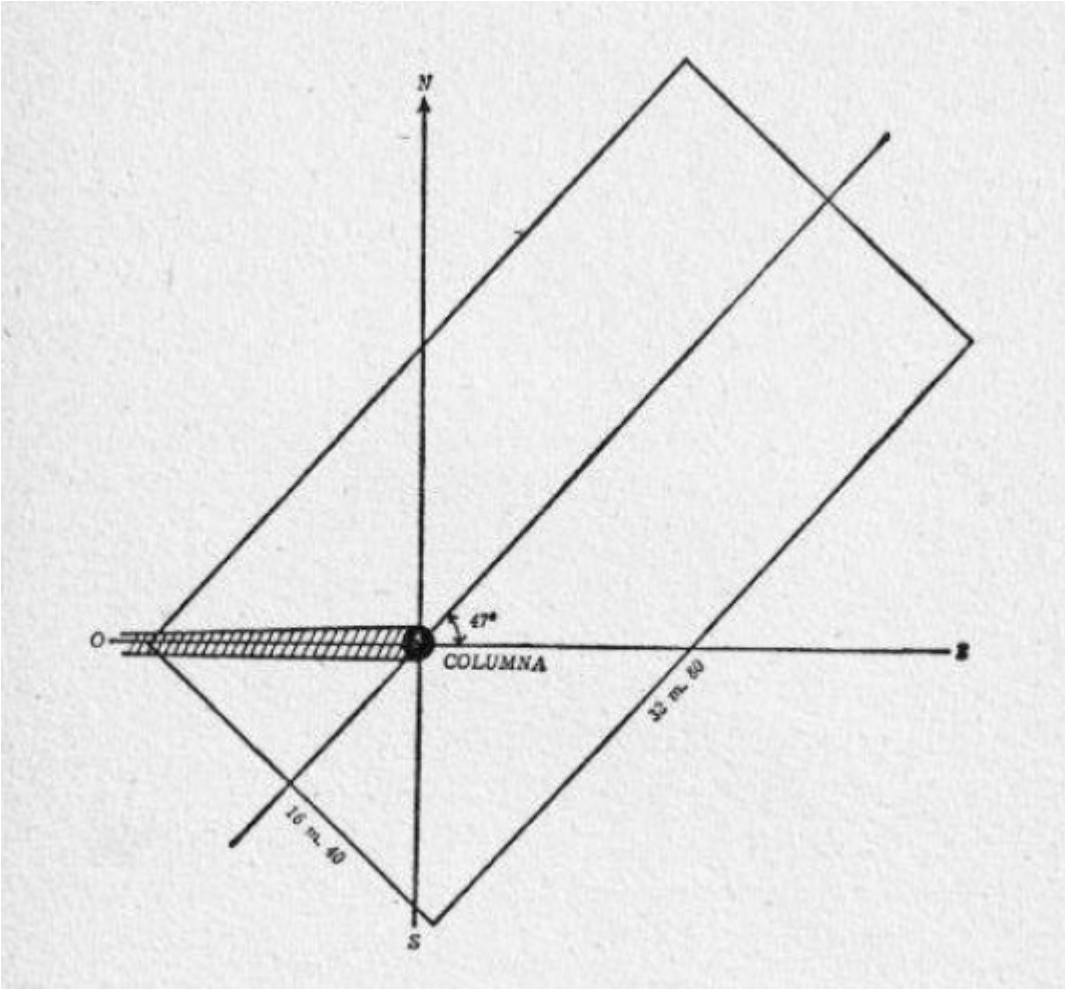
El misterio del plano

El punto de partida es el Cerro y, en el Cerro, el *Centro sagrado* donde se levanta la «columna del Templo».

El Cerro, que hay que circundar, pero no mermar, tiene una anchura determinada ya por la iglesia de Fulbert. La tabla rectangular deberá tener, pues, una longitud doble de esa anchura. Basta, para disponerla, situar uno de sus ángulos, pues el eje central ya es sabido.

Ese ángulo será fijado por la sombra de la columna, al sol naciente del equinoccio, cortando el lado nordeste del Cerro.

Es un procedimiento de gran imprecisión: la sombra es fugaz y no se fija con demasiada facilidad una sombra al sol naciente. Pero un resultado idéntico puede ser obtenido mediante referencias azimutales, como hubo seguramente una, exactamente al este de la catedral, en la colina de Archevilliers, donde debió de haber, en tiempos, un dolmen. La visual puede hacerse, igualmente, sobre la polar. Otros procedimientos eran posibles. Poco importan. Lo que importa es que, dada la inclinación de la catedral sobre el paralelo, el ángulo oeste de la tabla resulta ser exactamente el que hubiera marcado la sombra de la columna al sol naciente del equinoccio.



La anchura de la tabla está determinada por la anchura del «Cerro sagrado». Es al Sol que corresponde, tradicionalmente, «marcar» los recintos: por una altura de la columna, las sombras proyectadas estarán en relación armónica con las distancias cósmicas y los tiempos cósmicos. Las mediciones de la catedral demuestran que la posición de la base de la tabla con relación a la columna es justa, no para un ángulo de 47°, pero sí para un ángulo de 46° 54'. Ésta es la inclinación real de la catedral sobre el paralelo,

La tabla rectangular se construye entonces fácilmente alargando, a partir de ese ángulo, dos veces la longitud de la anchura del Cerro, o sea 32,80 m; la base de la tabla estará a 7,68 del centro.

La anchura de la tabla es de 20 medidas de 0,82 m (el Templo de Salomón tenía también una anchura de 20 medidas). Su longitud, de 40 medidas, y su superficie, de 800 medidas cuadradas, o sea 537,92 m2.

Es de destacar que la base de la tabla no corresponde a la base del coro actual, que termina en los grandes pilares de los cruceros, sino a la base antigua, que estaba señalada por la galería destruida en el siglo XVIII.

Pudiera verse ya en ello una primera confirmación de la precisión de esa construcción geométrica. Hay otras.

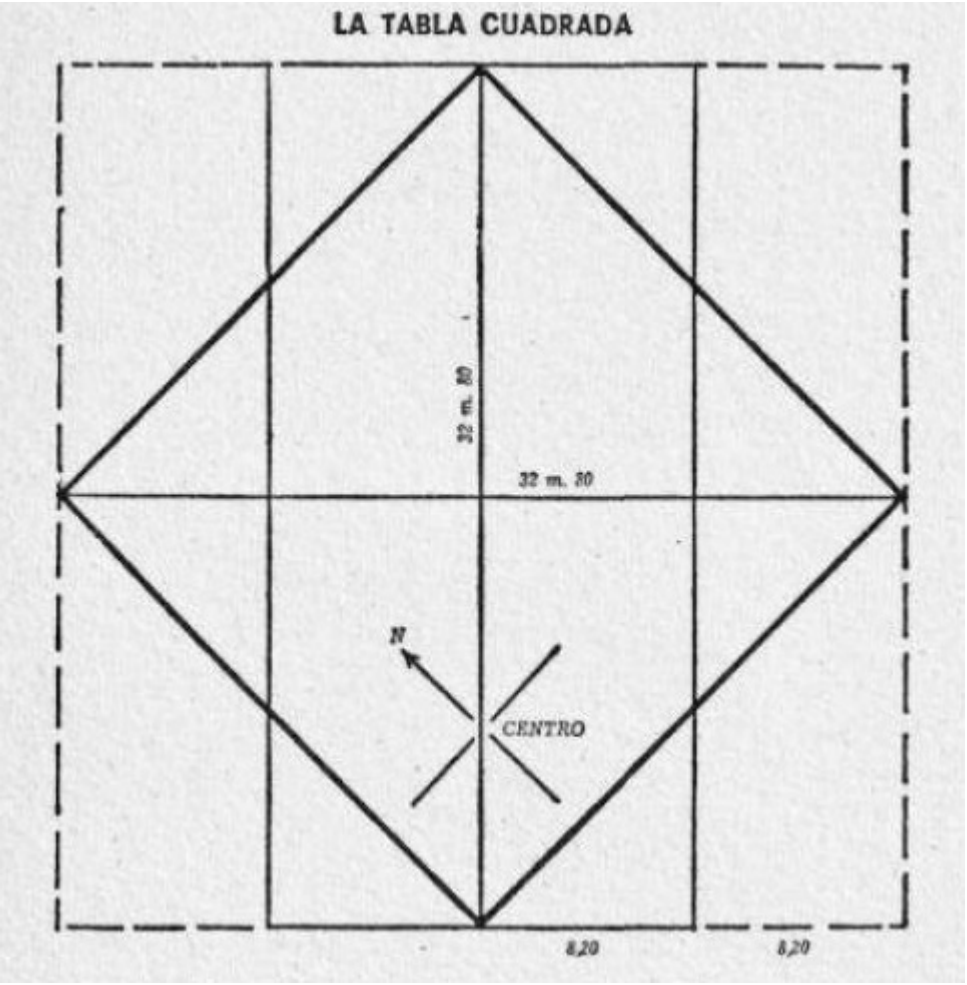
La construcción de la tabla cuadrada de igual superficie no presenta ninguna dificultad, puesto que basta tomar el gran eje de la tabla rectangular como diagonal de esa tabla cuadrada.

Su establecimiento da directamente la anchura del segundo recinto, marcando los límites de los primeros colaterales del coro; límite que es, igualmente, el de los colaterales de la nave, del asentamiento de un muro al asentamiento del muro opuesto.

Esa tabla cuadrada tiene, evidentemente, la misma superficie que la tabla rectangular. Pues su lado es de 28 medidas 284, o sea, en metros: 23,192 m.

Mas he aquí lo que aparece verdaderamente extraordinario. Esa cifra de 23,192 m, es extrañamente aproximada a la décima parte de la base de la pirámide de Keops, que se calcula, según los autores, entre 230,30 m y 232,80 m.

La superficie de la base piramidal es, pues, cien veces la de las tablas de Chartres.



La construcción de la Tabla cuadrada sobre el gran eje de la Tabla rectangular se hace inmediatamente. La diagonal perpendicular determina la anchura de los primeros laterales del coro y de los laterales de la nave. La superficie de la Tabla cuadrada, igual a la de la Tabla rectangular, es de 537,92 m; y el lado de esta Tabla cuadrada, j 537,92 = 23,193 m. El lado de la pirámide de Keops es dado por diferentes autores: 230,902 m (Jomard), 230,364 m (Flinders Petrie), 232,805 m (Moreux). Hay que contar con aproximaciones: resulta difícil medir exactamente la pirámide cuyo revestimiento ha desaparecido.

No menos extraordinario es el hecho de que el ángulo de pendiente de esa pirámide —51° 25′ aproximadamente (no se puede ya medir muy

exactamente ese ángulo desde que el revestimiento de calcáreo pulimentado ha desaparecido)— sea el ángulo sobre el cual está construida la figura que va a dar a la catedral todo su sentido y todo su ritmo, que es la del hectágono estrellado, más corrientemente llamado la estrella de siete puntas.

Conviene recordar aquí que el septenario es el símbolo mismo de la encarnación: el descenso de la Trinidad divina en el cuaternario material. Es el Número de la Tierra vivificada por la corriente divina: lo cual es, en forma geométrica, el símbolo mismo de la Virgen Negra.

Esa estrella de siete puntas puede ser fácilmente construida sobre el plano de la catedral. Basta prolongar la línea de base de la tabla rectangular. El encuentro de esa línea con las superficies exteriores de los muros del pórtico de los cruceros —porches aparte— da dos puntas de la estrella cuyo centro es el centro sagrado.

Como una de las puntas de la estrella se confunde con el eje de la catedral, resulta fácil entonces encontrar las otras puntas.

Pero, para el maestro de obras, no sucedía lo mismo; la operación se hacía, para él, en sentido contrario, es decir, comenzaba por la construcción de la estrella. De su desarrollo obtendrá la rotonda, la anchura de las segundas naves laterales del coro, la longitud y la anchura de los cruceros, la longitud de la catedral y su ámbito y, por último, le permitirá construir la tabla redonda de igual superficie que las otras dos tablas. Y sin duda muchas cosas más que el analista no ha sabido ver.

La catedral responde. Y no responde con cifras, lo cual indica bien que en ningún momento el maestro de obras tuvo que establecer el menor cálculo; no, sin duda, porque no hubiese sido capaz de ello, sino porque el cálculo, por ser intelectual y cuantitativo, habría podido llevarle a desviaciones inarmónicas. El tendel y la medida bastaron para todo.

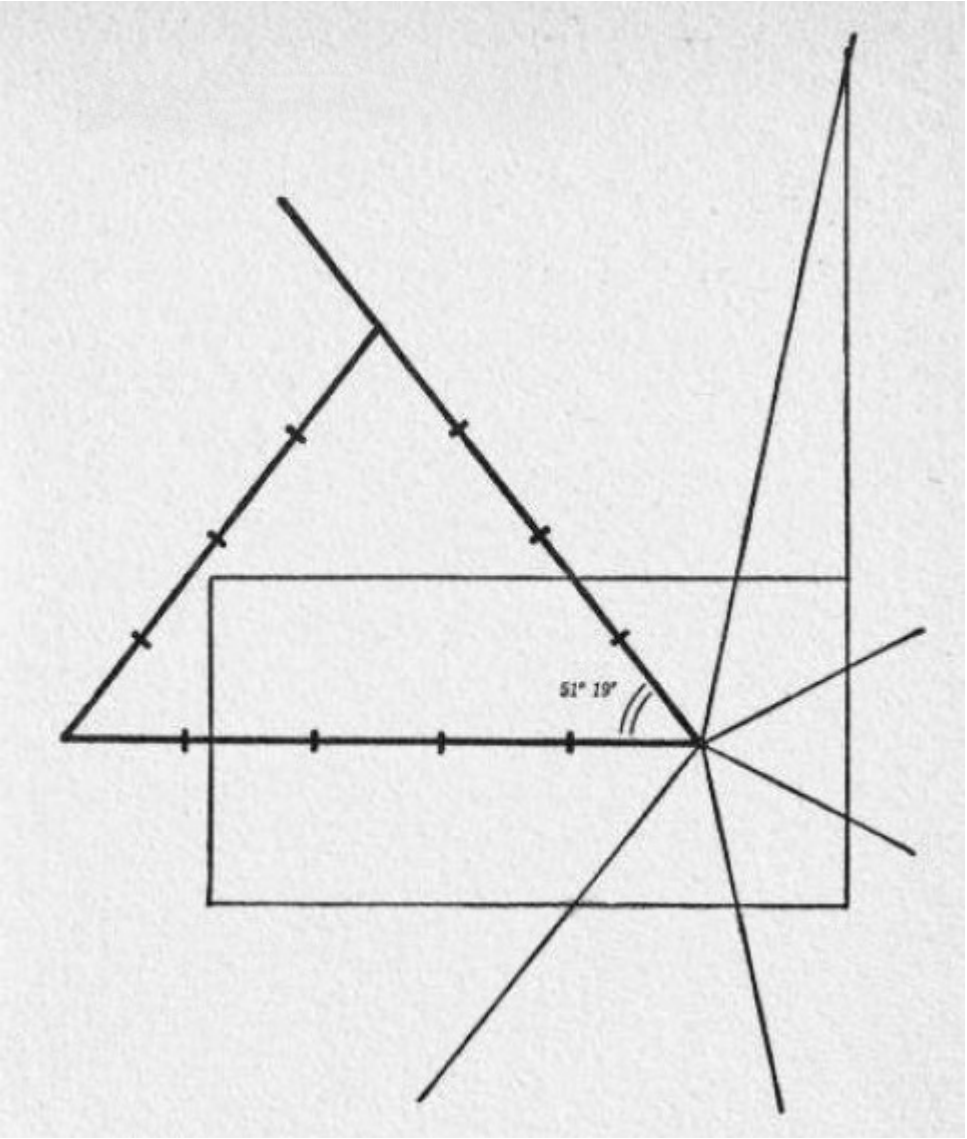
Se deduce, por lo demás, que el simple trazado de las figuras podría perfectamente hacer las veces de explicación. Las soluciones métricas que voy a dar son puestas únicamente para permitir seguir la evolución de las figuras en las dimensiones de la iglesia.

«¡Ah! —dirá la Universidad—, ¿acaso ese hombre ignora que, lo mismo que la cuadratura del círculo, la división del círculo en siete arcos iguales es imposible geométricamente?».

Acaso la Universidad tiene razón. Al menos, todavía no ha encontrado solución a esos problemas a nivel de tiralíneas, Pero nosotros estamos aquí a nivel de la catedral de Chartres, o incluso, si se quiere, a nivel de la construcción en general, donde, aun resuelta, la construcción sería tachada de error humano y de error instrumental.

Además, el maestro de obras no «calcula», en el sentido como se entiende escolarmente; el maestro de obras construye sobre el terreno. No desea hacer un esquema, quiere hacer de su catedral un ser animado de una vida que le sea propia. No trabaja en el ideal, sino en la materia que debe animar y, para hacerlo, utiliza proporciones ritmadas que responden a una matemática viviente, vegetal.

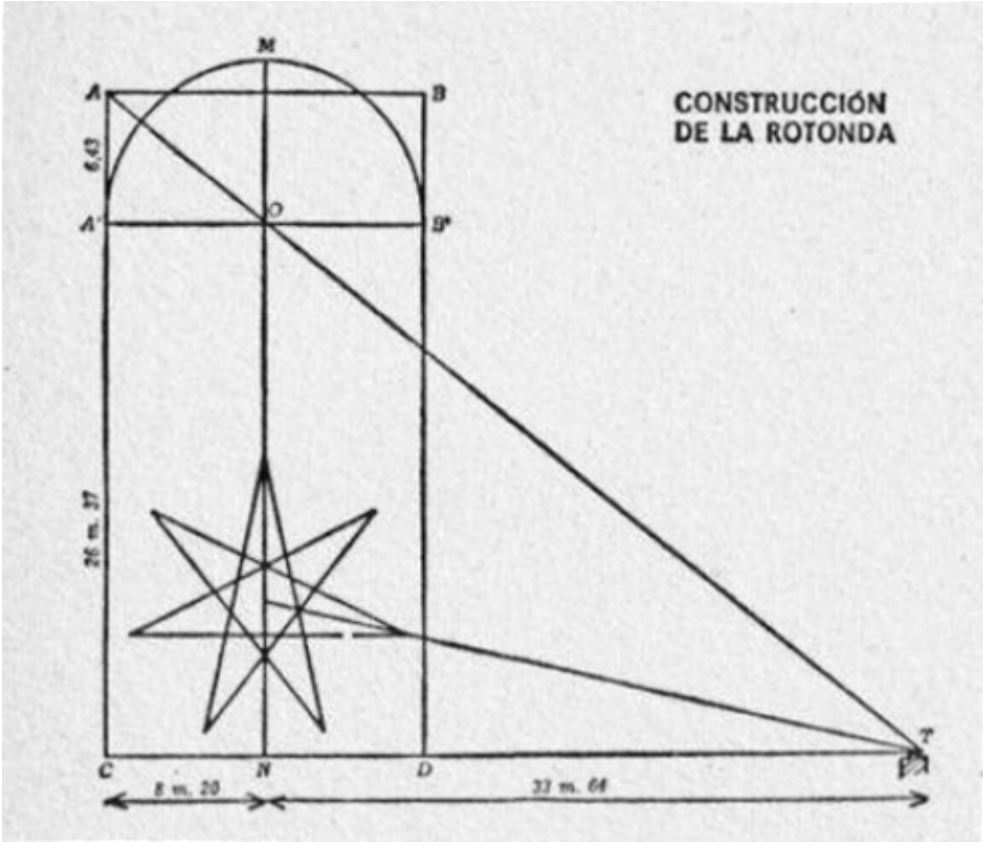
De hecho, sobre el terreno, la partición del círculo en siete es perfectamente posible con una aproximación suficiente, ante todo sobre grandes dimensiones que permiten cierto tanteo, y ello únicamente con la medida y la cuerda.



La cuerda, llamada de «los druidas», de 12 nudos, por lo tanto de 13 segmentos iguales, permite la construcción, sobre el terreno, de diferentes figuras. Así, la del ángulo derecho, por el empleo de 12 segmentos que constituyen el triángulo de Pitágoras; e, igualmente, disponiendo los segmentos: 5, 4, 4, la de un triángulo isósceles con dos ángulos de 51° 19', muy aproximado a la séptima parte del círculo (51° 25' 42" $^{8}/_{10}$). Obsérvese que este triángulo isósceles dibuja el corte, por en medio de las caras, de la pirámide.

La cuerda de doce nudos (doce nudos; es decir, trece segmentos) de los druidas basta sobradamente para ello, puesto que, disponiendo la cuerda en triángulo isósceles que tenga por lados 5,4 y 4, se formar dos ángulos de 51° 19′, en tanto que el cálculo arroja, para la séptima parte de 360°: 51° 25′ 42″ $^{86}/_{100}$, o sea, un error de 6′ 42″.

En grandes superficies, la corrección resulta fácil efectuando la partición en sentido inverso e interpolando el error. Puede considerarse, pues, el trazado de esa partición como perfectamente realizable con una exactitud más que suficiente sobre el plano de la construcción.



La solución métrica es la siguiente: sea la tabla ABCD; MN, su gran eje y T, el punto de la estrella que marca el crucero. La línea AT corta el eje en O y determina dos triángulos semejantes: ACT y ONT; así, AC/CT = ON/NT; de donde: (AC x NT)/CT = ON. Sustituyendo las longitudes por sus valores, obtendremos:

$$\frac{32,80 \times 33,64}{41,84} = 26,371;\ \text{de donde: } OM = 32,80 - 26,37 = 6,43.$$

El rectángulo A'ABB' = 6,43 x 16,40 = 105,452; ahora bien, el semicírculo de centro O y de radio OA' (8,20) tiene por superficie:

$$\frac{8,20^2 \times 3,1416}{2} = 105,620.$$

Para ser absolutamente exacta, la distancia OM debería ser de:

$$\frac{105,62}{16,40} = 6,44.$$

Hay, pues, un error de 1 cm, lo cual es desdeñable en la fase de construcción.

Además, no queda del todo excluido que el maestro de obras de Chartres hubiese tenido a su disposición un procedimiento mucho mejor. Quizás el procedimiento del constructor de la pirámide.

Tracemos, pues, en torno del centro, la estrella de siete radios, con la punta alta por eje del monumento.

Dos de las puntas laterales cortan —lo hemos visto— las prolongaciones de la base de la tabla rectangular en puntos que están exactamente en el límite exterior de los cruceros, determinando así la longitud de éstos.

Tradicionalmente —pero es imposible afirmarlo—, esa dimensión estaría contenida en la numeración de la consagración.

Como fuere, esos dos puntos —uno al menos— son particularmente importantes, puesto que permitirán trazar la rotonda del coro y la tabla redonda de igual superficie que la tabla rectangular.

El maestro de obras andaba a vueltas, en efecto, con una primera dificultad, que era la de la rotonda. Debido a la existencia de la iglesia baja —y en previsión de un deambulatorio—, necesitaba terminar la tabla rectangular en semicírculo sin variar su superficie.

Ahora bien, si se junta el punto de la estrella que marca el crucero con el ángulo superior opuesto de la tabla, el punto donde esta línea corta el eje de la tabla es el centro de un semicírculo con la anchura de la tabla por diámetro y una superficie prácticamente igual a la del rectángulo que sustituye.

El desarrollo de la tabla rectangular en rotonda es una adaptación evidente del plano gótico al plano románico; siendo el plano gótico, al

parecer, de cabecera plana, tal como fue ejecutado en Nuestra Señora de Laon.

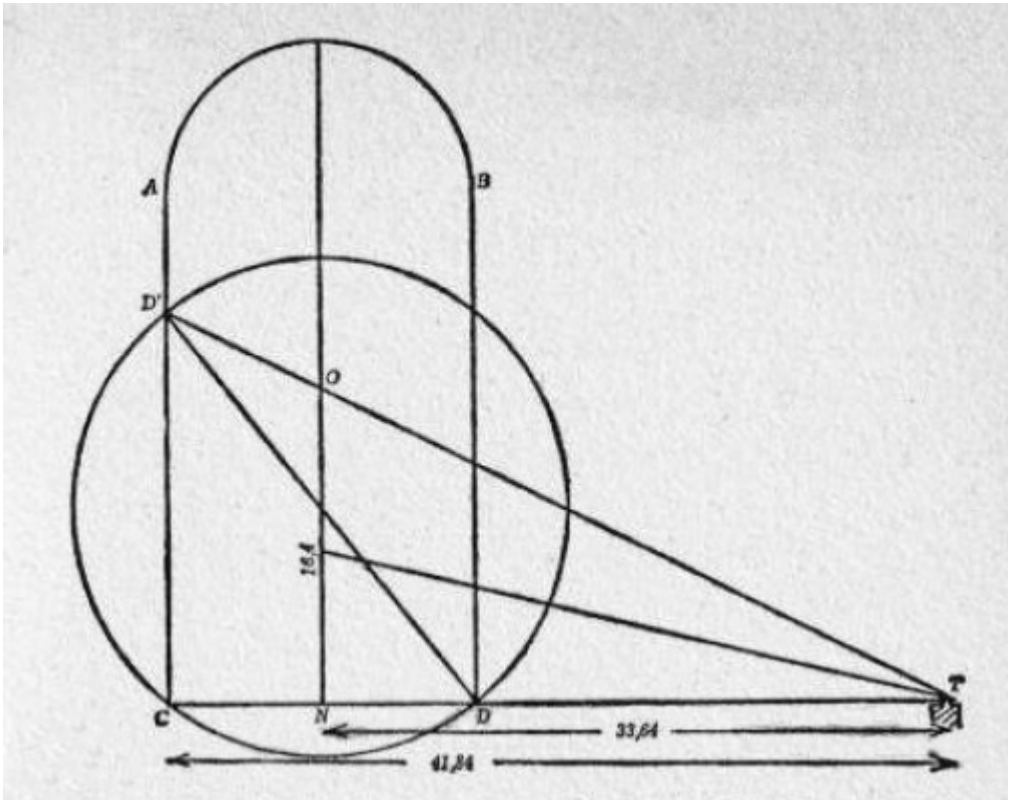
Es el mismo punto del crucero que será utilizado para la construcción de la tabla redonda.

Construir una tabla redonda que tenga la misma superficie que la de una tabla cuadrada o rectangular, es la cuadratura del círculo, una imposibilidad geométrica asaz demostrada. El mismo cálculo integral sólo llega a una aproximación de la constante de Pi. Esto es verdad en matemáticas de laboratorio; en la práctica, se logra, geométricamente, a una aproximación perfectamente suficiente para que los «acordes» no desafinen.

Puede parecer asombroso que esa cuadratura del círculo, que se ha hecho proverbial como alegoría de lo imposible, haya inquietado tanto a nuestros antepasados, que, por lo demás, se empeñaban en una solución geométrica.

Creo que hay que ver en ello la búsqueda de una «puerta», de una clave de paso de un mundo a otro; un secreto de iniciación, en cierto modo. Esa búsqueda permanece, en efecto, más espiritual que directamente material, pues soluciones muy aproximadas y suficientes eran ya conocidas en una antigüedad bastante remota.

El sentido de la «cuadratura del círculo» era sin duda diferente para los filósofos y para los medidores, como sucede con el «maridaje del agua y del fuego» para los alquimistas, que no piensan en absoluto en sacar de ello máquinas de vapor.



La solución métrica es la siguiente: siendo O el medio del gran eje de la Tabla rectangular, la línea TO corta AC en D', determinando dos triángulos semejantes: D'CT y ONT; luego, D'C/CT = ON/NT; de donde: D'C = (ON x CT)/NT. Sustituyendo las longitudes por sus valores:

$$\frac{16{,}40 \text{ x } 41{,}84}{33{,}64} = 20{,}396.$$

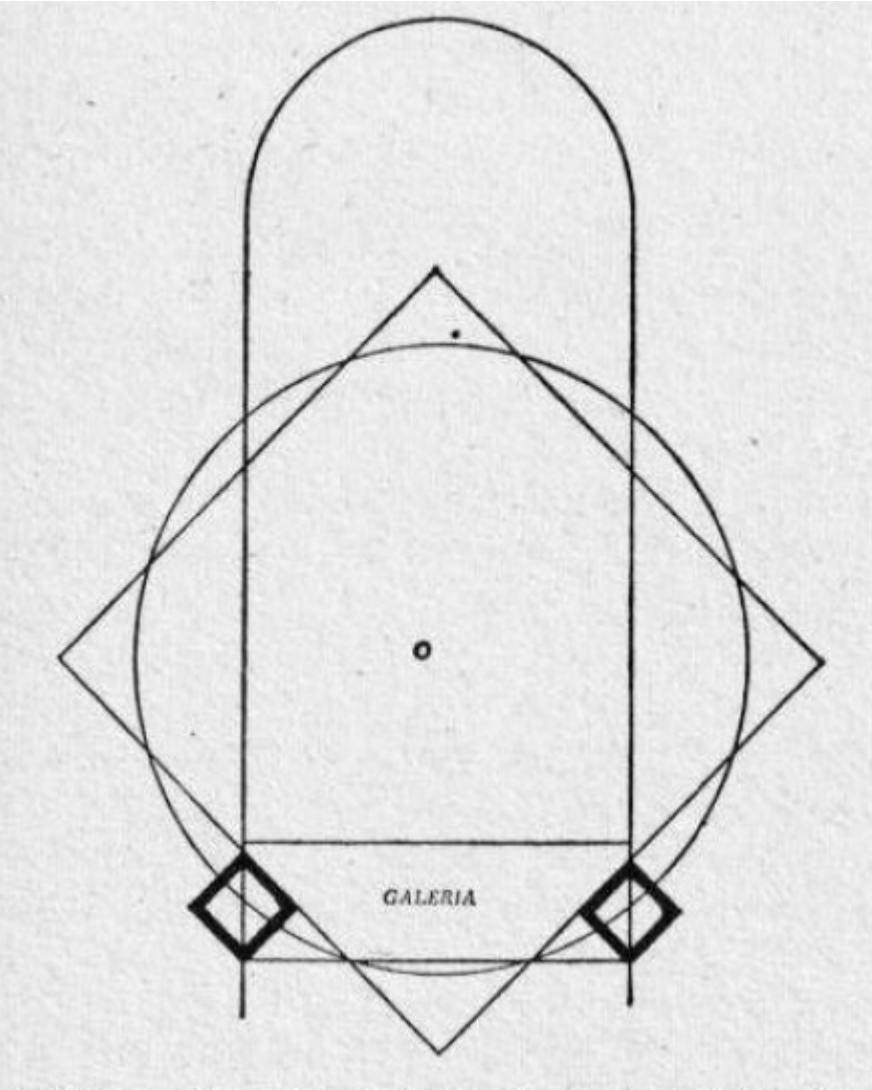
Por otra parte, tenemos: D' D^2 + D' C^2 = CD^2. D' D^2 = $(20{,}396)^2$ + $(16{,}40)^2$ = 684,956; y D' D = J 684,956 = 26,172. El círculo con D' D por diámetro tiene por superficie: (684,956/4) x 3,1416 = 537,96 m^2

Ahora bien, siendo la superficie de la Tabla rectangular ge 537,92 m^2, sólo hay una diferencia de 4 cm^2.

El radio de la Tabla redonda así realizada es de 13,086 m, cuando hubiera debido ser de 13,085 m, o sea, un error de 1 mm, o si se prefiere, de 1/13.000.

Sea como fuere, se ha dado demasiada importancia a esa solución geométrica para no pensar en absoluto en algún secreto encerrado en ese problema, secreto y clave de un enigma vital.

Si, desde ese punto la estrella que marca el límite del crucero y que ha sido utilizado ya para la construcción de la rotonda, se tira una línea que llegue a la mitad de la tabla rectangular y se prolonga esa línea hasta el lado opuesto de la tabla, corta ese lado en un punto. Ahora bien, si se alcanza ese punto en el ángulo inferior opuesto de la tabla, la distancia entre ambos puntos tiene un valor muy aproximado a la del diámetro del círculo, cuya superficie es la misma de las tablas rectangulares y cuadradas.



Si trazamos la Tabla redonda en torno del centro sagrado, corta las prolongaciones de la Tabla rectangular en medio de los pilares cuadrados del crucero. La tabla cuadrada trazada igualmente en torno del centro sagrado determina el espesor de los pilares. Por último, ambas tablas determinan la extensión de la antigua galería (desaparecida) que limitaba la base de la Tabla rectangular.

La construcción de la tabla redonda no es, evidentemente, un ejercicio gratuito, Es esa tabla que, en primer lugar, permitirá situar los grandes pilares de la base del coro y de la unión de los cruceros.

El centro de construcción de la tabla redonda coincide con el centro de la tabla rectangular, pero no con el centro sagrado, del que dista 2,523 m. Ahora bien, si se traza esa tabla redonda en torno del centro sagrado, la circunferencia de la tabla marcará al cortar las prolongaciones de los lados del coro, el emplazamiento de los pilares que limitan a éste.

Si se hace lo propio con la tabla cuadrada, trazada con, en medio, el centro sagrado, el trazado de los lados de la tabla indicará el espesor de los pilares.

Así se da, no sólo una solución geométrica, sino también una solución *técnica*, puesto que el espesor de los pilares es, técnicamente, función dé los pesos, altura y empujes del monumento.

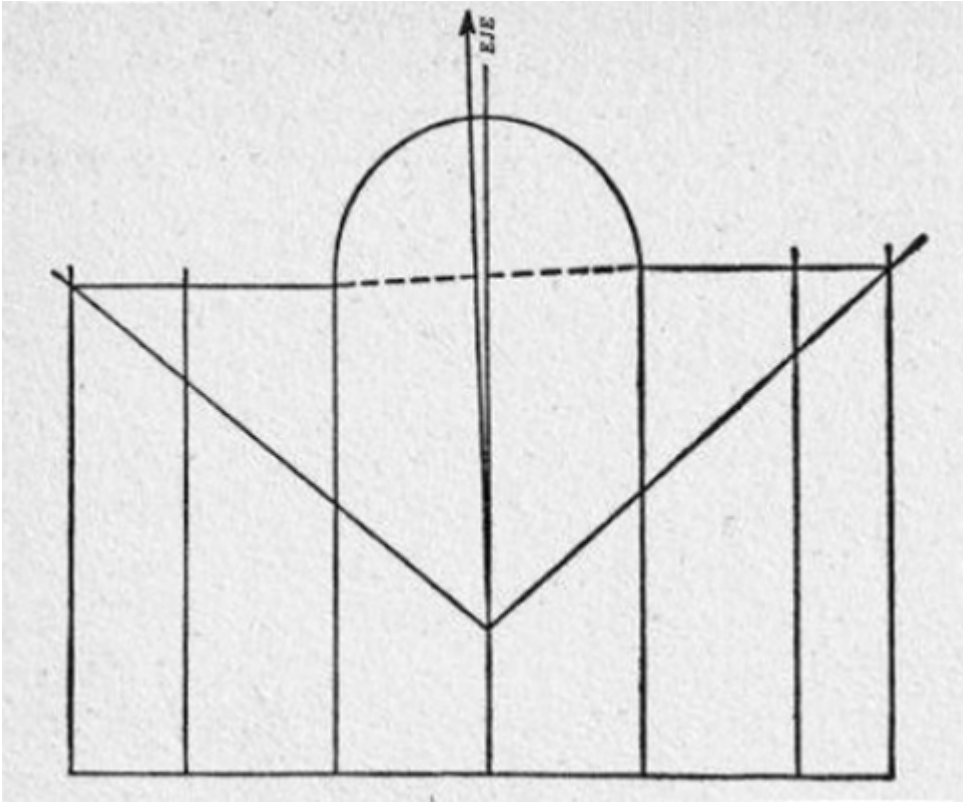
Puede verse ahí una coincidencia. Es posible. Pienso, personalmente, que el *sistema*, a la par muy sencillo y muy sabio del maestro de obras, era tal que soluciones técnicas y geométricas iban de consuno.

La galería que cerraba el coro tenía 2 toesas y 9 pulgadas de ancho, o sea, aproximadamente 4,20 m. Es probable, pues, que ocupase el espacio entre los pilares hasta la base de la tabla rectangular.

Lo formaban «siete» arcadas góticas, Constituía el único adorno interior de la catedral. Se sabe, por los trozos que se encontraron en el pavimento, algunos de los cuales se guardan en la cripta y otros en el Louvre, de qué admirables esculturas estaba adornado.

La rotonda está formada igualmente por siete arcadas góticas, remozadas con la aplicación de grandes capas de estuco en un siglo de luces, cuando el gótico se consideraba —incluso Voltaire— bárbaro.

Esa rotonda ofrece la particularidad de no estar orientada exactamente sobre la línea media del coro. El semicírculo se inclina ligeramente hacia el Norte.



A consecuencia de la rotación que el maestro de obras ha hecho sufrir al eje de la estrella con relación al de la catedral, se produce un desfase en las anchuras de los laterales Sur y Norte. Por lo que las puntas laterales de arriba de la estrella no cortan ya la base de la rotonda al mismo nivel. El cálculo teórico, basado en una rotación del eje de la estrella en un grado, que parece acercarse a la realidad, arroja una diferencia de casi un metro entre las anchuras de los dos laterales, lo cual corresponde a la realidad, y da una distancia, de límite a límite, de 47,04 m; ahora bien, la medición da, como anchura del coro, de muro a muro, 45,95 m, o sea, una diferencia de 1,09 m. Teniendo cada muro de base, aproximadamente, ese espesor, la indicación de las puntas laterales de arriba de la estrella se habrían referido al centro del muro. No tenemos ningún medio de comprobar este detalle.

Eso no se puede percibir a simple vista, y sólo se descubre en el plano. Ver en ello el resultado de un error sería verdaderamente tener en poco a la

ciencia que presidió la erección de todo el monumento; pero el motivo permanece ignorado.

La catedral responde, ciertamente, pero ahí se trata de una respuesta a una pregunta que no sé hacer…

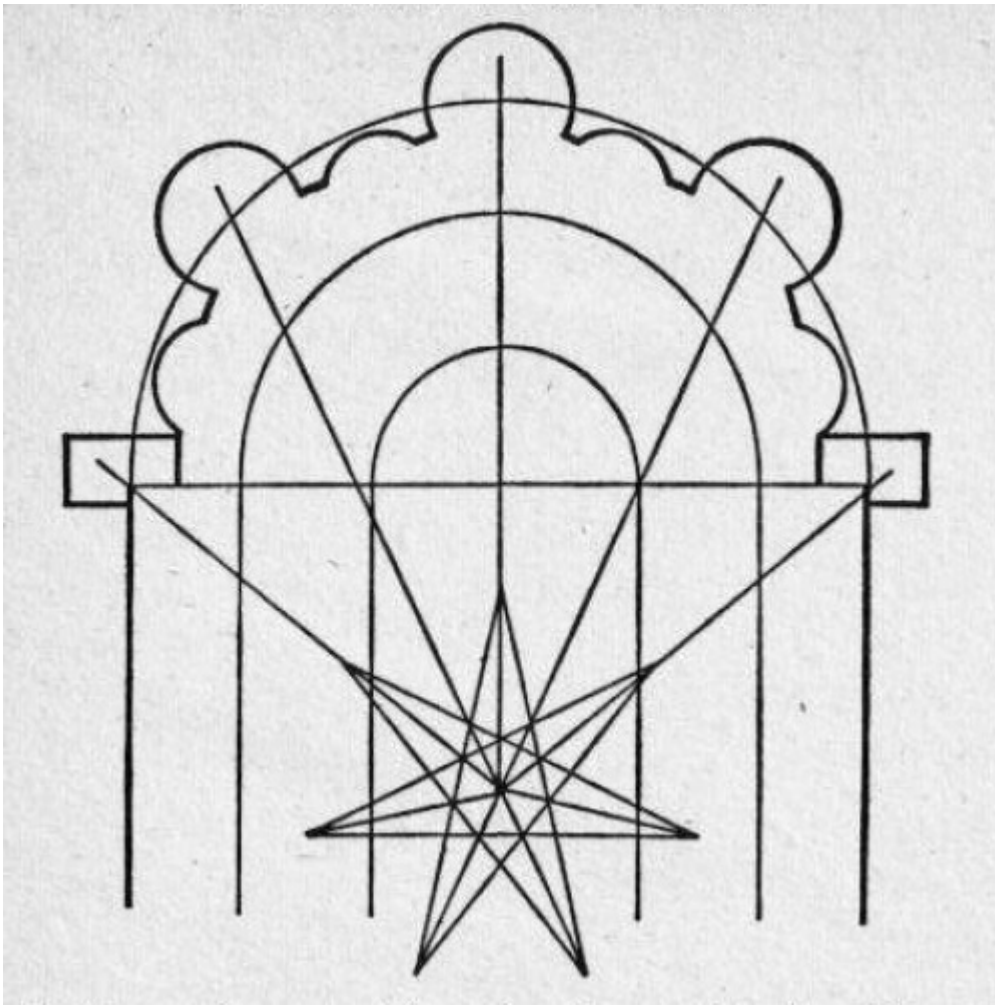
Como tampoco sé formular las que atañen a la implantación irregular de los pilares del lado sur del coro y de su nave. Los dos pilares que enmarcan la fila que contiene el centro sagrado están más distantes uno del otro que los de las otras filas. Mientras que el promedio de las otras filas es de 7 m aproximadamente, la separación de esos dos pilares es de 7,83.

Es de destacar, sin embargo, que ese tramo da —daba antes de la colocación de la vuelta de coro de Jean de Beauce en el siglo XV— al vitral de Nuestra Señora de la Bella Vidriera. Quizás esté ahí la explicación: pudo haberse querido no limitar en absoluto el influjo del vitral.

El desarrollo de la estrella de siete puntas como «directriz» de construcción no se limita únicamente al coro. Indica también los límites de los segundos colaterales del coro.

En efecto, si se prolonga la línea que marca la base de la rotonda, esta línea quedará cortada por las dos puntas altas laterales de la estrella en puntos que marcan los muros del coro; en medio del asentamiento de los muros.

Evidentemente, a consecuencia de la inclinación, de la que he hablado más arriba, del semicírculo sobre el eje, existe cierta asimetría entre el muro Norte y el muro Sur. Lo cual prueba, a mi parecer, que esa inclinación no era debida a un fallo —que habría sido rectificado—, sino a un propósito deliberado de introducir tal asimetría. Que tiene, *tal vez* —debo atenerme al tal vez, caro a Rabelais—, alguna relación con la misteriosa tercera medida de la catedral.

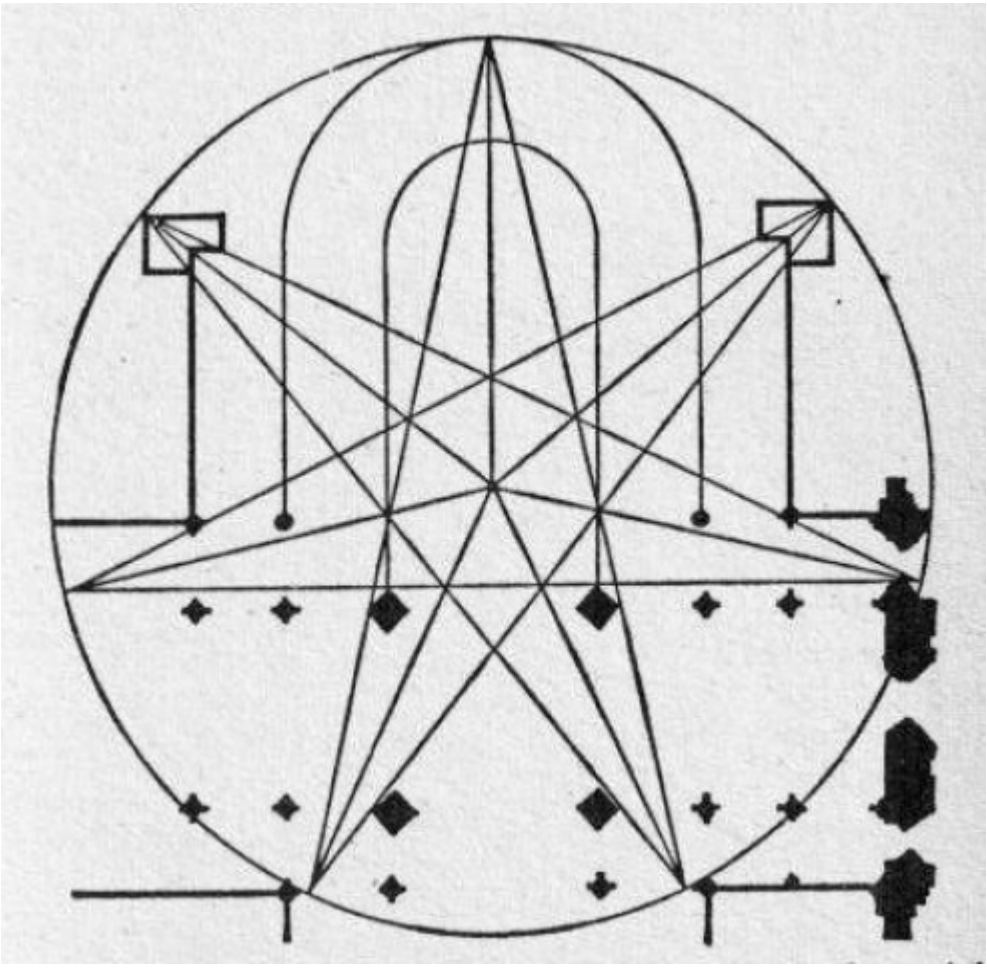


El ábside está construido sobre la estrella de siete puntas desfasada, lo cual hace que la capilla central no esté exactamente en el eje de la catedral. El círculo interior de la ojiva, que tiene el mismo diámetro que la distancia de los muros del coro, no la delimita, pero contiene los centros de construcción de las capillas, cuyo radio interior es de 3,69 m (5 codos de Chartres). Por lo demás, esos centros están marcados por la intersección de las bisectrices de los ángulos superiores de la estrella inclinada.

A partir de los puntos de convergencia de las dos puntas altas de la estrella con la base de la rotonda, el ábside se desarrolla, igualmente, según un semicírculo centrado sobre el de la rotonda, Pero ese círculo no delimita el ábside, contiene los centros de las tres capillas de la cabecera, capillas

redondas, cuyo radio interior es de 3,70, longitud que volveremos a encontrar a propósito de la segunda medida.

Antes de abandonar la tabla rectangular, se notará que, desde el principio de la rotonda hasta la base del coro, la distancia es de 26,32 metros, y la anchura de 16,40 m; las proporciones de ese rectángulo se aproximan mucho a las del Número Áureo que, para el hombre, es la proporción clave de toda estética.



La construcción de la estrella da una distancia teórica, del centro sagrado a la base de los cruceros, de 31,10 m. Las mediciones dan 31,083 m. En cuanto a las torres que apuntalan el ábside y el coro, se trata, evidentemente, de extensión.

Hasta aquí sólo he utilizado los ejes de las puntas de la estrella. Ahora es menester construirla. Si se delimita esa estrella con un círculo que pase por los «puntos de crucero» que han servido para las construcciones, ese círculo corta las dos puntas bajas a la altura del límite occidental de los cruceros, determinando así la anchura de éstos.

El cálculo indica que ese límite debería encontrarse a 20,88 m de la base del coro. Las mediciones de la catedral dan, para esa anchura, 20,98 m. La separación es de 10 cm.

Por lo demás, el círculo circunscrito a la estrella, que permite construir el heptágono estrellado, corta las dos puntas laterales altas en los ángulos de las torres de ajustes de los muros del coro y del semicírculo del ábside.

Ahí también la construcción geométrica resuelve un problema técnico de construcción.

Falta por considerar la parte «pública» de la iglesia; es decir, la nave y sus colaterales.

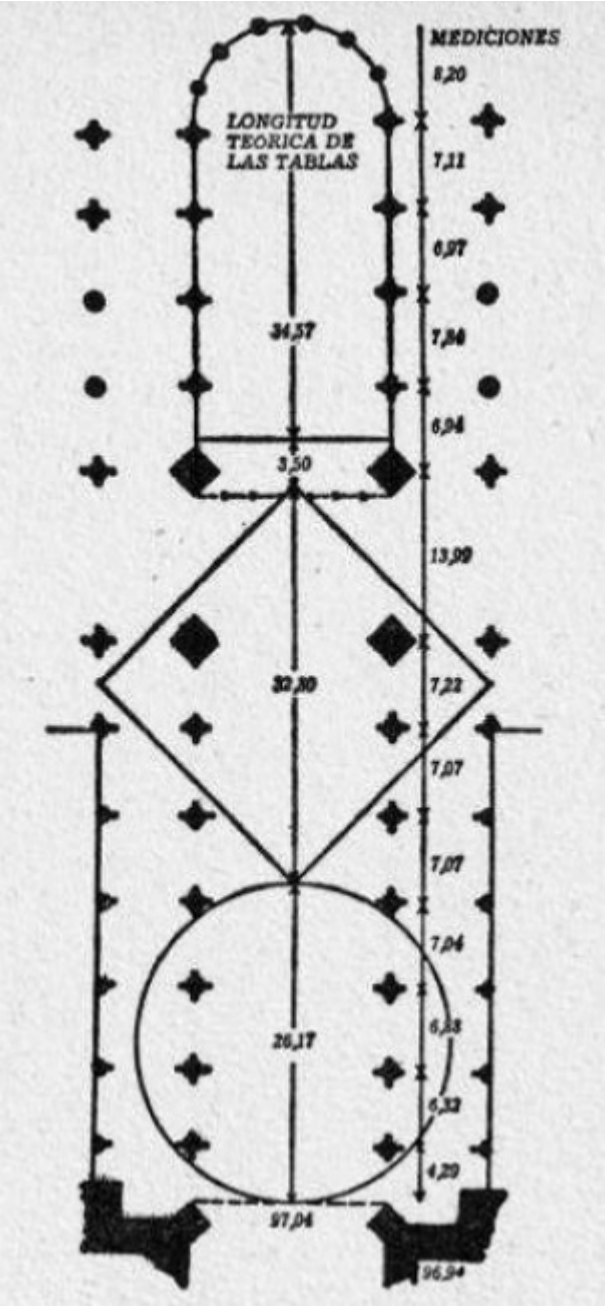
Su anchura ha sido determinada por la del coro.

La anchura de la nave, más sus colaterales, de muro a muro, ha sido determinada por la diagonal de la tabla cuadrada.

Resta su longitud, que nos indicará la sucesión de las tablas.

A partir de la tabla rectangular, pero separada de ella por la galería, se situará la tabla cuadrada, con su diagonal en el eje de la catedral.

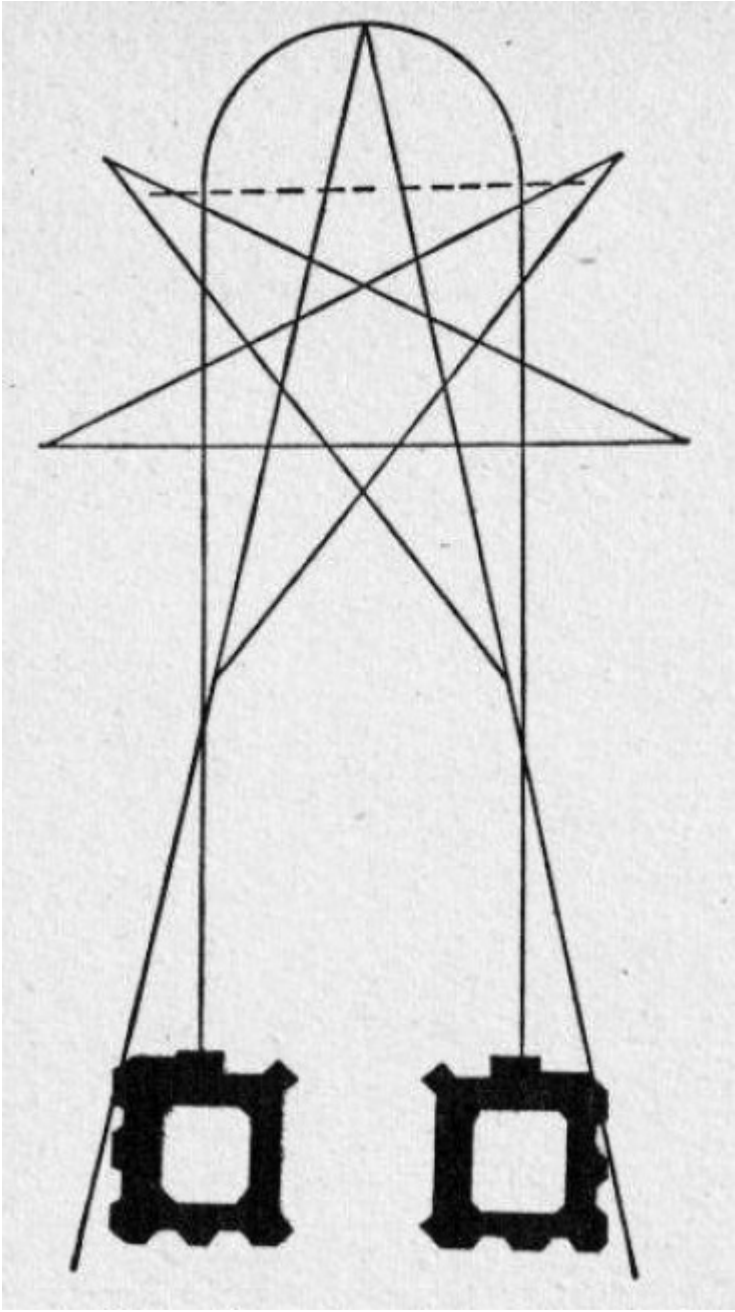
¡Y, oh, maravilla, el ángulo sudoeste de la tabla cuadrada se halla exactamente situado en esa piedra blanca marcada con una espiga de metal, que el sol del solsticio de junio ilumina a mediodía del día 21!



Además, recordemos que la superficie de la tabla cuadrada era la centésima parte de la pirámide de Keops; a consecuencia de la inclinación de la catedral, esa tabla cuadrada, como la pirámide, tiene una de sus caras dirigida casi exactamente al Norte verdadero. Y es perfectamente posible que, cuando la tabla era indicada sobre el enlosado de otro modo que por un

solo punto —como es todavía el caso de Amiens—, no estaba en absoluto orientada de manera exacta.

Pongamos que sea otra coincidencia.



Aunque construidas cincuenta años antes de la catedral, las torres de la fachada Oeste se insertan exactamente en la extensión delimitada por la estrella.

Inmediatamente a continuación de la tabla cuadrada se sitúa la tabla redonda. Esa tabla está marcada —y representada— por el laberinto, que afortunadamente ha sido conservado. Hablaremos de ella en su momento.

Ahora bien, el círculo de la tabla redonda, puesto así a continuación de la tabla cuadrada, toca la línea que junta los bordes orientales de los pilares apuntalados en las torres.

El camino de iniciación comienza ahí.

Por otra parte, si trazamos la estrella según la forma tradicional, es decir, juntando las cimas de tres en tres, y prolongamos los lados de la punta alta, la que está en el eje de la catedral, comprobaremos que ese ángulo encierra y delimita las torres occidentales que, sin embargo, se empezaron a construir cincuenta años antes que la nave.

Se comprenderá por qué puede parecer muy afortunada la coincidencia que hizo colocar esas torres en ese lugar y que les dio esas dimensiones.

El grial y la alquimia

En éstas estaba, bastante satisfecho, ni que decir tiene, de mis pequeñas reflexiones geométricas, cuando me di cuenta de que las «puertas» no se abrían ni mucho, menos.

Había adquirido la certeza de que el maestro de obras de Chartres no erigió su catedral según una inspiración personal, sino en aplicación de datos tradicionales que podían muy bien ser más que «de oficio».

Sin embargo, la estrella, al igual que las tres tablas, debía corresponder a una necesidad utilitaria. Pese a lo que hayan podido pensar de ella los románticos, la gran época de las catedrales ignoraba el Arte por el Arte. Si había símbolo, era menester que ese símbolo fuese utilitario… y activo.

Tres tablas, dice la tradición, portaron el Grial.

¿Qué era, pues, el Grial?

Aparece, para nosotros, en el refrito cristiano de las *Novelas de la Tabla redonda*. Se trata de un vaso que, a la vez, sirvió a Jesucristo cuando la Cena y fue utilizado, después, por José de Arimatea para recoger la sangre de Cristo cuando la crucifixión. Se trata, pues, de un vaso que contenía la sangre divina, directamente recogida o transmutada («Bebed, Esto es mi sangre…»).

La búsqueda de los Caballeros de la Tabla Redonda (y he aquí otra tabla) es la de ese vaso guardado, cuenta la leyenda, en el Castillo Aventurado del Rey pescador (estamos en la Era de Piscis).

El origen del Grial no es con seguridad céltico. Puede muy bien ser anterior. Creo que ese vocablo deriva de la raíz «Car» o «Gar», que tiene el

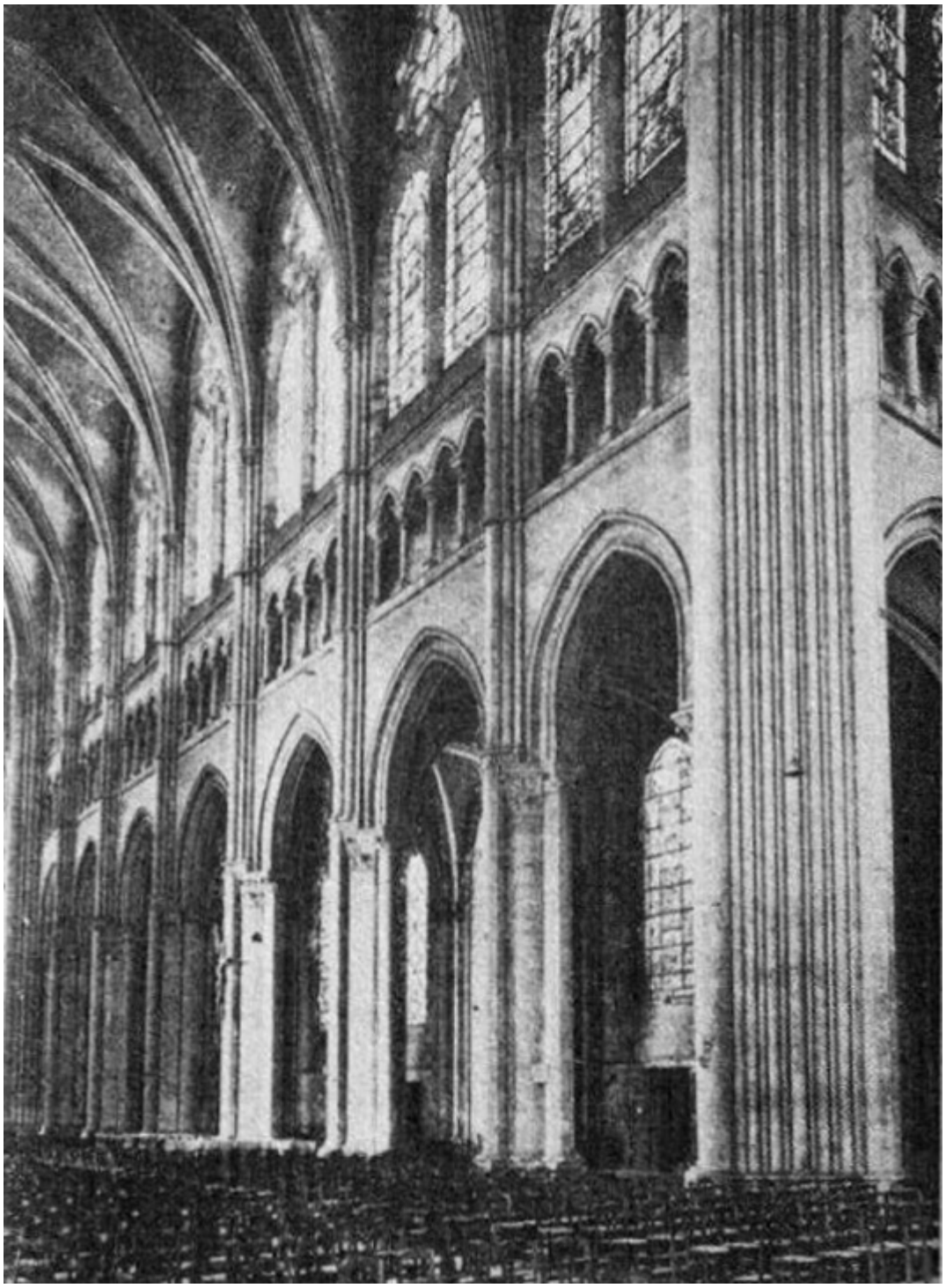
significado de «piedra». El *Gar-Al* o *Gar-El*, pudiera ser el vaso que contiene la piedra, o el vaso de piedra (Gar-Al), o la Piedra de Dios (Gar-El).

Ambas etimologías son, por lo demás, muy similares. En el primer caso, se trataría del vaso en el que se hace la «Piedra»; en el segundo, sería cuestión de la «Piedra» misma. Es indudable que el símbolo es el alquímico.

No se puede, en efecto, separar la palabra Grial de la de «Caldero». En tiempos del celtismo primitivo, era el Caldero (Caldron) de Lug donde, sobre un fuego muy particular, se cocían las «medicinas universales». Por otra parte, el rey Gradlon nos indica, por su nombre, que se trataba de un «guardián del Grial» en su ciudad de Is, que las olas sumergieron cuando su hija Mahu, cristiana, destruyó los menhires de fijación de los suelos.

Grial es un vocablo céltico, pero, con otros nombres, la leyenda del vaso sagrado se encuentra en otros lugares y tiempos.

Melquisedec es representado en el pórtico de Chartres —pórtico Norte, llamado de los Iniciados— portando la copa que entregó a Abraham y de la que asoma la Piedra.

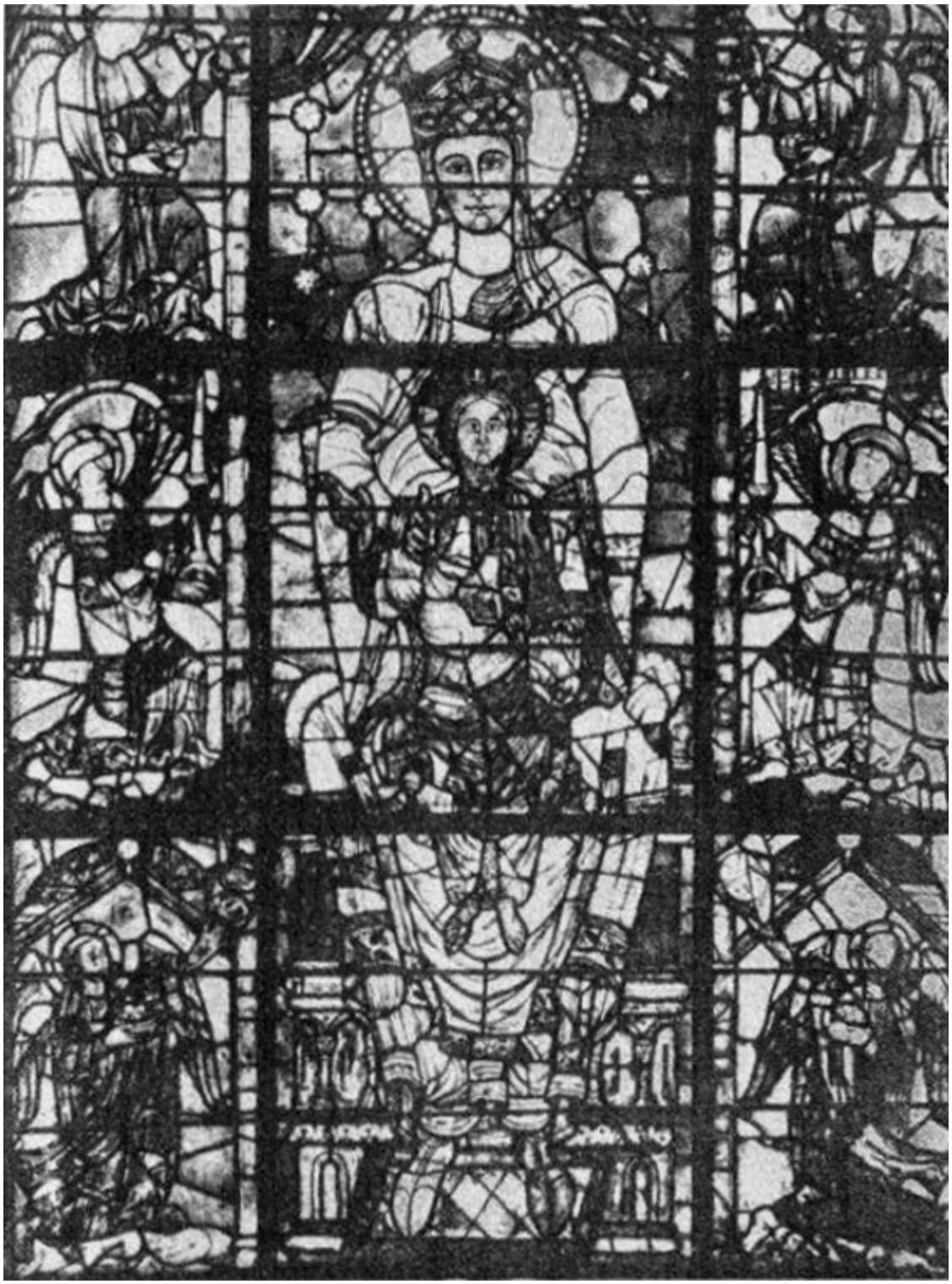


Un maestro de obras ha marcado la elevación vertical de «líneas» horizontales —capiteles de los pilares, cordón en la base del triforio,

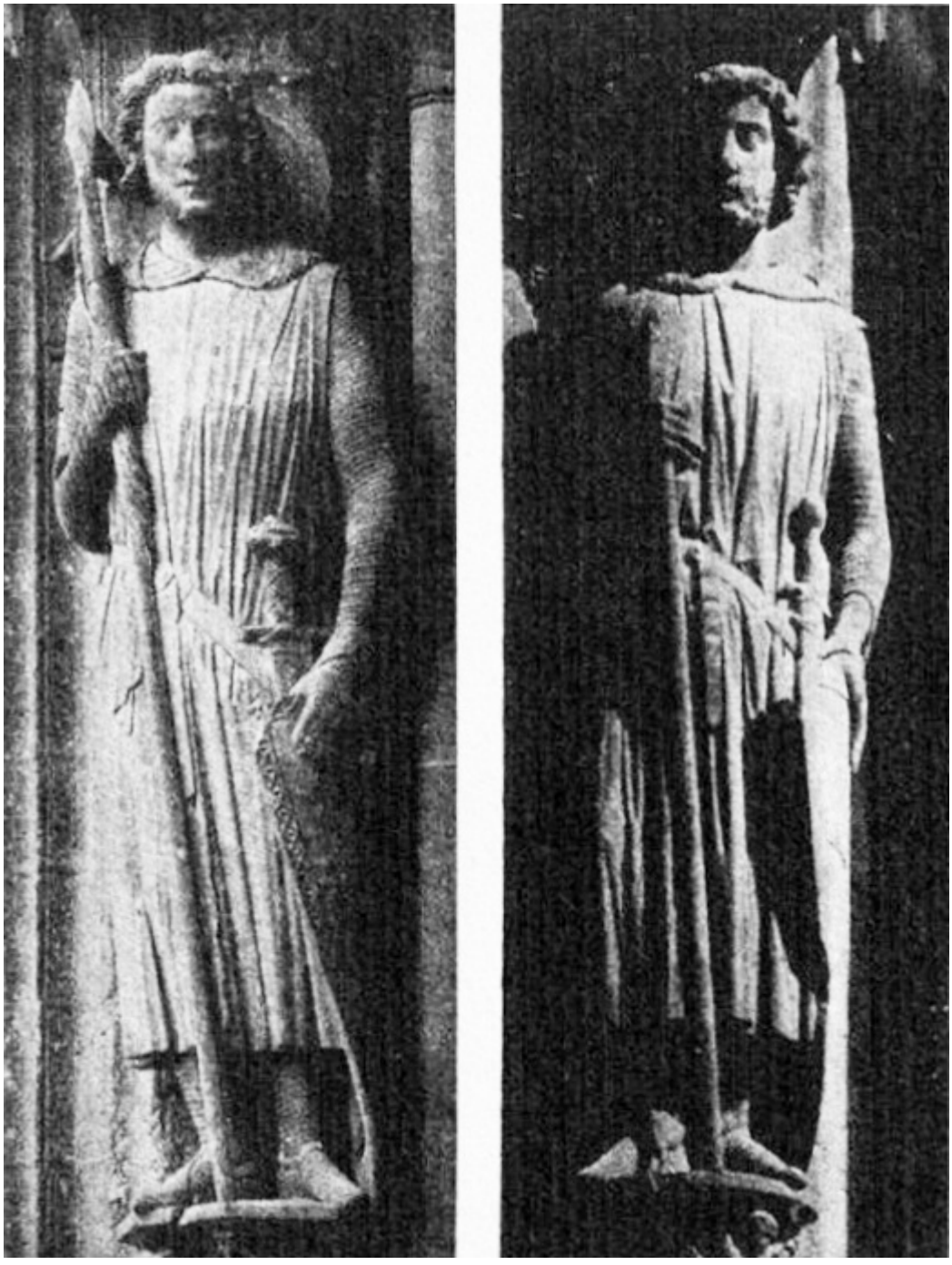
cordón en las base de las ventanas, base de la bóveda— que se escalonan en progresión musical. (Foto Jean Roubier).



Un rey músico. Este personaje lleva, además de su lira, un matraz que precisa su carácter alquimista; precisión reforzada por las dos figuras reunidas bajo el mismo velo, a sus pies. Dovelajes del portal central. (Foto Jean Roubier).



Nuestra Señora de la Bella Vidriera, vitral del siglo XII que repite el tema de la Virgen Negra de la cripta. (Archives Photographiques).



San Jorge y san Teodoro, guardianes de la Puerta de los Caballero (pórtico Sur). Obsérvese la posición de los pies en escuadra. (Foto Jean Roubier)

Cada templo griego tenía su «crátera» (de *Teras*: maravilloso, o *Theos*; divino, con, también, ese radical: «Cra…» «Car»). Con el nombre que sea, designa, constantemente, un vaso cuyo contenido se diviniza; está penetrado por la Divinidad; está, por tanto, *transmutado*.

Se halla una bellísima ilustración, cristiana, de ese hecho en el entrepaño de la iglesia de Saint-Loupde-Naud, cerca de Provins. En ese entrepaño está representado san Loup sosteniendo el cáliz en el cual se materializa una esmeralda que aporta un ángel. El símbolo no puede ser más claro.

Se trata de alquimia. La alquimia, como sabemos, es el arte —y la ciencia— de recoger, fijar y concentrar la corriente vital que impregna los mundos y es responsable de toda vida. La concentración que logran obtener los Adeptos, y que fijan sobre un soporte, es lo que se denomina la *Piedra filosofal*. Esa piedra, por su concentración, actúa muy fuertemente y permite al Adepto realizar, sobre todas las cosas, una evolución que exigiría largos siglos, si no milenios, a la Naturaleza para consumarla; principalmente —y éste es el *test* de la piedra— trocando en plata u oro los metales viles.

Admitamos ahora que la «forma» como el hombre será puesto en un estado receptivo pueda obrar sobre el sentido de su «mutación». Y he aquí el símbolo de las tres tablas fácilmente explicado, aunque de forma muy sumaria y casi esquemática.

Al tornarse el hombre, en cierto modo, «vaso», el «Grial» y su contenido, se le ofrecen tres vías de acceso a la «mutación», que son representadas y condicionadas por las tres tablas: la tabla redonda, la tabla cuadrada y la tabla rectangular, o, para expresarme de forma menos alegórica: la Intuición, la Inteligencia y la Mística.

Huelga decir que se trata ahí de tres manifestaciones evidentes, pero no aprehensibles por los sentidos, de la personalidad humana.

¿Qué relaciones existen entre; esas tres facultades y tas tablas, redondas, cuadradas y rectangulares?

La tabla redonda se manifestó muy pronto en la historia de la Humanidad. Los *Crómlechs* y los *Ronds-de-Fées*[13] son tablas redondas. Se

la encuentra en la representación de la cruz céltica que está rodeada por un círculo. Utilitariamente, y dado que siempre se encuentra situada sobre ciertas emergencias de corrientes telúricas, aparece como una pista de danzas rituales que se efectuaban en rondas y que eran un medio de acorde con los ritmos naturales.

Por lo que parece, la ronda, comenzada en los límites del círculo más alejado del centro, debía, para algunos, acercarse poco a poco a ese centro, a medida que los ritmos penetraban al hombre y le liberaban de una engorrosa personalidad. En algunos *Ronds-de-Fées* que fueron pistas de danzas, se ven tres pistas concéntricas. Parece probable que, para el danzante llegado a una especie de delirio sagrado, la danza debía terminar por un giro en el centro.

En cierto modo, el danzante remontaba los ciclos naturales hasta su origen, donde, más inconsciente que conscientemente, podía ponerse en contacto directo con dicho origen.

Podemos ir más lejos aún. El hombre que gira se evade del espacio. Pero evadirse del espacio es, igualmente, evadirse fuera del tiempo.

¿Puede uno preguntarse hasta qué punto el hombre que gira en ciertas condiciones se torna visionario? Pienso en los dones proféticos de las druidesas que se manifestaban en una especie de delirio durante la danza; pienso en David danzando ante el Arca y profetizando; pienso en los derviches girando.

Y acordémonos de que las rondas en la catedral de Chartres eran acostumbradas en tiempo pascual, y conducidas por el propio obispo. Algunos han pretendido ver ahí como una representación del movimiento de los astros. ¡Es una explicación harto intelectual para una actividad totalmente física! Se trataba, mucho más sencillamente, de la búsqueda de un estado similar al de los médiums, que permite una incorporación en los ritmos naturales.

La tabla redonda estaba representada, ante el Templo de Salomón, por el Mar de Bronce que contenía agua y cuyas proporciones definidas estaban en relación con el peso de la Tierra, según el abate Moreux. Los Templarios —y no sólo ellos— hicieron de la tabla redonda el centro de sus iglesias. Y en ese centro colocaban el altar.

La tabla cuadrada requiere, para ser explicada, más sutileza. Es la «cuadratura» de la mesa redonda. Debe permitir el paso a lo consciente de los conocimientos instintivos; es una tabla de iniciación intelectual. Su representación más frecuente es el damero; es, asimismo, la primitiva *marelle* convertida en juego de niños, pero que, originalmente, era tabla de ábacos, tabla de trabajo, tabla de Números. Es también la tabla de Pitágoras, que no es solamente una tabla de multiplicación. El símbolo más «explícito» de esa tabla es, naturalmente, el tablero de ajedrez, que sólo pueden recorrer en todos sentidos la Reina y el Caballo.

Observaremos que el juego del Caballo utiliza el círculo en el cuadrado, en tanto que Torres y Alfiles quedan reducidos a no salirse de sus verticales o diagonales. La indicación es inapreciable. No se puede pasear en los Números por la única virtud del cerebro (solamente en las cifras), como tampoco no se hace música adicionando notas. Ello requiere una iniciación, por lo menos instintiva, a las leyes de la armonía, a las leyes naturales.

Es una tabla-trampa en cuyo recorrido el intelecto, entregado a sí mismo, se ilusiona sobre sus propias creaciones y se encuentra tan «atrapado» en sus ilusiones como el Alfil o la Torre en sus líneas. Realizar la cuadratura del círculo es transformar la iniciación instintiva en iniciación consciente, razonada, activa.

Si me es permitido llevar más lejos el análisis, diré que la tabla cuadrada no es una tabla de vida, sino una tabla de organización; si bien supone un conocimiento real de la materia. Según los antiguos, la mejor organización posible de la sociedad estaba construida sobre ese esquema cuadrado que dividía a los hombres en categorías, que más bien eran castas: el Campesino que nutre, el Soldado que defiende, el Artesano que transforma y el Comerciante que distribuye; los escalones, en cada casta, formaban la pirámide de tres pisos: aprendiz, operario y maestro que culmina, en la cima, en la Aristocracia, la verdadera, la del Sabio en su casta.

La tabla cuadrada se encuentra en la pirámide, en el sancta sanctórum del Templo de Jerusalén; y quizá sea la base de las construcciones templarías, pues la orden militar utilizaba mucho el plano cuadrado en sus

encomiendas o fortalezas; unido a menudo, por lo demás, a una iglesia en rotonda.

La tabla rectangular es una tabla mística, una tabla de revelación. No tiene explicación, ni siquiera similitud intelectual posible. Es la Tabla de la Cena, la Tabla del Sacrificio de Dios.

Eso es lo que puede decirse sobre el Grial y las tablas. No es de extrañar que se presenten en el orden donde las hemos situado a partir del pórtico real, aquel que custodian reyes y reinas que ya no tienen nombre. Su sucesión corresponde exactamente a los tres nacimientos simbólicamente realizados en la senda cubierta.

El «codo» de Chartres

Tomemos de nuevo nuestra teórica cadena de apeador.

Al usar esa cadena —sobre el plano, por supuesto— pronto se cae en la cuenta de que dos arquitecturas se yuxtaponen, íntimamente ligadas: una de piedras, otra de vacío; ésta con su propia medida.

El análisis de las dimensiones de la inmensa nave permite alcanzar con bastante facilidad esa medida. Y las cifras imponen por sí mismas una primera comprobación.

En metros, las medidas más «notables» de la catedral interior se aproximan a los números: 37, 74, 148.

El coro tiene, aproximadamente, 37 m de largo y 14,80 de ancho; la nave, de igual anchura, tiene, aproximadamente, 74 m de largo. La bóveda tiene 37 m de alto…

Una primera hipótesis de trabajo puede ser fundada en esas dimensiones… o de las dimensiones muy aproximadas que distancias largas permitirán precisar.

Por ejemplo, el coro tiene una longitud doble de la nave, y la longitud total de la nave central, desde la rotonda del coro (incluido) a las puertas, es de 110,76 m (cifras Merlet).

Dividido por tres, son 36,92 m.

Por otra parte, como los pilares de la nave central, si omitimos las columnitas que los adornan, tienen un diámetro de 1,60 m, el «vacío», la anchura vacía del coro, es de 14,78 m, lo que resulta, casi exactamente, cuatro veces 3,69 m.

Parece, pues, que haya sido empleada una medida muy aproximada a 0,369 m, o, más probablemente, en lo que concierne al plano en el suela, una longitud doble a ésta, de más fácil uso: 0,738 m que podríamos llamar, a falta de otro término: el «Codo de Chartres».

Y entonces podemos determinar, en «codos», las dimensiones siguientes:

Anchura del coro: 20 codos.
Longitud del coro: 50 codos.
Longitud de la nave: 100 codos.
Longitud de los cruceros: 90 codos.
Altura de la bóveda: 50 codos.

Ese codo se encuentra también, por lo demás, en el «grosor» de los pilares octogonales (2 veces), en la anchura de las torres (20 veces), en el radio de construcción de las capillas redondas del ábside (5 veces), etcétera.

No cabe hablar de coincidencias ante un empleo tan sistemático. Y volveremos a encontrar ese codo, o sus múltiplos, o sus fracciones simples, en muchas otras mediciones.

Pero ¿qué es entonces ese codo de 0,738 m?

Pues bien, es, muy sencillamente, ¡LA CIENMILÉSIMA PARTE DEL GRADO DEL PARALELO DE CHARTRES!

No soy yo quien lo dice, sino, por una parte, un simple cálculo trigonométrico fundado sobre lo que actualmente sabemos del radio terrestre; y por otra parte, una verificación hecha en el mapa a escala 1/25 000 del «Instituto Nacional de Geografía».

¿Se trata de una coincidencia? Entonces no sería la única.

La Hermandad que construyó Chartres firmó su obra de la forma que diré más adelante; esa «firma» se encuentra en diversos monumentos, por lo menos en dos de los cuales los restauradores y otros estetas al gusto del día no han destruido lo esencial: las catedrales de Reims y de Amiens.

No he tenido ocasión de entregarme a un estudio profundizado de esos dos monumentos, pero, ateniéndome a los únicos fascículos de

vulgarización que obran en mi poder, compruebo lo siguiente:

Reims está situado en los 49° 14′ de latitud Norte, lo que da un grado paralelo de 71 km, aproximadamente. La «medida», el «codo» de Reims, debería ser, pues, de 0,71 m. Ahora bien, la longitud de la catedral de Reims es de 142 m, y la longitud interior de los cruceros se aproxima mucho a la media geométrica entre 71 y 35,5.

Amiens está situada en los 49° 52′ de latitud, lo que daría un «codo» de 0,70 m aproximadamente. La altura de la bóveda es de sesenta veces 0,70, y la longitud de los cruceros, de 70 m.

Resulta evidentemente muy desolador quitar a las gentes de hoy la ilusión de que han descubierto la Luna, cuando sus antepasados, con los ojos obstinadamente clavados en el suelo, en busca de los sílex, no la habían observado.

No obstante, la cuestión debe ser planteada. Los constructores de Chartres, ¿conocían hasta tal punto el Globo terrestre que para erigir la catedral pudieron escoger la medida más «idónea» para vincular la armonía del monumento que se proponían levantar a la del lugar terrestre donde lo erigían?

Dos soluciones son posibles: Puesto que los instrumentos de medición no eran en aquella época muy perfeccionados, debe admitirse que existen en el hombre medios de conocimiento a los cuales la ciencia moderna ha vuelto deliberadamente la espalda, pero que son susceptibles de una gran perfección. Y, después de todo, puede parecer tan normal a un arquitecto religioso hallar las dimensiones armónicas —la medida, por tanto— para el lugar donde construye, como a un músico perfeccionar un acorde.

Que una ciencia sea intuitiva o escolar, no deja por ello, ni mucho menos, de ser una ciencia.

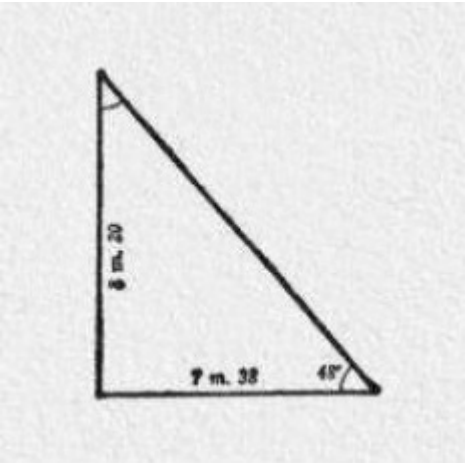
O bien, como yo creo, por las razones expuestas más arriba, las «claves» de un saber, de un saber no perdido sino oculto, habían llegado a poder de los «promotores» de las catedrales por la vía de la Orden del Temple… *Archa cederis*, «por el Arca obrarás».

Se me objetará, probablemente, que el valor del paralelo de Chartres no es 73,80 km sino más cerca de 73,699 km; pero tampoco esta cifra es

exacta, pues del radio terrestre sólo tenemos aproximaciones, e ignoramos la forma exacta de la Tierra.

Además, las mediciones de la catedral no han sido hechas al milímetro, y los diferentes medidores no están totalmente de acuerdo entre sí.

Es probable, si no es cierto (¡o entonces sería una coincidencia!), que la medida *absolutamente* exacta empleada en Chartres no haya sido 0,738 m, pero es seguro que se acerca mucho a este valor.



Existen muchas más «coincidencias». Por ejemplo, la medida que sirvió para la delimitación del plano: 0,82 m y el codo: 0,738 m, tienen entre sí una relación asombrosa. Si es un triángulo rectángulo uno de cuyos ángulos tiene 48 grados, el lado mayor del ángulo derecho tiene 0,82 m, y el menor mide 0,738… Y Chartres se acerca mucho a 48 grados. ¡Damos con la relación del radio de ese paralelo con su altura sobre el ecuador!

Menos asombrosa es esta otra coincidencia: el pozo céltico se hunde hasta la capa freática cuyo nivel medio es de 30 a 32 m por debajo del nivel del pavimento de la cripta: y esto nos da aproximadamente 37 m por debajo del enlosado del coro. Ahora bien, la bóveda está a unos 37 m por encima de ese enlosado.

Hay, pues, correspondencia entre el agua y la bóveda, Y no carece de interés si se considera a la catedral como un instrumento musical destinado

a amplificar las ondas que tienen alguna relación con la corriente acuática subterránea.

Pues la catedral es un instrumento musical que toca sobre resonancias, por lo que su parte principal es el vacío, que es su caja de resonancia. Todo el arte y toda la ciencia del maestro de obras han sido acordar musicalmente con ese vacío, en calidad, volumen y tensión, la piedra que lo delimita.

Analizar la catedral desde ese ángulo sería cometido de un fabricante de instrumentos musicales de cuerda. Por lo demás, se había observado ya que ciertas proporciones en el suelo tenían sus equivalencias en tos intervalos de la escala y que en ellas se encontraban con facilidad las medias caras a Platón. Así, se había notado que la longitud de los cruceros estaba en relación de quinta con la longitud de la nave central; que la longitud total de la nave estaba en relación de octava con la longitud del coro; que la anchura de la nave estaba, igualmente, en relación de octava con la anchura de las laterales.

Son proporciones que se encuentran, netamente marcadas, en el plano de alzado.

A aquel plano de vacío, plano de resonancia, imbricado en el plano de construcción, debían corresponder normalmente tres nuevas tablas, que sin duda se hallaban en relación armónica con las dimensiones numéricas del vacío.

En las grandes iglesias de los siglos XII y XIII, esas tablas estaban marcadas en el suelo por dibujos de enlosado que hoy día han desaparecido casi todos.

No queda ninguna tabla rectangular, que yo sepa. Un enlosado, que ha desaparecido, debía marcar, en el coro de Chartres, los límites de aquella tabla. Es probable que el altar primitivo ocupase su centro, confundido con el centro sagrado.

De las tabtas cuadradas, situadas por lo general en los travesaños de los cruceros, únicamente la catedral de Amiens ha conservado, al parecer, la suya, remozada, por lo demás, con todo el enlosado de la iglesia, pero que cabe suponer fue copiada de la tabla originaria. Como la de Amiens, la tabla de Chartres debía encontrarse en el crucero y tener la misma orientación

que la tabla de construcción, es decir, que su diagonal debía confundirse con el eje de la catedral.

De las tablas redondas quedan algunas, entre ellas la de Amiens y la de Chartres; ésta está indicada, en la nave, por losas negras y blancas que dibujan un camino que desemboca en el centro de la gran losa blanca. Es denominada el *Laberinto*.

Habré de volver sobre ese laberinto y su utilidad.

Cuanto sabemos de la catedral y de la estrecha dependencia que tienen entre sí todos los elementos de la construcción, permite pensar que sucedía lo mismo con las tablas, y que existían relaciones dimensionales entre las tres tablas.

Desgraciadamente, como las tablas de Amiens ya no tienen seguramente las dimensiones originales, nos vemos limitados, para buscar esas relaciones, a recurrir a hipótesis, con el riesgo de que no tengan otro valor que el de la fantasía.

Tradicionalmente, el «dicho» de las tres tablas se expresa a veces de forma diferente a la que he indicado:

«Tres Tablas —dice la leyenda— portaron el Grial: una es redonda, la otra cuadrada y la tercera rectangular; tienen el mismo perímetro, y su número es 21».

Es evidente que, como para el «dicho» de las superficies, se trata ahí de un enigma de los constructores, cuya solución, de una u otra forma, poseen.

Pero la propia mención del Grial indica que no se trata en absoluto de «un divertimiento» y que ese secreto de oficio tiene, en su aplicación, un alcance de iniciación y, especialmente en el caso de la catedral, de un alcance de *acción* iniciadora.

En efecto, nunca hay que perder de vista que la catedral es construida para los hombres, para actuar sobre los hombres, y todo en ella está concebido a tal fin, y que es, como dijo san Bernardo, un medio.

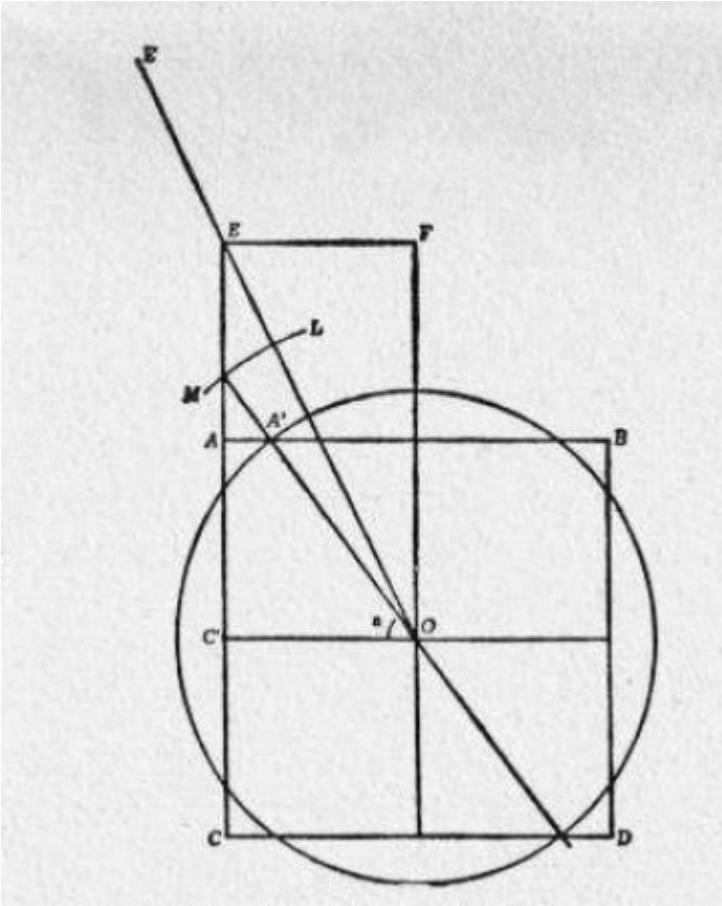
El hecho de que la mesa redonda existente en Chartres sea un camino, muestra con bastante claridad que las tablas «segundas» estaban resueltas en términos de longitud, y no, como las tablas «primeras» que necesariamente estaban establecidas en términos de superficie, puesto que se trataba de definir el influjo del monumento.

Parece, pues, lógico pensar que a esas tablas «segundas» se aplica el segundo «dicho» concerniente a los perímetros.

Indudablemente, las tablas «superficies» y las tablas «perímetros» poseen entre sí relaciones sutiles que no he podido descubrir.

Se observará que esas tablas se centran en el eje de la catedral y sólo ocupan espacios que pueden ser enteramente recorridos por el hombre. La tabla redonda en la nave, la tabla cuadrada en el crucero, la tabla rectangular en el coro están sobre áreas huecas de toda construcción, y todas ellas situadas enteramente bajo la bóveda central.

En Chartres, sólo poseemos la tabla redonda: el *Laberinto*, pero merece destacarse que un cuadrado de igual perímetro al de ese laberinto tendría por diagonal una longitud muy aproximada a la de la anchura del travesaño de los cruceros.



Dado que el cuadrado ABCD, de lado AB = 2, se construye el rectángulo C'EFO de anchura 1 y de longitud 2. La diagonal OE es igual a √5. Se prolonga esta diagonal de una longitud EE' igual a EF. La longitud OE' es igual a √5+1. Se toma la mitad de esta longitud OE', o sea OL, que es igual a:

$$\frac{\sqrt{5}+1}{2}$$ o sea, el Número Áureo: 1,618.

Se vuelca la longitud OL sobre OM. OM corta el lado del cuadrado AB, en A'. A'O es el radio del círculo cuyo perímetro tiene un valor muy aproximado al perímetro del cuadrado ABCD. El valor de este radio AO, igual a MC', es de √1,618, o sea, 1,272. El ángulo (a) tiene un valor de 51° 50', que es uno de los ángulos de pendiente supuestos de la pirámide de

Cheops, la cual no es absolutamente simétrica. Métricamente, el diámetro del laberinto es dado por 12,87 m, pero la parte «útil», sin los florones que lo rodean, es de 12,30, o sea, un perímetro de 38,64 m. Ello supone una Tabla cuadrada de 9,66 m de lado y de 13,66 m de diagonal, y una Tabla rectangular de 7,38 por 11,94 m, respetando, como es debido para las longitudes, la relación del Número Áureo. Ahora bien, 7,38 m, es, a la vez, el medio codo: 0,369 m.

En cuanto a la tabla rectangular, una tabla de proporciones 2/1, cuyo perímetro sería el mismo que el del laberinto y cuyo centro coincidiría con el centro sagrado, tendría una base coincidente, muy aproximada, con el límite de la antigua galería entre coro y trascoro… Lo cual da cierta apariencia de verificación a la hipótesis omitida.

A ese problema de la cuadratura del círculo, se conocen varias soluciones geométricas aproximadas.

Una de ellas pasa por la estrella de siete puntas, pero esa estrella, en ese lugar, no parece «instalarse» en el plano del monumento.

Otra solución es la que los tradicionalistas denominan la «resolución esotérica de la cuadratura del círculo». Tiene por base una proyección analítica de la pirámide de Keops. Desgraciadamente, es una pirámide ideal; acaso fue real, pero su «decapado» no nos permite ya afirmar que así era efectivamente.

Otra solución, también, pasa por el Número Áureo que se construye geométricamente, tal como hemos visto en un rectángulo de proporciones 1/2. Arroja, por radio del círculo de igual perímetro que un cuadrado, la mitad del lado de ese cuadrado multiplicado por la raíz del número Áureo: $\sqrt{1,618} = 1,272$. Es, por lo demás, la misma solución que la dada por la pirámide ideal…

Hay, por supuesto, una parte de conjetura en esa relación supuesta entre el laberinto y la tabla cuadrada del crucero, puesto que nada queda del enlosado que mareaba aquella tabla.

El misterio musical

A 37 m, altura impuesta, había que elevar la más ancha bóveda gótica que nunca ha existido; y en la armonía que había preparado el plano en el suelo.

El escalonamiento del arranque, el maestro de obras lo ha inscrito legiblemente en cuatro líneas horizontales marcadas por ligeras cornisas.

De la base al arranque de la bóveda se superponen cuatro pisos en disminución progresiva. En la cima, la bóveda penetrada por las ventanas altas parece apoyarse sólo en delgadas columnitas de piedra. El sostén real, que son los arbotantes, se asienta sólidamente fuera del edificio…

Abajo están los pilares macizos, alternativamente redondos y octogonales, esquinados por cuatro columnas alternativamente redondas y octogonales, éstas pegadas a los pilares octogonales, aquéllas a los pilares redondos; todos rematados con capiteles, de los que parten las ojivas de la bóveda en los laterales y los formeros de las arcadas. Las cimas de esos capiteles constituyen la primera horizontal.

Encima de las arcadas, en la base del triforio, una delgada cornisa marca la segunda horizontal.

Una tercera cornisa horizontal, encima de las arcadas del triforio, marca la base de las grandes ventanas gemelas coronadas por un ojo de buey en forma de rosa.

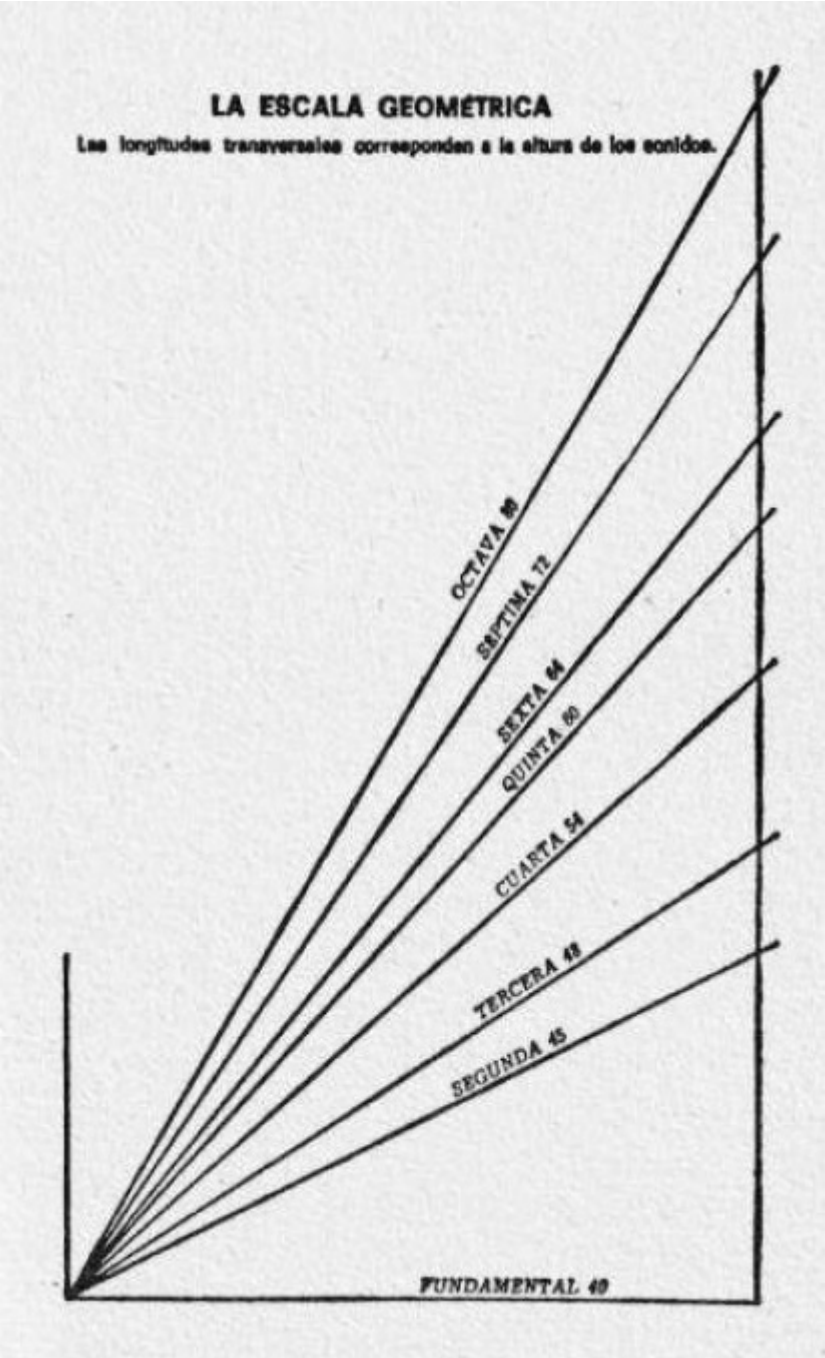
Por último, la base de arranque de la bóveda es dada por una línea de pequeños capiteles que constituyen la cuarta horizontal.

Las alturas de esas líneas por encima del pavimento del coro sólo pueden ser conocidas de forma aproximada. El enlosado del coro ha sido rehecho, y es imposible situar hoy en día el nivel exacto del enlosado primitivo. Sería, pues, imposible emprender, en metros y centímetros; un cálculo válido si las aproximaciones no revelasen de manera formal que la medida aplicada era la mitad del «codo», o sea 0,369 m. En esta medida, las cifras aportan la certeza de que en el desplazamiento del enlosado no podía aplicarse una medida moderna.

La geometría del alzado se tornará totalmente musical.

La línea más alta, la de los pequeños capiteles de la base de la bóveda, está situada a 25,50 m más o menos.

Si sobre el plano de alzada definitivo —el «corte» del hueco de la nave — añadimos el punto alto en el ángulo de la base opuesta, obtendremos, con la base y el lado, un triángulo equilátero, uno de cuyos lados del ángulo derecho tiene 14,78 m y el otro 25,50 m, aproximadamente. Si calculamos la longitud de la hipotenusa, obtenemos una cifra muy aproximada a 29,50.



Ahora bien, el doble de 14,78 es 29,56. Podemos admitir, pues, en primera hipótesis, que esa hipotenusa es realmente de 29,56 m, lo cual representaría, geométricamente, el octavo de la base de 14,78 m.

Los pequeños capiteles de la base de la bóveda deberían entonces estar, no ya a 25,50 metros sino a 25,56 m.

En medios codos de Chartres, la base sería de 40 y la hipotenusa de 80. El trazado en el suelo, con únicamente la medida y el tendel, daría la altura de los capiteles en el arranque de la bóveda.

Ese triángulo rectángulo es la mitad del triángulo equilátero; es el «triángulo divino» de Platón, y esta comprobación platoniana conduce a la búsqueda de las medianas.

Si buscamos la media aritmética entre las dos longitudes 40 y 80, obtenemos: (40 + 80)/2 = 60. Es el intervalo de quinta entre 40 y 80.

Y si ahora construimos, en el corte del plano de elevación, el triángulo rectángulo que tiene por base 40 y por hipotenusa 60, obtenemos, en el lado, un punto situado a $\sqrt{60^2 - 40^2} = \sqrt{2000} = 44{,}72$. Ahora bien, 44,72 x 0,369 = 16,50.

Y 16,50 m es la altura de la segunda línea horizontal, que está situada en la base del triforio.

Quinta y octava. Esto conduce a buscar todos los intervalos de la escala.

Como es sabido, en una escala, los intervalos de las notas no son iguales, sino que corresponden a relaciones, generalmente sencillas entre sí, y enteras. Con relación a la frecuencia de base, y para una escala menor, tras análisis, esos intervalos son:

Para la segunda: 9/8.
Para la tercera: 6/5.
Para la cuarta: 27/20.
Para la quinta: 3/2.
Para la sexta: 8/5.
Para la séptima: 9/5.
Para la octava: 2/1.

Partiendo de nuestra «nota» de base, es decir, geométricamente, de nuestra longitud: 40, obtenemos:

Para la segunda: 40 x 9/8 = 45 (en metros: 16,60).
Para la tercera: 40 x 6/5 es 48 (en metros: 17,71).
Para la cuarta: 40 x 27/20 = 54 (en metros: 19,92).
Para la quinta: 40 x 3/2 = 60 (en metros: 22,14).
Para la sexta: 40 x 8/5 = 64 (en metros: 23,61).
Para la séptima: 40 x 9/5 = 72 (en metros: 25,56).

Si, partiendo de uno de los ángulos en la base del rectángulo de elevación, llevamos esas líneas en hipotenusas sobre el lado opuesto, obtenemos, en este lado, en los puntos de intersección, las alturas siguientes:

Para la segunda: (45) 20,612 (en metros: 7,60).
Para la tercera: (48) 26,536 (en metros: 9,79)
Para la cuarta: (54) 36,276 (un metros: 13,38).
Para la quinta: (60) 44,721 (en metros: 16,50).
Para la sexta: (64) 49,96 (en metros: 18,43).
Para la séptima: (72) 59,866 (en metros: 22,09).

La altura de los capiteles del coro, 9,79 m, corresponde a la tercera. La altura de la cornisa bajo el triforio, 16,50, corresponde a la quinta, y la altura de los capiteles de base de la bóveda 25,56, corresponde a la octava.

La segunda no parece haber sido indicada. Es posible que la cuarta 13,38 m corresponda a la altura de la bóveda de los formeros.

Sobre la cornisa que está en la base de las vidrieras altas subsiste una duda. Ninguna altura, ningún piano son muy precisos sobre su altura exacta. De hecho, parece que en lugar de utilizar el intervalo de 9/5 para la séptima, intervalo de escala menor, el maestro de obras utilizó el de 14/8, que es un intervalo de escala mayor. Un especialista de la armonía resolvería sin duda este pequeño problema.

En efecto, parece ser que, tras mediciones y cálculos, la longitud utilizada es: 40 x 14/8 = 70, o sea, en metros: 25,83, lo cual situaría la altura del cordón a 54,446, o sea, en metros: 21,19.

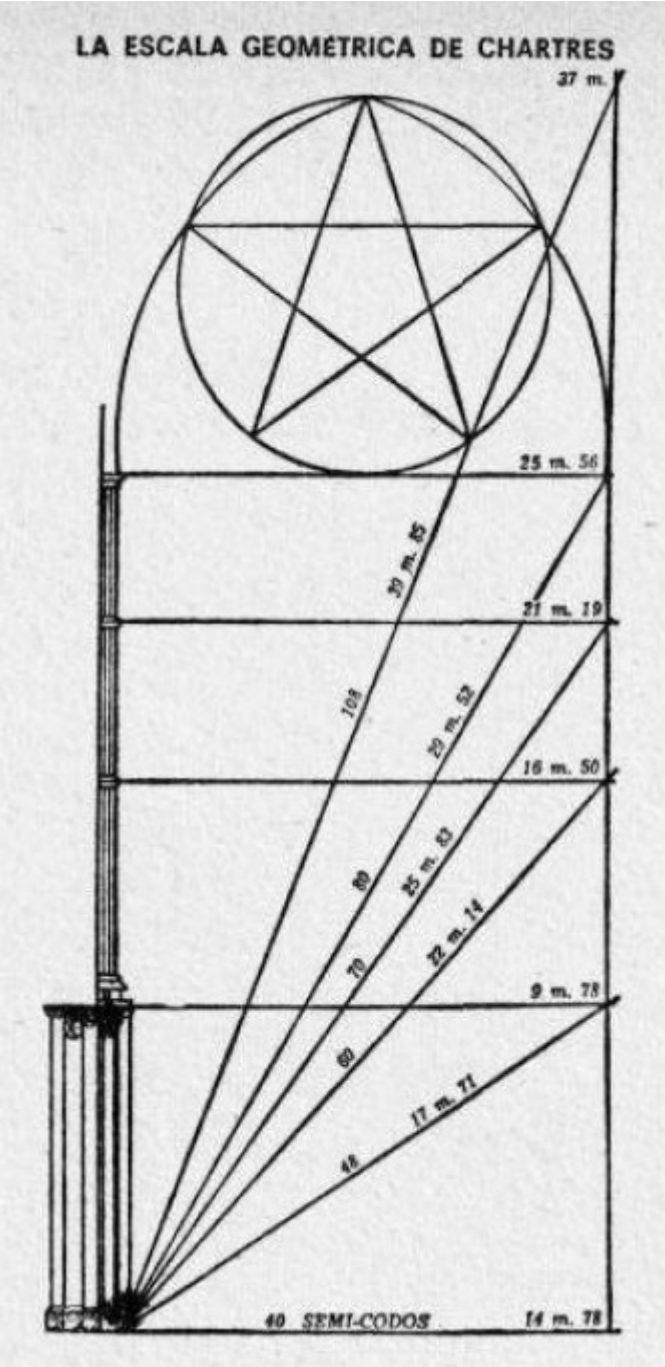
Se ve perfectamente que, si bien el cálculo parece un poco complejo, la realización sobre diseño trazado en el suelo se efectúa con el máximo de facilidad con un tendel y una medida, por simple adición de medidas en la progresión: 40, 48, 60, 70, 80.

Honradamente, es necesario prevenir que, por ser las medidas de elevación dadas por los diferentes autores muy imprecisas, es posible que se haya utilizado otra escala, lo cual trastornaría ligeramente las relaciones, salvo para el «tono» (intervalo de segunda) y la quinta, que son invariables.

De ello se deduce que el desarrollo en altura, cuyas «etapas» están inscritas en las horizontales, se hace en armonía con la anchura de la nave central. Esa anchura está, a su vez, en armonía perfecta con todas las dimensiones del plano, tal como hemos visto. Y ese plano, a su vez, se halla en armonía con el lugar de Chartres (correspondencias con el cerro y la capa freática); con el paralelo de Chartres. Con la misma velocidad de rotación de eso lugar con la corteza terrestre, puesto que la distancia recorrida en una hora es de 1107 km, y que la longitud de la nave central es de 110,70.

También la bóveda participa en use desarrollo armónico y, lo que es más, introduce al hombre en él. Está, en efecto, construida sobre las bases del pentágono estrellado inscrito en el círculo, cuyo diámetro es la altura de la aguja. Ahora bien, si proseguimos la «escala» geométrica indicada por las alturas de las «horizontales», entramos en la escala superior, cuya longitud de base será el doble, la octava de la primera, o sea, en medidas, 80.

El intervalo de segunda será: 80 x 9/8 = 90.
El intervalo de tercera será de: 80 x 5/4 = 100.
El intervalo de cuarta será de: 80 x 27/20 = 108.



Ahora bien, en el triángulo así formado, del que 108 es la hipotenusa y el lado menor 40, el lado mayor, es decir, la altura será de $\sqrt{(108)^2 + (40)^2} = 100{,}32$; o sea, en metros: 37,018, que es la altura aproximada de la bóveda.

Pero esa hipotenusa posee otra propiedad —que somos incapaces de analizar, pero cuya explicación y demostración no deben estar fuera del alcance de un buen geómetra—, esa hipotenusa, repetimos, corta el círculo en el cual se inscribe la estrella de cinco puntas en la punta inferior de esa estrella; punto que es precisamente uno de los puntos de la construcción de la bóveda; centro del arco de círculo que forma la semicurva opuesta de la bóveda.

Así, el hombre, en su esencia, se encuentra incorporado en la armonía general y en la representación material que de ella da la catedral.

Se comprende por qué hablábamos de la catedral como de un instrumento de acción sobre el hombre, en el sentido de una iniciación directa, de la forma más «natural» que cabe, sin vana palabrería teosófica.

El misterio de la luz

Vamos a adentramos ahora en un terreno particularmente misterioso, y que ha permanecido tal porque la ciencia tradicional así lo ha querido: el terreno de la luz, Roberto Grosse-tête (1175-1253) decía que su belleza era debida: *a la simplicidad por la cual la luz va al unísono con la música, más armoniosamente vinculada a si misma por la ratio de igualdad.*

Y la luz es el vitral.

El vitral gótico, todavía inexplicado, todavía inexplicable, que duró el tiempo del «gótico autentico». Dueño y servidor de la luz y cuyo efecto proviene no tanto del color de sus vidrios como de cierta calidad, inanalizable, de ese color y de ese vidrio.

Pues, en realidad, ese vidrio no reacciona a la luz como un vidrio ordinario. Parece tornarse una piedra preciosa que no deja pasar demasiado la luz, sino que se torna, a su vez, luminosa.

Bajo la acción, aun directa y cruda del sol, el vitral no proyecta su color, como lo hace un vidrio teñido, sino solamente una claridad difusa.

Otra particularidad: tanto si la luz exterior es suave como cruda, el vitral resplandece igualmente, hasta permanece tan luminoso en la penumbra del crepúsculo como en pleno día.

Ningún análisis químico ha penetrado hasta ahora, que sepamos, el misterio del vitral gótico.

Se ha pretendido que esa cualidad luminosa, que esos colores inimitables eran debidos a una irisación exterior del vidrio producida por los elementos. Eso es manifiestamente falso, pues no se comprueba ninguna

aparición de esas cualidades en los vitrales del siglo XVI igualmente afectados, igualmente «irisados» exteriormente, como los de los siglos XII y XIII.

Pues el vitral «verdadero», súbitamente aparecido en el primer cuarto del siglo XII, desaparece a mediados del XIII. Exactamente como el gótico.

A partir de mediados del siglo XIII, podrá seguirse construyendo sobre cruceros de ojivas, incluso llevar la técnica hasta un pasmoso virtuosismo, que no será sino virtuosismo. El hombre, el arquitecto, se expresa en la piedra; ya no es el Verbo. El vidriero podrá pintar el vidrio con la mayor destreza, pero no será sino vidrio pintado y nada más.

Vitral y gótico verdadero son inseparables y, al igual que el gótico verdadero, el vitral es un producto de alta ciencia. El vitral es un producto de la alquimia.

El conformismo actual pretende que se considere con alguna condescendencia a la alquimia como el resto de una primoquímica todavía en la infancia. Eso proviene de que ese saber ha sido mantenido secreto, en parte a causa del peligro de poner ciertos conocimientos en todas las manos; en parte, sobre todo, porque se trata de una ciencia muy compleja, de muy elevado valor filosófico y que el simple estudio no basta para aprender; pero, como fuere, puede tenerse por seguro que, como tampoco los constructores de Chartres eran unos ignorantes, los químicos, los que hicieron los vitrales de Chartres, no eran unos aprendices ayudantes de laboratorio. El resultado de su ciencia, tanto la de unos como la de otros, es patente y visible.

Los vitrales son los testigos, del verde al negro, del negro al blanco, del blanco al azul, del azul al púrpura y del púrpura al oro, de la transmutación de la materia por el fuego del sol y por el fuego celeste.

Los colores realizados en esos vitrales son, por lo demás, según los sabios que practican la venerable ciencia de Hermes, los mismos que se manifiestan durante la elaboración de la Gran Obra.

He aquí lo que de ello escribe un hermetista del siglo XVI, Tourangeau: Nuestra piedra tiene, además, dos virtudes muy sorprendentes: la primera, respecto al vidrio, al que da interiormente toda suerte de colores como en

las vidrieras de la Santa Capilla, en París; y en las de las iglesias de Saint-Gatien y de Saint-Mertin, en la ciudad de Tours…

El *verdadero* vidrio de vitral aparece en Persia hacia el siglo IX, salido de los laboratorios de algunos Adeptos persas entre los cuales debe citarse al matemático y filósofo Omar Kheyyam, el poeta de *Rubaiyat*, el poeta de la rosa, producto de mutación realizado por aquellos mismos alquimistas.

Aparece en Occidente al mismo tiempo que el gótico; es decir, durante el primer cuarto del siglo XII, y hay motivos para pensar que tiene el mismo origen: los documentos científicos llevados a la Orden del Císter por los nueve primeros Caballeros del Temple.

Se le encuentra, en forma no coloreada, en establecimientos de los monjes cistercienses, en sus abadías de Obazine, de Pontigny; vitrales blancos que, dice Régine Pernoud, *representan verdaderamente milagros de técnica y de arte. En principio, el vidrio es blanco, o más bien incoloro; pero en realidad los vidrieros supieron sacar de él, de su pasta translúcida, mediante los únicos recursos de su cochura, de los espesores variados, de las hinchazones de su pasta, una luz nacarada que, por sí sola, impediría añorar los colores triunfantes de los otros vitrales…*[14]

El vitral coloreado aparece en Saint-Denis cuando la refección gótica de la basílica y, durante cierto tiempo, todos los vitrales de esa calidad, obras de un Adepto desconocido, serán donaciones de Suger, el abad. Por ejemplo, ese vitral a la gloria de Nuestra Señora que donó a Nuestra Señora de París y que un obispo ilota mandó romper, el siglo XVIII, porque no dejaba filtrar bastante luz.

Probablemente, de Saint-Denis salieron tanto Nuestra Señora de la Bella Vidriera como los grandes ventanales de Occidente: el Arbol de Jessé, el Triunfo de la Virgen y la Vida de Jesucristo.

A ese propósito, Suger, sin duda irritado por las preguntas sobre su procedimiento de fabricación, se dignó indicar cómo se pintaba el vidrio en su abadía. Y muchos espagíricos o vidrieros que quisieron seguir sus consejos se mesaron los cabellos de desesperación.

Con la construcción de la iglesia gótica, el centrol del vitral se instaló en Chartres. Los vitrales venidos de Chartres se encuentran en París, en Ruán,

en Bourges, en Sens. A menudo, son firmados Clément de Chartres, sin que sea posible saber si se trataba, ahí del Adepto que tinta el vidrio o del maestro vidriero que dibujaba y ensamblaba, lo cual es más probable, pues los Adeptos permanecían, por lo general, en el anonimato…

Al parecer, hay que situar hacia 1140, fecha en la cual todos los vitrales de Chartres están colocados, el agotamiento del «manantial» de vidrio teñido, probablemente por desaparición del Adepto, una vez cumplida ya la obra.

Adentrémonos más en el misterio.

La luz, de creer a la tradición y a la ciencia moderna, es la conjunción de dos cosas: de una parte, las vibraciones luminosas y, de la otra, una partícula de energía.

Ahora bien, esa partícula de energía, en la luz solar, es activa, penetrante, esterilizadora y, por lo demás, relativamente peligrosa para la vida; los cuerpos humanos se defienden de ella por la pigmentación tan en boga hoy en día.

Su acción es tal, que ningún experimento alquímico puede ser intentado a la luz del día; como tampoco ese experimento de alquimia humana que es la iniciación y, así como los alquimistas buscan, para su trabajo al horno, la protección a la luz solar, las iniciaciones buscan la protección de la caverna o de la cripta.

Son las mismas razones que hacían celebrar las danzas sabáticas de noche, y no razones de un diabólico inventado, para las necesidades de su causa, por la Inquisición, tras Alberto Magno y Tomás de Aquino.

Jesús nace de noche, en una cueva, y no a pleno sol…

El Eterno ha declarado que habitaría en la oscuridad, dice Salomón (Reyes I, 8-12).

No es sólo por deseo de ocultación que las primeras misas fueron dichas en cavernas o catacumbas, después, en criptas, y más adelante en templos de piedra que recreaban la cripta, sobre el nivel del suelo. Ello fue verdad para todas las religiones anteriores al cristianismo. Los misterios griegos se celebraban de noche.

No es por razones técnicas que las iglesias románicas tampoco estaban abiertas a la luz. Podían practicarse tantas aberturas como se quería a los muros románicos sin por ello perjudicar su solidez. Gran número de ellas no tienen, además, ninguna abertura sobre el coro en bóveda de cascarón que podía cerrarse con una cortina, como el sancta sanctórum de Salomón. Las capillas de las encomiendas, reservadas a los Caballeros, no tienen ninguna abertura.

¿Es necesario recordar además el oficio nocturno obligatorio en la mayoría de órdenes monásticas?

Entonces, ¿puede uno preguntarse si el vidrio alquímico, dadas las extrañas propiedades que revela la luz, constituirá un filtro que, aun dejando pasar la vibración luminosa, retiene la partícula energética nociva a la evolución del hombre en el Templo?

Y cabe preguntarse si el «cristal de antimonio», de aspecto plomizo, de las iglesias románicas sería una primera tentativa en ese sentido. Penetremos más adelante aún.

Los alquimistas sostienen que la «tintura» que colorea la materia, en la nave de la Gran Obra es debida a la incorporación, en esa materia, del *spiritus mundi*, de ese Espíritu del Mundo que baña el Universo. ¿Qué poder poseerá ese calor irradiante sobre el hombre a quien baña, cuando se sabe la influencia que tienen, sobre su espíritu y su comportamiento, los simples colores comerciales?

¿Acaso no se recomendaba, en el propio Chartres, contemplar ciertos vitrales mientras se reza el rosario? La letanía, reiterada, despersonaliza al hombre a quien llenaba la armonía coloreada del *spiritus mundi*.

Un homenaje directo es, por lo demás, rendido en la catedral de Chartres, como en todas las Nuestra Señora, a la alquimia: en sus rosetones, cuyo simbolismo operacional no nos incumbe detallar, y en las ventanas en ojivas alargadas situadas bajo la rosa del pórtico Norte (igualmente denominado: pórtico de los Iniciados). En ellos están representados, rodeando a una santa Ana de rostro negro que porta la flor de lis, los Adeptos notorios del Antiguo Testamento:

Melquisedec, el mago caldeo que entregó a Abraham la copa santa… que es el Grial.

Aarón, el mago egipcio, «hermano» de Moisés, que fabricó el «Becerro de Oro» en el desierto.

David, el rey músico, a quien inspiraba el Arca que contenía las Tablas de toda ciencia.

Salomón, constructor del Templo de Jerusalén *más sabio que Moisés e instruido de toda, la sabiduría de los egipcios* (Actos), quien dejó, con el nombre de *Cantar de los Cantares*, su libro de Adepto.

Hemos podido maravillarnos de los colores de los vitrales de Chartres y de la armonía que preside su composición. ¿Cómo podía haber sido de otro modo cuando es el «propio Espíritu del Mundo» quien ha fijado sus tintas; y cómo podrían no armonizar con esa nave ele armonía geométrica y musical cuyo plano han proyectado el Cielo y la Tierra?

Extrañó mucho, a mediados del siglo pasado, que los vidrieros fuesen un tiempos calificados de hidalgos y autorizados a portar espada. De lo que se dedujo que se trataba de hidalgos que se habían hecho vidrieros.

La realidad es muy diferente. Era el arte del vitral que les ennoblecía en tanto que estudiantes de la Gran Obra. Era la nobleza verdadera, la del Filósofo o del Adepto. Y el signo externo de aquella caballería sólo pudo serles conferido por una Orden de Caballería.

Creo que puede tenerse por cierto que los Maestros de Obras de los Hijos de Salomón portaban igualmente espada de caballero, jinetes como eran de la *Cavale* (Yegua), de la *Cábala*. Por ser la espada, además, un instrumento de test de la piedra.

Aún hoy día, los Compañeros de los Deberes poseen cada uno un papel personal en el cual está indicada, en signos jeroglíficos, lo que pudiera llamarse su cualificación, tanto desde el punto de vista de su oficio como de su saber esotérico. Ese papel, que les sirve de pasaporte cerca de los *cayennes*, es denominado, por ellos, su «Caballo».

Realmente, son sus armas de caballería, de «Cabalaría».

Cuando un compañero muere, el «caballo» es quemado en el curso de una ceremonia secreta. Las cenizas se mezclan con vino, que es bebido por los compañeros. Trasladarse en ciertas circunstancias, era estar en *cavale*, es decir, bajo la protección de la cabala o por la cabala…

No todos los vitrales de Chartres son alquímicos, pues buena parte de ellos fueron destruidos, principalmente las ventanas altas del coro, por un obispo que quería que pudiesen admirarle a plena luz.

Su nombre merece pasar a la posteridad, tal como el de Omar el incendiario. Se llamaba Bridan, quien, en 1773 y 1778, mandó destruir dieciséis vidrieras altas del coro. Con seguridad, él solo deterioró más a Chartres que los hugonotes y los revolucionarios.

¡Y ello después de la destrucción de la galería entre el coro y el trascoro en 1763, por orden del capítulo!

Los compañeros

La iglesia catedral de Chartres fue construida por obreros especializados.

Obreros del gótico, constructores de iglesias. *Obradores*. Dejaron, sobre las piedras que labraron, sobre las vigas que ensamblaron, signos grabados que son sus marcas, sus firmas.

Eso aparte, no sabemos casi nada de ellos. Su origen es misterioso y se ha vuelto legendario.

Cuando se crea una leyenda es para transmitir algo para uso de quienes únicamente tendrán su clave; mas, a veces, la clave se pierde, y la historia con ella. Únicamente permanece la leyenda.

Sacar la historia de la leyenda deja entonces un amplio margen de posibilidades al error. La leyenda es a veces harto clara; a veces lo es menos y hay que recurrir a la hipótesis.

Es sabido que los constructores de iglesias se agrupaban en cofradías, que, por lo demás, sería más exacto denominar «hermandades», «gremios».

Existían tres hermandades: Los *Hijos del Padre Soubise*, los *Hijos de Maître Jacques*, y los *Hijos de Salomón*. No han desaparecido totalmente. Los *Hijos* dejaron herederos que son conocidos, actualmente, con el nombre de *Compañeros de los Deberes de la Vuelta a Francia*, nombre que les fue dado en el siglo XIX.

Algunos parecen haber conservado una tradición iniciadora, otros no; pero lodos han guardado una tradición «de oficio», una tradición moral de caballería del oficio y de sumisión a la obra que *debe* ser ejecutada.

Una historia, un cuento, circula a propósito de ellos:
Tres hombres trabajaban en un tajo. Un transeúnte les preguntó:

—¿Qué estáis haciendo?
—Me gano el pan —dijo el primero.
—Hago mi oficio —dijo el segundo.
—Hago una catedral —dijo el tercero.

Ése era un compañero.

Compañeros, etimológicamente, son gente que comparten el mismo pan. Pero esta etimología no es la única. Para Raoul Vergez, los compañeros son quienes saben manejar el compás.

Las gentes que comparten el pan forman una comunidad, una hermandad; las gentes que saben manejar el compás son gentes admitidas al conocimiento de ciertas leyes geométricas de armonía que permiten acceder a la fase de «obrador».

Perseguidos, cuando el proceso de los Templarios, por los oficiales de Felipe *el Hermoso*, prohibidos por los gremios, tomaron el nombre de *Compañeros de los Deberes* y entraron en la clandestinidad para no salir de ella hasta la Revolución francesa, que suprimió los gremios.

Se reconocen entre sí por palabras, signos y una jerga de oficio y de clandestinidad.

Para ellos, la palabra «deberes» ha conservado todo su sentido: deber de obrar, que les fue, en tiempos, dado con los medios de cumplirlo; deber profesional y humano que nunca se ha desmentido.

Sus tradiciones han permanecido vivas y se expresan, en el plano del «oficio», por una jerarquía de tres grados: Aprendiz, Compañero y Compañero-acabado o Maestro. En el plano humano, promotores de una obra vital, se negaron, hasta que la obligación de ello fue formal, a empuñar las armas y, Caballeros, es decir, liberadores, siempre se han negado a trabajar en la construcción de fortalezas y de prisiones. Y se cree que todavía lo rehusan.

No creo delatarles si digo que su pensamiento profundo es que el hombre vale lo que es capaz de hacer. Lo cual no agrada demasiado a los sindicatos modernos.

Los aprendices aprenden su oficio, de tajo en tajo, en el curso de una *Vuelta a Francia*, bajo la dirección de los compañeros o de quien sea, mas el saber particular a sus cofradías les es enseñado aparte, en las *cayennes*, por los maestros.

Las tres Hermandades que, a veces, lucharon unas contra otras, están actualmente agrupadas en una asociación única, pero parece ser que, originariamente, sus «deberes» y sus técnicas fueron diferentes.

Los *Hijos del Padre Soubise* debieron de ser fundados por un monje benedictino legendario (aunque, cerca de Poitiers, el bosque de un monasterio benedictino lleva el nombre de *Bosque del Padre Soubise*). Fue él quien habría enseñado a los compañeros.

Probablemente se trata de la hermandad creada en el mismo seno de los conventos benedictinos, donde «laicos» del oficio eran enseñados y donde gozaban de la protección, necesaria en aquella época, de las casas conventuales, donde llevaban —o no lo llevaban— hábito.

Y porque el románico es benedictino, me inclino a creer que fue aquella hermandad de los *Hijos del Padre Soubise*, la que construyó, con ayuda de los monjes constructores, abaciales, iglesias y catedrales románicas.

En el momento de las persecuciones de que, en el siglo XIV, fueron objeto las hermandades, se negaron a separarse de la Iglesia.

Otra hermandad gremial era la de los *Hijos de Maître Jacques*. Se ha convertido en los *Compañeros Pasantes del Deber*. Su legendario está lleno de poesía.

Su fundador sería Maître Jacques, quien nació en una pequeña ciudad llamada Carte (actualmente: Saint-Romilly)[15] en el *Midi*. El padre de Maître Jacques era el maestro de obras Jacquin, nombrado maestro tras sus viajes a Grecia, Egipto y Jerusalén, donde habría ejecutado las dos columnas del Templo de Salomón (una de ellas, efectivamente, es denominada Jaquin).

Son *pasantes*. Me inclino a pensar que este participio no es de un verbo reflexivo, sino que designa a gentes que «hacían pasar». Y cuando se saben los obstáculos que durante mucho tiempo han presentado los ríos a los viajeros, se concibe que organizar su paso, sea manteniendo vados, sea tendiendo puentes, constituía una importante cooperación a la obra civilizadora. Quizá sean los sucesores de aquellos *Moines Pontifes* que fueron grandes constructores de puentes.

A menos que sean anteriores a ellos, pues su leyenda tiene raíces remotas, como el propio nombre de Jacques, que, durante mucho tiempo, designó al campesino galo; y podría admitirse que los *Hijos de Maître Jacques* fuesen los sucesores de aquella cofradía de constructores célticos que firmaban con una hoja de roble.

Por último, cabe pensar que habían constituido una hermandad cuya tarea era organizar el equipo hostelero y religioso en el camino de Santiago de Compostela.

A la tercera cofradía, la de los *Hijos de Salomón*, yo atribuiría la construcción, no tan sólo de Chartres, sino también la de buena parte de las Nuestra Señora góticas y, en cualquier caso, puesto que me parecen «firmadas», las de Reims y de Amiens.

He aquí las razones de ello:

Los *Hijos de Maître Jacques* parecen, en efecto, haber permanecido, cuando menos hasta pasar a la clandestinidad, en Aquitania. Sus iglesias, adornadas con el crisma de la espada o con la cruz de apariencia céltica, rodeada por un círculo, no se encuentran, salvo raras excepciones, más que en el Mediodía de Francia.

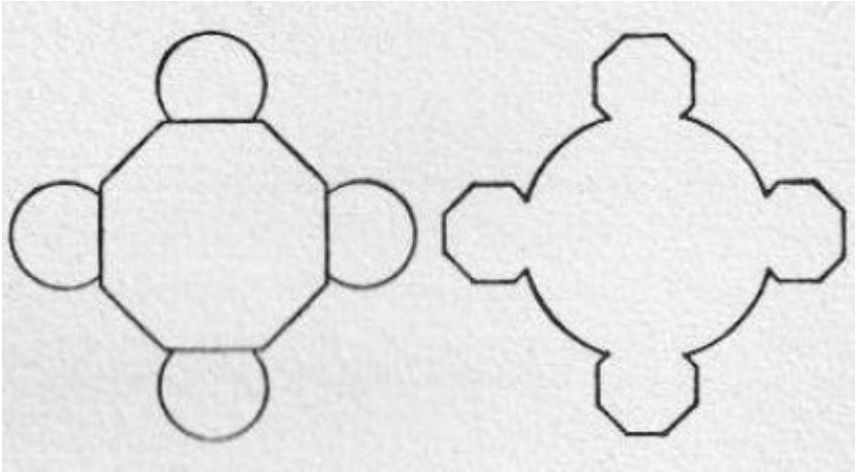
Tienen, por lo demás, un estilo muy personal.

Los *Hijos del Padre Soubise*, benedictinos, parecen más bien entregados al románico, y las marcas gremiales de los constructores del románico difieren notablemente de las de los constructores del gótico, aun cuando los monumentos sean contemporáneos.

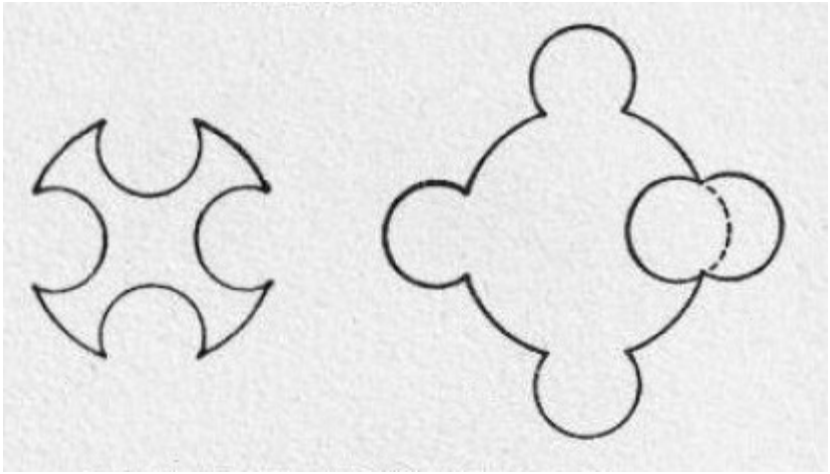
Y como hubo, necesariamente, una hermandad de constructores gótica, no puede tratarse sino de los *Hijos de Salomón*. Es, por lo demás, entre sus sucesores, convertidos en los *Compañeros del Deber de Libertad*, que ha

quedado la tradición de la enseñanza de la necesaria geometría descriptiva, del «Trazo», por los monjes del Císter.

EL PILAR «ESQUINADO»



La inversión de la cruz céltica, base del pilar «esquinado».



Las dos soluciones chartrenses del pilar «esquinado».

En ese caso habrían sido una hermandad de constructores religiosos, fundada por el Císter, paralelamente, si se quiere, a la Orden del Templo, y su «protección», hasta la consecución de las franquicias, habría sido confiada a ésta.

El mismo nombre de Salomón podría muy bien ser un indicio complementario. Salomón, el Adepto, hizo construir el Templo y en él enterró el Arca. San Bernardo, cisterciense, creyó tener el deber de desarrollar, en ciento veinte sermones, a sus monjes, el libro de Adepto de Salomón: El *Cantar de los Cantares*; san Bernardo fundó la Orden del Templo cuyo nombre primitivo es: *Templum Salomonis*, del Templo de Salomón. Los cistercienses enseñan a los *Hijos de Salomón*.

Añadamos asimismo que fue a petición de Amaury, prior de las Galias para el Temple, con el que le uniera amistad, que san Luis otorgó a las hermandades laicas de constructores de iglesias franquicias que les dispensaban de tener que recurrir a protecciones ajenas a sus hermandades.

Cabe, entonces, hacerse una pregunta: ¿Cuáles eran sus condiciones de coexistencia con la Orden del Temple? ¿Estuvieron en la Orden, o fueron solamente *afiliados*, o aun asociados?

Es difícil de responder, pues el Temple tenía una organización harto compleja, mezcla de monjes y de laicos, de milites y de artesanos, todos ellos designados con el nombre de «hermanos».

En la propia base, estaban los *Hermanos del convento*, quienes, hombres de armas o no, eran *monjes*, pues habían pronunciado unos votos. Eran los verdaderos templarios. En la organización general existían, además, voluntarios, que servían para toda la vida o temporalmente, entre los cuales estaban los *Hermanos de oficio*, quienes podían ser igualmente constructores pertenecientes a los *Hijos de Salomón*.

Como vemos, resulta muy difícil contestar.

Un indicio, sin embargo: en las encomiendas, los Caballeros habitaban un edificio prohibido donde no podían entrar mujeres y solamente los «invitados». Era la «Gran Casa»; el convento propiamente dicho.

La «Gran Casa» es denominada así, evidentemente, por oposición a una «Pequeña Casa». Ahora bien, en galo, conservado en el país de Caux y, sin duda, en Picardía, la pequeña es la *cayenne*.

Y la *cayenne* es, tradicionalmente, un lugar reservado a la Hermandad de constructores. Puede admitirse, pues, lógicamente, que junto a la Orden

mayor de los Caballeros del Templo de Salomón, existía una Orden menor y, en cierto modo, filial de la Orden mayor: los Hijos de Salomón.

En cualquier caso, al tiempo que hacía el proceso del Temple, Felipe *el Hermoso* suprimía las franquicias concedidas a los *maçons*[16]. Si los *Hijos del Padre Soubise* se inclinaron, no sucedió lo mismo con los *Hijos de Salomón*, quienes, tras haber provocado algunos disturbios, pasaron a la clandestinidad, o se expatriaron, como hicieron muchos de ellos. Considerándose como desligados de toda obligación para con el rey de Francia y para con el Papado, culpable de no haber defendido a la Orden, se convirtieron en los *Compañeros extranjeros del Deber de Salomón*.

¿Es necesario valerse de ciertas coincidencias entre la «firma» de la Hermandad que construyó las Nuestra Señora y ciertas construcciones templarías?

La Hermandad, especialmente en Chartres, Amíens y Reims, parece haber firmado esos monumentos mediante el uso sistemático del pilar esquinado.

Sin duda no es invención suya y se le encuentra en muchas construcciones románicas, pero la apariencia particular de sus proporciones lo personaliza en cierto modo. El pilar es redondo u octogonal (Chartres), pero las columnitas «esquinadas», es decir, dispuestas en cruz, ofrecen la particularidad de tener, con relación al pilar central, igual proporción que los «pequeños» círculos que mellan el círculo central de la cruz céltica en relación con este círculo.

Además de Amiens, Reims y Chartres, se encuentra esa «firma», que pudiera ser la de una «escuela», en dos pilares de Nuestra Señora de París, junto a la puerta occidental, y dos en Beauvais, uno en cada crucero.

Sin querer sacar de ello conclusiones apresuradas, nos vemos llevados, sin querer, a comparar ese pilar con el clásico torreón templario: la torre esquinada con cuatro garitas, tal como puede verse aún en Sarzay, Indre, o también el torreón de Vincennes, copia de la *Tour du Temple* de París.

Tiene, igualmente, cierto parentesco con la *Tour de César*, en Provins, probable obra de los constructores de fortalezas del Temple.

La relación con los pilares octogonales esquinados con columnas redondas «salta a la vista».

Otros indicios más: en Reims, Amiens y Chartres, en el pórtico Real, en los cordones de dovelaje están representados dos caballeros —a veces desnudos, como en Reims— resguardados detrás de un solo escudo con carbunclo.

¿Recuerdo de la dualidad templaría?

Y el carbunclo es símbolo de alquimia.

Otras coincidencias históricas se presentan: el gótico verdadero, nacido al mismo tiempo que el Temple, cesa con él. Se torna: el «ojival», el «flamígero». No es más que virtuosismo. Ya no es el *Templo iniciador*.

Parejamente, el vitral desaparece. Da paso al vidrio pintado, que no vale más de lo que vale el pintor, y, en cualquier caso, no tiene otra virtud que las de su adorno.

¿Hay que deducir de ello que los «conceptistas», los «sabios», se encontraban en el Temple y que desaparecieron con él?

El tesoro del Temple

Hay que ir más lejos. Cabe preguntarse si, no solamente los constructores de las Nuestra Señora estaban protegidos por el Temple, sino, además, si esas construcciones, la de Chartres en particular, no fueron una de las misiones impartidas a la Orden por san Bernardo.

Antes del Temple, no hay más iglesias grandes que las abaciales. Las iglesias seculares son pequeñas. La iglesia de Fulbert de Chartres, que, sin embargo, dista de tener el desarrollo de la catedral actual, es una excepción. Nuestra Señora, en París, ocupa el sitio de tres iglesias anteriores; y París era ya entonces una gran ciudad.

Hay que ver las cosas como eran. La mayor parte de las ciudades de Francia, sobre todo al norte del Loira, no son más que pequeños burgos de medios sumamente limitados. El dinero escasea y no circula. Cuando un municipio posee algún haber, o puede procurárselo, las construcciones que emprende en primer lugar atañen a las murallas que la ponen —relativamente— al abrigo de las guerras incesantes y de las bandas saqueadoras, que respetan tan poco a las ciudades abiertas como las tropas regulares.

Las ciudades no tienen, pues, más que iglesias pequeñas y carecen de medios para hacerlas construir mayores. En rigor, en las ciudades ricas, como Ruán —la segunda ciudad del reino—, se multiplica el número de parroquias y se adornan las iglesias gracias a los donativos de unos u otros.

¿Cómo, entonces, en algunos años, y en todos a la vez, desde París hasta los pequeños burgos de algunos miles de habitantes, ha podido hallarse el

dinero necesario para emprender esas enormes construcciones?

Para situar el problema, no existe prácticamente ninguna población francesa actual de la importancia que tenía Chartres en la Edad Media, es decir, de una decena de miles de habitantes, que pueda llegar a construir una piscina, lo cual no es, sin embargo, mas que un hoyo de fábrica en la tierra. Y esos burgos (Amiens y Reims son, apunas, mayores que Chartres) pueden, súbitamente, permitirse el lujo de catedrales qua albergaría un estadio.

No obstante, no hay medio de sonsacar a los campesinos y a los burgueses el dinero que ya no tienen cuando los recaudadores del diezmo y del censo han pasado.

¿Milagro, entonces?

No. Sencillamente, han acontecido dos cosas: una histórica, pero la otra no figura en los manuales.

La histórica, son las Cruzadas que han desembarazado al país de buena parte de los bandoleros, señoriales u otros. San Bernardo decía de ellos, bastante cínicamente: «Existe ahí una doble ventaja: el país se desembaraza de ellos, y ellos pueden prestar servicio en Oriente».

Por ese hecho, la «ganancia» ha aumentado y, con ella, el dinero disponible.

Sería, sin embargo, insuficiente sin la aparición de un organismo bancario, susceptible de hacer frente, día a día, a las dificultades de pago a los trabajadores; hasta de proporcionar los eventuales medios de transporte y las herramientas.

Las grandes órdenes religiosas poseían las riquezas suficientes, pero las reservaban para sus propias abadías, a ejemplo de Cluny o de Saint-Denis.

Solamente una organización era entonces capaz de asumir ese papel de banquero-tesorero, de aportar una ayuda eficaz y continua y de lograr que se organizase el trabajo: la *Orden del Temple*.

Es evidente que no podían ellos, los Caballeros, asumir el cometido de la construcción; sus riquezas, por muy grandes que fuesen, no hubiesen bastado. Solamente podían prestar. El dinero necesario debía venir del pueblo. Era menester, pues, que el pueblo se enriqueciese, pues de nada sirve esquilar a un carnero que no tiene lana.

Fundaron, pues, apoyado en su Orden, sin recurrir a reyes ni a obispos, a señores ni a cuerpos constituidos, todo un sistema de economía política que, si hubiesen podido continuar, habría conseguido que Occidente alcanzase un elevado grado de civilización y de bienestar.

En 1128, cumplida su misión, los nueve primeros Caballeros del Temple —o, al menos, seis de ellos— regresaron de Tierra Santa y se presentaron al Concilio de Troyes, reunido para la circunstancia; pidieron ser constituidos en Orden religiosa y que les fuese dada una regla monástica.

San Bernardo redactó para ellos una regla de monjes-soldados que, en su esencia religiosa, se asemejaba mucho, hasta en el color del hábito, a la regla cisterciense y, en su esencia militar, a las prescripciones caballerescas del Ramo Rojo de la Irlanda céltica.

(A ese propósito, es raro que fuesen a buscar tan lejos, y con tanta carencia de argumentos, el origen de la caballería de Occidente, cuando se encuentra casi enteramente contenida en la gesta de Irlanda y principalmente la de Cuchulain).

Lo asombrosa de esa regla es que, con todo y exigir una pobreza personal de cada caballero, se hallaba concebida —y deliberadamente concebida— para que la nueva Orden llegase a ser sumamente rica y poderosa.

El medio era muy sencillo: la Orden recibía, pero nunca daba, salvo para la limosna que era obligatoria. La Orden podía recibir todos los donativos, todas las adquisiciones le eran permitidas, pero nunca podía ser cedido «ni un lienzo de muro ni una pulgada de tierra».

Los únicos regalos que personalmente podía hacer mi caballero eran una vestidura usada o un perro. Si durante los combates eran hechos prisioneros caballeros, la Orden tenía prohibido pagar rescate por ellos. Para su rescate, el caballero no podía ofrecer más que un puñal o su cinto (ofreciendo así el no portar armas). Por lo que, salvo raras excepciones, los Templarios hechos prisioneros fueron siempre ejecutados.

Como no podían llevar joyas de oro ni armas costosas, como la única piel permitida era la de conejo, como no podían tomarse ninguna distracción, salvo la caza del jaguar o del león, rara en Francia; como no

podían tener tratos con mujeres, se comprende que los «gastos» quedaban verdaderamente reducidos al mínimo estricta.

En algunos años, el tesoro del Temple se hizo impresionante: en tierras, en beneficios, en numerario, en créditos.

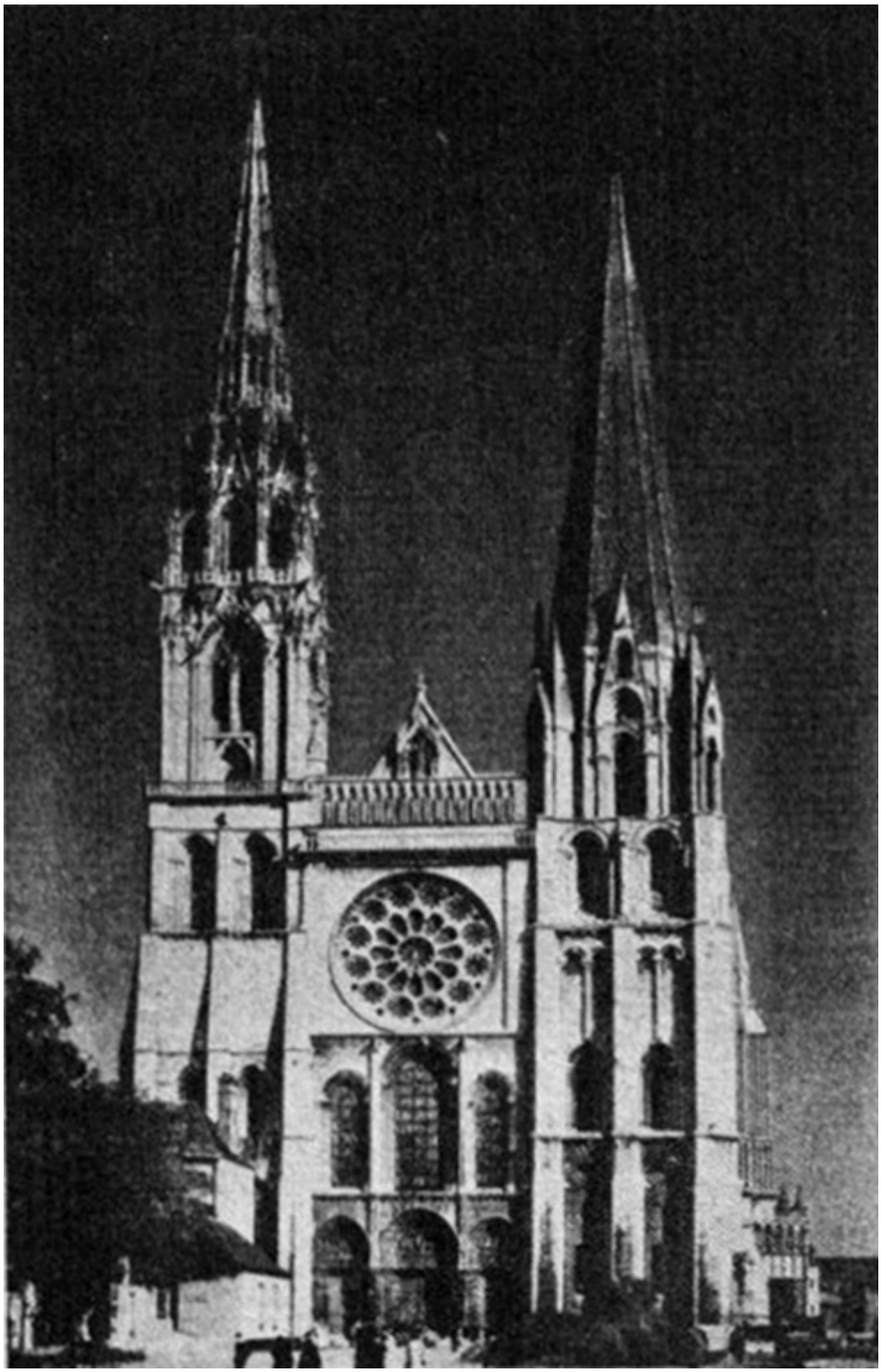
Y aquella riqueza fue organizada de forma que aprovechase a todos.



Los dos caballeros detrás del escudo con el carbunclo en los dovelajes de la puerta Sur de Occidente. ¿Géminis o Templarios? (Foto Giraudon).



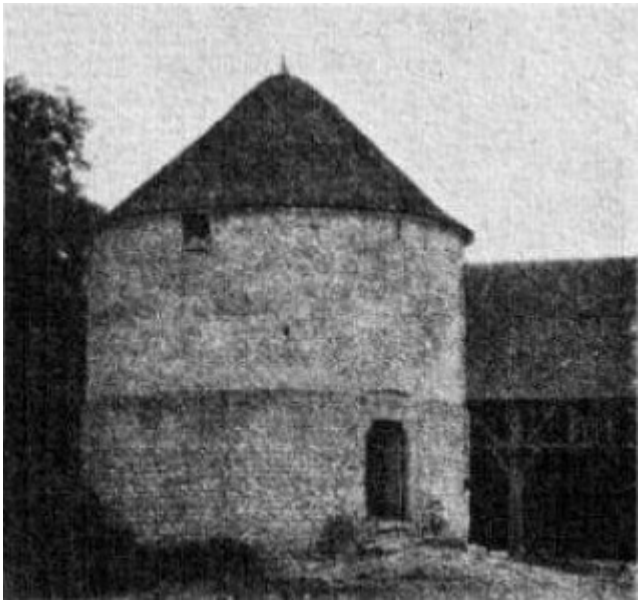
El «asno musical» de la torre Norte. (Colección del autor)



Para conservar el portal y la gran vidriera, ambos del siglo XII, sin sacrificar el gran rosetón, el maestro de obras tuvo que apretar los tres elementos, como muestran las diferencias entre las líneas horizontales de las torres y las de la fachada. (Foto Jean Feuillie).



Templario en oración. Vitral de Saint-Denis. (Foro Jean Roubier).



Restos de una torre en el patio de la antigua encomienda de Sours. (Colección del autor).



La Natividad. Fragmento de la galería que separa el coro del trascoro. (Foto Jean Roubier).

El Manto Blanco, la Cruz Roja, los grandes mandobles, las cargas bajo el sol de Oriente, los misterios han hecho olvidar demasiado que los Templarios fueron grandes agricultores.

Hacia la época de su proceso, a principios del siglo XII, poseían, en Francia, cerca de mil *encomiendas*, cada una de las cuales dirigía varias granjas, cultivadas por la *Mesnie du Temple*: colonos, criados y siervos.

No se trataba de fortalezas, sino de simples granjas cercadas que a menudo se denominaban los «Recintos del Temple». Algunos inventarios, extendidos por los oficiales de Felipe *el Hermoso*, cuando la detención, y que han llegado a nosotros, demuestran que aquellas encomiendas y granjas estaban notablemente organizadas y provistas de aperos de labranza en abundancia.

Como los Templarios, hombres de armas adiestrados, eran bastante temibles, huelga decir que sus bienes escapaban a los saqueos que eran de tradición en aquella época.

Añádase a ello que los Papas les habían otorgado muchísimos privilegios, entre ellos el de eludir la jurisdicción eclesiástica —salvo la de ellos— y que, por ser de Iglesia, escapaban a la jurisdicción feudataria. Por lo que constituían, si no un Estado dentro del Estado, al menos un «cuerpo» completamente independiente, al margen de todos los impuestos, incluido el diezmo al clero (solamente el Císter y el Temple estaban eximidos de él).

Fue a aquellas granjas, explotadas en toda seguridad, que los siglos XI y XII debían el haber, relativa mente, escapado al hambre que entonces devastaba a la Humanidad. Constituían, asimismo, las propias bases de la acción de los Templarios en Occidente.

La primera misión oficial que se habían asignado los nueve Caballeros fue proteger a los peregrinos en el camino a Jerusalén.

Por peligrosos que fuesen los caminos de Palestina, los de Francia no eran mucho más seguros. En tiempos de san Bernardo, *el rey de Francia estaba obligada a llevar personalmente guerras contra los señores bandoleros que desvalijaban a los viajeros por los caminos a menos de diez leguas de París.*

Ser mercader, transportar mercancías, eran entonces oficios llenos de riesgos. Los mercaderes y los transportistas de mercancías no eran los únicos, por lo demás, en correr peligro por los caminos feudales de la Alta Edad Media. Todo hombre, no noble, o siervo, era «villano» y, como tal, si no poseía una especie de «franquicia», podía ser requisado y puesto a trabajar forjadamente por el señor de las tierras que cruzaba.

El único límite a aquellos abusos era el temor de represalias si se atacaba al hombre de un «grande» o a un hombre de Iglesia, lo cual, entonces, hacía soliviantar a todo el aparato clerical. La Iglesia, tanto secular como regular, poseía un poder que, por no residir en las armas, movía a reflexión.

Casi únicamente los monjes podían transitar sin peligro, custodiados a la vez por su hábito y por su pobreza, No ocurría lo mismo con los mercaderes. Por la noche, quienquiera no pudiese llegar a una ciudad arriesgaba quedarse sin cobijo o, si no encontraba un monasterio, a la merced de huéspedes de azar.

Además, el viajero debía tener en cuenta las alimañas y principalmente los lobos que pululaban hasta en los alrededores de las ciudades, sobre todo durante los inviernos rigurosos. Así, pues, sólo se desplazaba quien no podía menos que hacerlo.

Pero un país sin comunicaciones, vegeta. Arquímedes, en una aldea perdida en medio de bosques, puede tomar un baño gritando; «¡Eureka!». Su hallazgo, estará tan perdido como su aldea. E igualmente podrá morirse de hambre en caso de escasez, si de otra aldea que rebosa de trigo no se lo pueden mandar.

El camino es la base de toda civilización y hasta de toda vida, no sólo en tanto que vía, sino, además, de vía en la cual se transite con seguridad. Y que sea económicamente «posible», pues, durante mucho tiempo, ciertos puentes, ciertos pasos, ciertas carreteras fueron sometidas a peaje, y los viajes lejanos hacían demasiado caras las mercancías, incluso cuando eran de primordial utilidad.

Ahora bien, ocurrió —y si fue por casualidad, la casualidad hizo bien las cosas—, que, por lo general, las encomiendas se encontraron, una junto a otra, situadas a la distancia de una corta etapa diaria de aquellos tiempos. Y cada encomienda, incluso cada granja, era un lugar vallado, una tierra de Iglesia, con derecho de asilo y, generalmente, con una hospedería, denominada: *Hopitot*.

Así se crean las «rutas templarías», por las que pasan los hombres de armas del Temple, por las que cierta seguridad está, pues, garantizada.

Veamos lo que dice de ello John Charpentier:[17]

«¿A qué ejercicios se entregan tas Templarios en los campos que rodean sus casas? A una verdadera Policía de las grandes vías comerciales. La vigilancia de tales vías parece, en efecto, haber sido el objeto de las salidas que solían efectuar… Garantizaban la seguridad de los viajeros, tanto contra los bandidos como contra los peajes.

»Las moradas de los Templarios son asimismos gendarmerías. A veces, proveen al abastecimiento de una comarca delegando a algunos caballeros que protegen de lejos, o sólo por su presencia, carretas y rebaños. Se ha visto repetidas veces a milites escoltar desinteresadamente, durante un largo recorrido, a religiosos y laicos en peregrinación».

Es de destacar, igualmente, como lo ha hecho John Charpentier, que los Templarios se alzan contra tos peajes: de hecho, contra todo lo que puede estorbar la libre circulación, y es casi una constante encontrar, al cruzar antiguos vados, los restos de una encomienda que debía de vigilar aquel vado y que quizá lo había habilitado.

¿Quién utilizaba aquellas rutas templarías, aquellos *hopitots*? Sin duda los peregrinos, los viajeros «de oficio», aunque, probablemente, fuesen recibidos por los «hermanos de oficio» que trabajaban en cada «templería» y a menudo vivían en su recinto: pero sobre todo los mercaderes.

Y no cabe duda de que las encomiendas acogían no tan sólo a los mercaderes, sino las mercancías, y que crearon almacenes.

El ejemplo más típico es el de la encomienda de Sours, cerca de Chartres, de la cual, por desgracia, nos faltan los documentos para esclarecer el papel en la construcción de la catedral.

Sours es actualmente una aldea situada no lejos de Berehères-les-Pierres, donde están las canteras de las que se extrajeron los materiales de construcción de Notre-Dame, La encomienda sigue siendo una granja que ha conservado el recinto cuadrado, las medias torres de la entrada, el basamento de un crucero de ojivas cuadrangulares de la torre central, restos de murallas y un estanque, resto del antiguo embalse. (Toda encomienda tenía su embalse, pues los Templarios comían poca carne). La antigua capilla de los Caballeros se ha convertido en un granero que conserva el notable armazón, de cuadernas curvas como las de un barco, de su techumbre. A la entrada, en el dintel de la puerta, hay un extraño dibujo que

representa, al parecer, el casco de los Caballeros. Pudiera ser, en efecto, un casquete de hierro envuelto por un turbante.

Cerca de esa encomienda, que tuvo una grandísima importancia en Francia, existía, no ha mucho, un granero de trigo. Ese silo hizo acusar a la Orden de acaparar el trigo para revenderlo, cuando, a causa de la carestía así provocada, los precios habían subido. La calumnia no tiene base alguna, puesto que la regla prohibía a todo Templario, aunque fuese dignatario, vender lo que perteneciera a la Orden sin decisión del Capítulo. Y el trigo comprado habría pertenecido a la Orden. Y no hubo mercaderes en el Temple.

Pero el almacenaje era cosa diferente, Los Templarios aceptaban el almacenamiento de mercancías en sus locales (a cambio, sin duda, de una retribución normal). Y parece evidente que los campesinos de los contornos, cuando podían, debieron considerar una suerte poder poner sus cosechas, o parte de sus cosechas, al abrigo de saqueos. Y de impuestos señoriales o clericales.

Los Templarios lo hicieron todo, pues, para favorecer el comercio, llegando incluso a crear mercados bajo su control y para desarrollar la artesanía, como así se produjo en Provins, cuya riqueza hicieron.

No cabe duda de que su sistema económico, cuyas virtudes hace poco hemos redescubierto, consistió en hacer que circulase el dinero con más facilidad y lo más rápidamente posible, creando incluso un Banco para ayudar a esa circulación.

Era provocar el enriquecimiento de todas las clases de la sociedad y, por ende, permitir un aporte directo mucho más importante a las tasas y colectas autorizadas para la construcción de las iglesias catedrales.

Con aquel juego, se enriquecían igualmente con los alquileres percibidos de los almacenajes y por el agio de su Banco, que aplicaba el sistema de las letras de cambio. A ello añadían también, además de los «beneficios» del clero proveniente de donaciones, ciertas «colectas» de impuestos para el rey de Francia, como en Champaña y en Flandes, y sin duda en otras provincias. Por último, fueron los contables de numerosos señores, de obispos, e incluso, hasta su fin, del rey de Francia, cuyos tesoros «custodiaban».

Su riqueza se hizo por ello considerable.

Pero un atesoramiento constante hubiese ido en contra de su meta. En efecto, aquellas gentes que recibían sin cesar y que sólo gastaban para el sostenimiento de su milicia, habrían terminado por acumular de forma exagerada; y el numerario, escaso ya en aquella época, hubiese terminado por encontrarse enteramente en los sótanos del Temple, Y sin utilizar y, por lo tanto, inútil.

No pudiendo donado, instauraron un sistema de préstamos. Y ahí es donde su aportación a la construcción de las catedrales debió de ser determinante. Contrariamente a los «lombardos» y a los «judíos», prestaban seguramente a una tasa razonable, puesto que ninguna queja, ni siquiera durante el proceso, ha sido descubierta contra ellos en ese sentido.

Prestaron a los reyes, a los señores, a los obispos, pero sobre todo, pienso yo, a los comerciantes, a los negociantes. Crearon incluso un servicio de préstamos con garantía que funcionaba en todas las encomiendas, para uso de particulares, y que era lo que había de ser, más tarde, nuestro «crédito municipal».

Por último, compraban. Compraban tierras, arruinando poco a poco —y ciertamente no era involuntario— el sistema feudal entonces vigente; hasta tal punto, que Felipe *el Hermoso*, a principios de su reinado, les prohibió durante algún tiempo aquellas adquisiciones. Incluso les prohibió recibir tierras en donación. Tuvo que revocar rápidamente dicha medida.

Hay que decir unas palabras acerca de las otras dos fuentes posibles de riqueza.

Alquímicamente, en primer lugar, en forma de oro alquímico. No se puede, en efecto, rechazar *a priori* como absurda esta posibilidad. Se sabe, con toda evidencia, que los —algunos— Templarios se dedicaron al estudio de los arcanos de la Piedra Filosofal; la historia del *Baphomet*, cuando el proceso, lo revela suficientemente. Pero la alquimia, que es tanto una forma de pensamiento filosófico como un proceso de laboratorio, tiene muy otras metas que la de «fabricar oro»; pues esta fabricación, esta transmutación no es más que el experimento *test* de determinado logro. Permite, entre otras

cosas, ciertas mutaciones vegetales y la obtención de medicaciones muy eficaces.

Más cierta, por poderse extender sobre indicios casi probatorios, es la introducción, en el mercado europeo, de plata procedente de las minas mexicanas.

Al no haber sido englobada la flota templaría en las requisas operadas por los magistrados y oficiales del rey Felipe IV *el Hermoso* en 1307, ningún documento nos queda sobre las utilizaciones de aquella flota, aparte del abastecimiento de] Ejército de Oriente, pero…

Pero, en España, los Templarios ingresaron en masa, cuando su disolución, en la *Orden de Calatrava*; y parece seguro que fue en el convenio de Calatrava donde Cristóbal Colón, que se alojó en él, halló los elementos de su certeza en cuanto a la existencia de las Indias Occidentales.

Pero, en Portugal fue creada, cuando la disolución de la Orden, y especialmente para los Templarios, la *Orden de Cristo*, que usaba la cruz templaría, la cruz de gules paté, y cuando los portugueses de Enrique *el Navegante*, gran maestre de la Orden de Cristo, se lanzaron al descubrimiento de los océanos pareciendo saber perfectamente adonde iban, sus velas debían llevar obligatoriamente la cruz de la *Orden de Cristo*, es decir, de la *Cruz de la Orden del Temple*.

Pero Jean de La Varende, que tuvo en su poder buen número de documentos pertenecientes a las antiguas familias normandas, hace decir a uno de sus personajes de *Gentileshombres* que el Temple iba a buscar plata en las minas mexicanas, y que aquella plata era concentrada luego en Sours, nuestra encomienda de Chartres.

Pero la plata, que escasea hasta 1100, se torna bastante corriente a fines de la Edad Media y durante el Renacimiento. ¿De dónde habría venido? Las minas de Alemania todavía son desconocidas, las de la Galia están agotadas o perdidas, y las de Rusia aún no han sido prospectadas.

Y quizás esté ahí el secreto de la construcción de Chartres, tan rápidamente, tan bien, tan fácilmente.

Y no solamente de Chartres.

No aporto pruebas directas. Con el Temple, nunca hay pruebas. Sus documentos, si existen, nunca han sido hallados. La única prueba es la

ausencia de posibilidades contrarias.

Tengo al Temple por responsable de la construcción de las grandes catedrales góticas, por la sencilla razón de que sólo él habría tenido la posibilidad de permitir su realización a los obispos y a los capítulos.

En Chartres, sólo por su intervención directa puede explicarse que el maestro de obras y sus obreros (carpinteros, canteros, imagineros, albañiles) hubiesen podido estar en el tajo tan rápidamente tras el incendio de 1174. Sólo con su intervención puede explicarse que toda la obra, salvo los porches, añadidos después, hubiese podido ser ejecutada en veintiséis años.

¿Acaso no estaba en su misión, la que les había asignado san Bernardo?

Son Caballeros del Temple, y la misión del Caballero es socorrer y liberar.

Recapitulemos.

Cuando se presentan en Palestina, ¿qué reclaman como misión, aunque ésta no sea más que un enmascaramiento? Proteger a los peregrinos de los bandoleros que les roban en la ruta peregrina.

En Europa, ¿qué hacen? Organizan los cultivos. Es, por una parte, liberar a las poblaciones del hambre que reinaba, y a veces con extrema brutalidad. Es, asimismo, liberar a siervos y villanos del despotismo de señores y obispos. Ciertamente, ellos tienen siervos en sus *mesnies*, pero no debían de ser muy desventurados, puesto que se conocen casos de *burguesas*, es decir, mujeres acomodadas, que pagan censo, que se casan con siervos del Temple en Provins.

Protegen, en sus caminos templarios, a viajeros, peregrinos y mercaderes. Libran a éstos de los salteadores de caminos, señores o asesinos. Por sus caminos, les libran de los peajes y otros impuestos de tránsito que reclamaban ciertos poseedores de tierras.

En sus recintos viven, a resguardo, numerosas gentes de oficio: tejedores, herreros, carreteros, albañiles, etcétera.

Ellos son quienes obtienen, del rey san Luis, franquicias reales para los constructores de iglesias y sus hermandades.

No hay nada en sus acciones que no vaya dirigido a la promoción humana, la protección del débil, la liberación de la esclavitud y de la

Injusticia (Reinarás mientras seas justo, decía un prior del Temple de Inglaterra al rey Enrique).

«*¡La espada sólo te ha sido dada para la defensa de los débiles y los pobres!*», decía san Bernardo a Teobaldo de Champaña.

Se trata precisamente de promoción humana; y esta promoción sería incompleta sin la existencia de templos de iniciación que actúen directamente sobre el individuo para despertar en él la espiritualidad, sin la cual el hombre nunca es un hombre completo.

No podían desinteresarse de la construcción de aquel templo en un lugar venerado entre todos, el de Chartres, donde la Tierra Madre proyecta su inefable don.

Existe, además, un hecho bastante asombroso.

Excepto la galería del trascoro esculpida, en el interior de la catedral de Chartres no había ninguna escultura.

La capilla de san Piato data del siglo XIV. Los obispos la hicieron construir al final del ábside, es decir, fuera del monumento, para servirles de sepultura, puesto que el subsuelo de la catedral les estaba prohibido. La capilla Vendôme data del siglo XV. Y es una catástrofe, El «contorno de coro» fue comenzado en el siglo XVI por Joan de Beauce, después que hubo terminado la aguja de la torre norte de la fachada de Occidente.

Es evidente que se tuvo el mayor cuidado en no empañar en nada la resonancia de la nave. No se ponen adornos en una cuerda de arpa.

La decoración, la imagen más bien, que era una especie de enseñanza histórica o simbólica, estaba reservada al exterior y, más especialmente, a los porches y pórticos. Por lo demás, a veces era también una «explicación» del edificio y del lugar que ocupa en el cristianismo, en el sentido más amplio de «civilización cristiana».

Ahora bien, en el pórtico real, el tímpano central está adornado con un admirable Cristo en la Gloria rodeado por los cuatro símbolos evangélicos. En la puerta de la izquierda se halla la ascensión de Cristo.

En el mismo pórtico, esculpida en los capiteles que rematan las estatuas-columnas de lo que se cree son los reyes y reinas de Judá, es

contada, en pequeñas escenas llenas de vida y de movimiento, la historia de María y de Jesús.

Y es notable que entre treinta y ocho escenas, ninguna represente la crucifixión.

Se pasa directamente del beso de Judas a la sepultura.

Ninguna mención hay en ese pórtico del suplicio de la cruz.

Lo mismo acontece con los otros dos pórticos, que datan aproximadamente de 1220 a 1240. Así como en los porches que fueron hechos antes de 1260.

Cristo está en el pórtico Sur, en el entrepaño de la puerta Central, enseñando y bendiciendo. Está en el tímpano de la puerta de la derecha, entre María y Juan. Está, entre dos ángeles, en la puerta de la izquierda, la puerta de los Caballeros.

En el pórtico Norte hay algunas escenas más de la vida de Jesús.

Pero ningún Cristo en la cruz.

(Y creo que lo mismo sucede en Reims y en Amiens, en las partes anteriores al siglo XIV).

Cierto que en la gran vidriera de Occidente, en la parte consagrada a la vida de Jesús, a la izquierda, cuando se está en el interior de la catedral, hay un pequeño medallón que representa a Cristo en la cruz, pero se trata de uno de los vitrales del XII, proveniente probablemente de Saint-Denis.

Como fuere, no existe ningún Cristo en la cruz en la catedral, de los siglos XII y XIII.

Pero Chartres es un lugar de nacimiento y no un lugar de muerte; y hasta los «diablos» con los que los imagineros se divertían tanto para hacer sobrecoger a reyes y obispos, no hacen, en Chartres, más que una discreta aparición en el pórtico Sur; más, parece ser, para distracción del buen pueblo que para asustarlo.

Las tres rosas

Cierto que la catedral ya no es enteramente lo que era. Unos rompieron los vitrales; otros la emprendieron contra los porches. Dieron un contorno al coro que resulta una pieza de museo, no de templo. El altar mayor dejó el lugar sagrado, primero por el presbiterio, luego por la intersección de los cruceros. Abandonó la tabla mística, la tabla de la Cena, por la tabla cuadrada.

La catedral de Chartres es citada en todas las guías como un modelo de realización estética.

Pero el maestro de obras buscaba muy otra cosa que una realización estética. No hacía arte; hacía una catedral. Intentó —y lo logró— construir un instrumento de acción religiosa; un instrumento *directo*, que poseyese por sí mismo un poder *sobre* los hombres; un poder de transformación, de mutación del hombre…

Es un instrumento de paso de un mundo a otro; un puente entre dos mundos que, geométricamente, se expresan de modo distinto: es un paso de lo recto a lo curvo, tan difícil de realizar como el maridaje del Agua y del Fuego, Y, al parecer, ese paso logrado de lo plano a lo curvo, ese «abovedar» en la negación del peso por el peso, esa tensión de piedras generadora de energía, esa sutil proyección de una armonía celestial que anima a la materia, son las responsables, a la vez por los sentidos más groseros y los sentidos más sutiles del hombre, de dicha acción.

Salvo una completa impermeabilidad, quien ha visto, visitado, se ha impregnado de Chartres, no es ya del todo el mismo hombre; y eso a pesar

de los estorbos de sillas, de los rezos balbucidos eléctricamente (pero ¿dónde está, pues, la «voz justa»?), de las cánticos entontecedores en ese monumento de inteligencia; a pesar del altar erigido en mesa de conferencias.

Pese a todo ello, el viejo «atanor» no ha perdido todo su poder.

A principios de este siglo, un hombre acudió allí, desde París, repitiendo la ruta de la antigua peregrinación, No era demasiado creyente, pero, salido de la tierra consagrada a Belisama, extrañas levaduras fermentaban en él, Su nombre era Péguy, era orleanés y se hallaba sumido en conflictos sociales que le abrumaban. Iba, sencillamente, a poner bajo la protección de Nuestra Señora a un hijo enfermo.

Tras aquella peregrinación, tampoco él había de volver a ser nunca más el mismo. Pero había acudido «abierto», con toda la humildad de su orgullo de hombre. Era poeta, y los ritmos le penetraban en lo más profundo de sí mismo. Se convirtió en el cantor de Nuestra Señora de Chartres.

En verdad, la acción directa del monumento no se ha extinguido todavía; ¡pero cuán mayor debía de ser esa acción cuando la nave se presentaba en su pureza original!

«Nunca había visto —escribía un canónigo del siglo pasado—, nunca había visto el interior de nuestra catedral en toda su belleza hasta cierta vez, única: fue después del incendio de 1836, cuando se había quitado todo el mobiliario…».

Pero debemos seguir los pasos del hombre en la catedral tal como estaba en los tiempos de su pureza y de su desnudez primitivas.

Hay tres entradas en el pórtico occidental de Chartres; pero una sola vía; en efecto, las puertas laterales no desembocan en los andenes, como en la mayoría de las otras iglesias. Las tres desembocan en la nave.

A la derecha está la puerta del nacimiento, que preside María, encarnación cristiana de la Madre divina. Figura sentada como la Virgen Negra y sosteniendo al Niño Dios en sus rodillas. Está rodeada, en los dovelajes, por las siete artes liberales y por los sabios que las ilustraron,

designados, sin duda, según la idea que de ellos se tenía cuando la designación.

Entre ellos, dos signos del zodíaco, aislados: Piscis y Géminis. Géminis, son los dos Caballeros detrás de un solo escudo con carbunclo: los dos Caballeros del Temple, que vemos unidos, como exigía la regla, y cuya Orden tenía más que una particular veneración por Nuestra Señora. Piscis: el tiempo de su reinado en esa forma.

A la izquierda, la Puerta de los Tiempos, presidida por la Ascensión de Cristo en una nube sostenida por dos ángeles. En los dovelajes, rodeándole, los signos del zodíaco alternados con los trabajos de los hombres. Y están los trabajos de los doce meses, pero no Piscis ni Géminis.

En el centro hay la puerta de la fe mística —así, al menos, lo juzgué yo — entre la del trabajo de la Naturaleza y la del trabajo del espíritu. En el tímpano se halla el admirable Cristo bendiciendo, entre los cuatro símbolos evangélicos alados. Corona los doce apóstoles alineados de tres en tres y se encuentra rodeado, en los dovelajes, por doce ángeles y los veinticuatro ancianos del Apocalipsis. Entre esos ancianos se ve al Adepto portavoz de matraz, señalado por Fulcanelli en *El misterio de las catedrales*.

Ahí también encontramos las tres vías rematadas por la ojiva; la ojiva del pórtico de Chartres, que tan bien responde a su papel que el maestro de obras, aunque fuese anterior a él, quiso conservar.

Y ese papel de poner al hombre de pie, en el orgullo de su calidad de hombre; pero un orgullo que no habría de excluir la humildad ante el mundo divino. La humildad del hombre ante el hombre es cobardía: la falta de humildad ante el Universo es necedad.

Para entrar en la iglesia gótica, el hombre no se encorva, se yergue, pues Dios lo ha querido de pie.

El hombre entra.

Y hele aquí de pronto en otro aspecto de su propio mundo, Hele aquí en un lugar donde cuanto más pesa la piedra menos pesada es; donde el peso es en sí mismo su propia negación; donde aquello que pesaba se eleva; donde ninguna línea encorva al hombre, sino, por el contrario, le exalta;

donde todo le cuenta la tierra, en su aspecto más duro; la piedra, pero donde todo le revela, al mismo tiempo el Espíritu de esa tierra, su armonía, su canto, su esencia divina.

He aquí a ese hombre, olvidadizo de su propio peso, erguido, aligerado por la potencia evocadora, mimética, de esos arranques de piedra; hele aquí en ese lugar de fuerzas telúricas y cósmicas donde oye vibrar en sí mismo el *la* de su acorde íntimo con el mundo entero.

El hombre está en pie y camina hacia el altar, remontando el curso de la corriente telúrica, el inefable don de la Tierra Madre, de la Virgen Negra, de la santa Ana, de Nuestra Señora, Y hele aquí ante la tabla redonda, ante el Laberinto.

Otros laberintos existen aún, como en Amiens. El de Reims fue destruido porque los chiquillos se divertían en recorrerlo. Aquello irritaba a los canónigos. Peores terrenos de juegos podían haber encontrado aquellos chiquillos, y los canónigos hubiesen debido aún estimularles.

El nombre de *laberinto* ha sido dado a esos dibujos en las losas a causa, sin duda, de cierta complicación de sus trazos. También eran llamados, a veces, «dédalos», por el nombre del arquitecto minoico, padre de Ícaro, a quien dio alas. La leyenda no es gratuita.

Se ha hablado mucho de simbolismo a propósito de esos laberintos; y está fuera de duda que sea un símbolo alquímico, pero no puede dejarse de notar que el laberinto de Chartres (como tampoco el de Amiens o, antaño, el de Reims) no es, hablando con propiedad, un laberinto, en el sentido de que es imposible extraviarse en él, pues no tiene más que un «camino», que conduce al centro. Y todos los laberintos conocidos de las Nuestra Señora tienen ese mismo camino.

El cual es, pues, *fijado* y no dejado a la fantasía del maestro de obras o del maestro enlosador.

Lo cual implica que se tiene especial empeño en que las gentes que se encaminan por el «dédalo» sigan por un trazado determinado; que recorran un camino y no otro. Y ese camino debía ser recorrido a un ritmo, según un ritual.

Pero el caminar ritual ya no es caminar, ¡es danza!

El laberinto es un camino de danza escrito en el suelo. Es una aplicación razonada de las virtudes de la *ronda*.

Reflexionemos. Nos encontramos en un lugar que ha sido escogido para la utilización por el hombre de una corriente telúrica que aflora, y que debe tener sumas analogías con las corrientes magnéticas. Ahora bien, es un resultado bien conocido de las corrientes magnéticas que todo cuerpo en movimiento en los campos de esas corrientes adquiere propiedades particulares. Es, incluso, el modo como se fabrica la electricidad, haciendo girar un rotor en un campo magnético, natural o artificial.

Es sabido, asimismo, que el cuerpo humano, inmerso en esos campos, por ejemplo en las espiras de un solenoide recorrido por una corriente eléctrica, e inmerso así en el seno de una corriente magnética violenta, sufre de ellos una influencia que actúa profundamente en su cuerpo (fiebres provocadas). El hierro dulce se imanta en ellos.

Hacer girar a un hombre, de forma determinada, en un campo, será provocar en ese hombre acciones determinadas.

Se podía muy bien —¿qué más daba?— recordar a los simples que recorrer el laberinto era un poco, para quienes no lo podían, hacer la peregrinación de Jerusalén (y habría mucho que decir sobre ese «camino de Jerusalén»), que lo importante era que aquel laberinto fuese recorrido.



Un camino escrito en el suelo… Y tal vez, una lenta evolución del hombre que lo recorre…

Evidentemente, había que hacerlo descalzo; y no ya por penitencia, sino para que los pies estuviesen en contacto directo con aquella piedra, acumulador de las virtudes de la corriente.

Al igual que los barros de Dax deben ser aplicados sobre la piel.

«*Quita el calzado de tus pies, dice la Escritura, pues el lugar donde te encuentras es sagrado*». Y en las mezquitas se sigue descalzándose. Y los gitanos danzan descalzos sobre la tierra.

Es probable que aquella marcha ritual debía ser ejecutada sobre todo en las épocas de grandes pulsaciones de la corriente telúrica, que debían

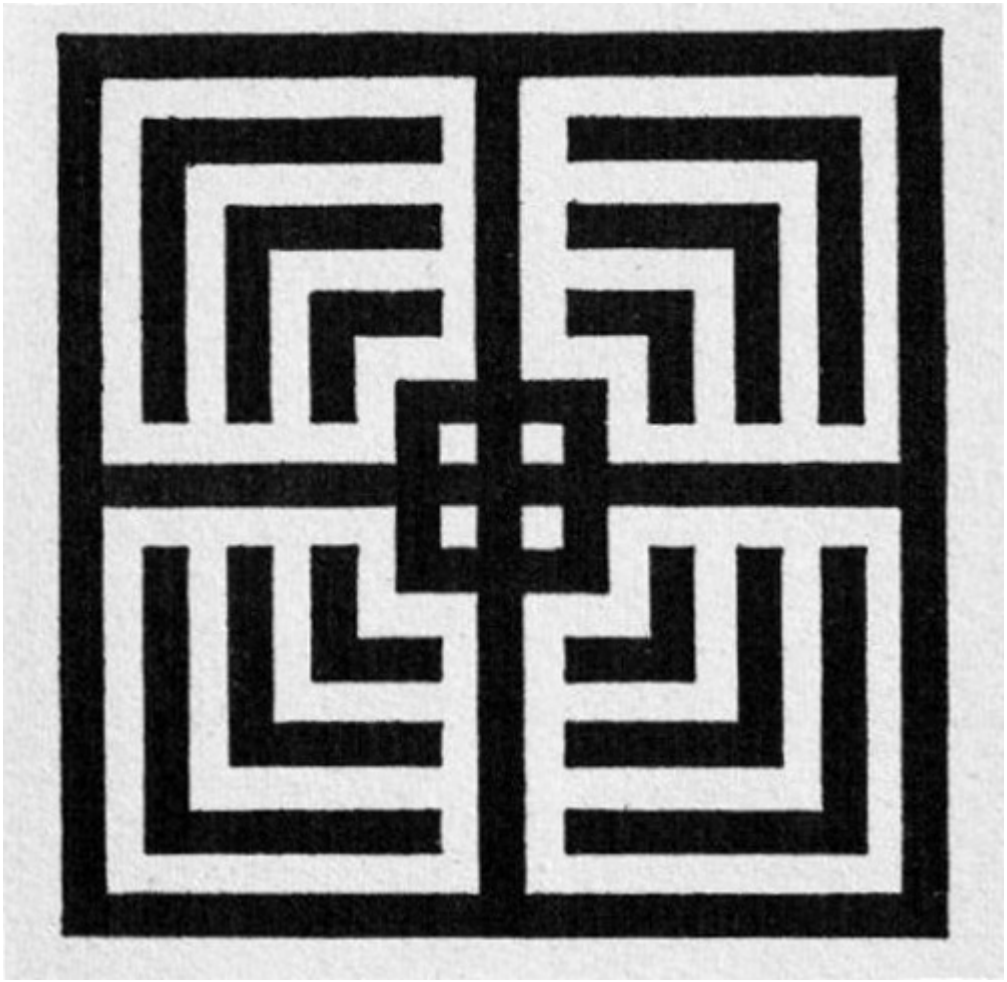
coincidir con la peregrinación, En primavera, ciertamente, como lo dan que pensar las «rondas de Pascuas» que conducía el obispo.

El hombre llegado al centro del laberinto, tras haberlo recorrido ritualmente, tras haberlo «danzado», será un hombre transformado y, que yo sepa, en el sentido de una apertura *intuitiva* a las leyes y armonías naturales; a las armonías y a las leyes que él quizá no comprenderá, pero que sentirá dentro de sí, de las que se sentirá solidario y que serán para él mejor test de verdad, como el diapasón es el *test* del músico.

Es poco probable que, aun en período de «pulsación» de la Wouivre, la invasión por la Gran Iluminación haya sido frecuente. Pero un estado «receptivo» es ya más de cuanto poseen la mayoría de los hombres.

Una vez cumplido su «Camino de Jerusalén», el peregrino iba hacia la tabla cuadrada.

El pavimento primitivo, como he dicho ya, desapareció. *«No obstante* —dice Bulteau—, *en varios puntos, sobre todo en el crucero y en la parte baja de la nave, existen alineaciones de losas cuya razón nos es imposible dar»*. Éstas se hallan ahora, al menos en lo que respecta a las del crucero, bajo el nuevo altar. Es probable que, primitivamente, no se trate solamente de alineamientos de losas. Cabe formarse una idea de lo que era la tabla cuadrada por la que existe en Amiens a la entrada del coro.



Los lados de la tabla de Amiens son paralelos o perpendiculares al eje de la catedral. Es probable que la tabla de Chartres tuviese una de sus diagonales sobre ese eje. Cabe suponer que las diferentes partes de la tabla ofrecían, para quien se encontraba en ella, miras particularmente reveladoras sobre el conjunto de la armonía de piedra realizada en el monumento.

Si nos acordamos de las relaciones decimales que unen la tabla de construcción de Chartres con la tabla de la gran pirámide de Keops, hallaremos menos extraordinario que esa tabla de Amiens tenga la apariencia de corte vertical de una pirámide.

Es en ese lugar, en medio de la intersección de los cruceros, donde todos los Números de la catedral se tornan sensibles; allí donde pueden ser captados por los sentidos. Allí concurren todas las líneas; allí se afirman todas las proporciones. Es allí donde los Números cantan.

Allí es, igualmente, donde pueden ser «razonados» —por quien pueda sentirlos— bajo la luz de las tres grandes rosas.

En las catedrales góticas, el misterio de las «rosas» sigue sin ser desvelado.

Es sabido que se debe descartar *a priori* toda idea del arte por el arte. Lo cierto es que aquéllas han sido «instaladas» para su acción. Forman parte del «instrumento». Ello es particularmente sensible en Chartres en lo que atañe al gran rosetón occidental.

El maestro de obras se encontró ahí frente a un problema sumamente delicado de adaptación: conservar, en esa fachada, el pórtico primitivo, de 1155, el cual, sin duda, respondía exactamente a su objeto: conservar igualmente la triple vidriera por la calidad de sus vidrios, e incluir, sin embargo, a ese conjunto una «necesaria» rosa de Occidente. Para resolver el problema, se vio obligado a distorsionar la bóveda entre las dos vueltas, aunque de forma inapreciable a la vista; sin duda, a acentuar esa pendiente del suelo hacia el pórtico que se observa en la catedral y a aplastar literalmente uno encima de otro los tres pisos exteriores de la fachada: pórtico, vidriera y rosetón.

Ello no deja de crear un desacuerdo cierto entre las líneas horizontales de las torres y la fachada existente entre ambas. El maestro de obras hizo, pues, lo que pudo, pero cuando se comprueba, en el resto del monumento, el rigor con el cual líneas y proporciones se encadenan en una lógica implacable, forzoso es considerar que la «rosa» fue colocada *por necesidad*, mas no por voluntad de estética.

La utilidad es, pues, cierta, y el hecho que su motivo nos escape no la suprime ni mucho menos.

Para Fulcanelli, esos rosas tendrían una correspondencia alquímica:

«La rosa representa, pues, por sí misma —escribe en Las moradas filosofales[18]*— la acción del fuego y su duración. Por eso los decoradores*

medievales trataron de traducir en sus rosetones los movimientos de la materia excitada por el fuego elemental, como puede notarse en el pórtico Norte de la catedral de Chartres, en las rosas de Toul…».

Las tres rosas de Chartres ofrecen, por lo demás, una particularidad que considero excepcional: están constituidas por piedras ahuecadas para insertar en ellas los vitrales, y no, como las de las demás catedrales, por una construcción de piedras ajustadas.

Sea lo que fuere, es solamente en la intersección de los cruceros, es decir, la tabla cuadrada, donde el influjo simultáneo de las tres rosas resulta perceptible. Y es de destacar que en los tiempos en que aún existía la galería del trascoro, la luz de las vidrieras altas del coro no llegaban hasta allí, pues, simbólicamente, la tabla mística está cerrada y sólo se abre por una «puerta estrecha».

Es en ese lugar de la tabla cuadrada donde permanecían los «Caballeros» cabalgadores de la «Cábala», no admitidos a la entrada de la tabla mística.

Allí, la catedral «hablaba» al cerebro, pues es el lugar —y no tan sólo simbólicamente— de las medidas y de las comparaciones, y no dudo de que los dibujos del enlosado hayan constituido una clave de ello.

Tres vías desembocan en esa intersección de los cruceros y, simbólicamente, corresponden a tres estados humanos que ya han experimentado una «evolución».

Por la nave, que es el paso «natural». El hombre no llegaba a la tabla cuadrada, la de la «comprensión», sino tras haber recorrido la tabla redonda; después de haber conocido, en cierto modo, un nuevo nacimiento, haberse despojado del egocentrismo humano para integrarse, en tanto que parte actuante, en la armonía de las fuerzas terrestres y cósmicas.

Por el crucero Sudeste, por el pórtico llamado *de los Caballeros*, que custodian dos caballeros con los pies en escuadra, reservado simbólicamente a quienes estaban instruidos de la «Cabala», que montaban la Cabala, es decir, instruidos en la ciencia de las leyes y armonías naturales.

Es en este hecho donde hay que buscar el origen de la leyenda que confería a algunos el derecho a entrar «a caballo» en las iglesias; leyenda tomada al pie de la letra por algunos zafios jinetes que se creían caballeros.

Ese pórtico Sudeste es el de los iniciados de la nueva alianza, de la Era cristiana. El Cristo que preside en el entrepaño de la puerta Central es un Cristo docente. El libro, cerrado, que sostiene posee las exactas proporciones del Número Áureo. En cambio, el que sostiene san Juan, en la misma puerta, está dentro de las proporciones de la Tabla mística: 1/2.

La tercera vía discurre por el crucero Noroeste, al que se accede por el pórtico llamado: de los «Iniciados», Ese pórtico tiene un vínculo misterioso con la alquimia. En el entrepaño de la puerta Central está santa Ana, la madre de la Madre.

Ana, es la Madre suprema; un poco la Ghea de los griegos. Para los alquimistas, es la matriz de donde todo ha salido y todo el pórtico está, con ella, dedicado al cristianismo esotérico, con su puerta de la izquierda consagrada a la Virgen, pero cuyo «tránsito», en el tímpano, hace pensar incontestablemente en los versos de Salomón con que termina el Cantar de los Cantares:

Oh, no despertéis a la Bella antes de que sea la hora.

En el pórtico de la derecha, consagrado, dícese, «a las figuras del Antiguo Testamento que simbolizan a Jesús», se observa que el tímpano está ocupado por Job en su estercolero, que me parece ser una representación simbólica, si no es un Jeroglífico, de la putrefacción que prepara el renacimiento en el matraz. Pero solamente un Adepto estaría facultado para interpretar todo ese pórtico.

Los vitrales, las alargadas ojivas que hay bajo el gran rosetón, no son menos explícitas.

La vidriera del centro representa, también, a santa Ana llevando a la Virgen niña; una santa Ana de rostro negro que también sostiene un tallo de lirio florido. Se encuentra rodeada por *Melquisedec*, quien domina a *Nabucodonosor*; por *David*, quien domina a *Saúl*; por *Salomón*, quien

domina a *Jeroboam*, y por *Aarón* quien domina a *Faraón*. También ahí la alusión alquímica es evidente.

Es probable que ese pórtico estuviese, simbólicamente, reservado a los filósofos estudiantes de la Piedra Filosofal.

La tabla mística estaba encerrada en el coro. Como ahora, dos vías de acceso permitían entrar allí. Una estaba reservada a los curas, y se hallaba a la izquierda del coro, junto al presbiterio.

Igualmente frente a esa puerta el enlosado ha sido cambiado. La entrada también estaba marcada con una tabla cuadrada. En Amiens, ésta sigue en su sitio. Los curas pasaban, pues, por una representación de la tabla cuadrada. La tabla mística no admite a los ignorantes.

La otra entrada, puerta estrecha practicada en la arcada central de la galería del trascoro, estaba situada en la punta de la tabla cuadrada de la intersección de los cruceros. Franquearla, era renunciar al mundo material. Era acceder al tercer nacimiento que sucedía a la segunda muerte.

En aquel lugar todo ceremonial se tornaba secreto. Sólo más tarde el público fue admitido a asistir a la celebración del ritual.

Durante todo su viaje, el hombre que penetraba en la catedral, estaba bañado de efluvios telúricos, sonoros, visuales, luminosos, en los cuales los efectos mágicos del rito —pues el rito es mágico, sea cual fuere el nombre que se le quiera dar— debían cobrar una amplitud y una potencia extraordinarias, y el hombre debía quedar profundamente marcado por ellos…

Mas si el rito, bastardeado, ha perdido mucho de su potencia; si la desaparición de numerosos vitrales protectores hace destructora a la luz solar; si los altavoces suenan extrañamente a falso, y aún más los cantos, en ese lugar que se quería fuese de una armonía sin fallo, la armonía arquitectónica ha permanecido intacta —o casi—, y nadie puede jactarse, ni siquiera actualmente, de salir de la catedral de Chartres idéntico a lo que era antes de entrar en ella…

La tercera medida

En Chartres hay tres tablas.

Hay, igualmente, tres planos.

El primer plano es el del recinto del lugar; es el plano de los límites de la superficie, el plano del influjo. Tiene dos dimensiones y se puede analizar fácilmente. Su medida —su «módulo»— es de 0,82 m.

El segundo plano es el del «vacío» y entraña la arquitectura de la elevación, por lo que la medida utilizada para la construcción es la de este segundo plano. No concierne más que a la nave central. Las naves laterales, así como el deambulatorio, sólo son lugares de paso, no lugares de viaje de iniciación.

Es el plano de la armonía realizada entre las líneas geográficas, los sonidos musicales y los colores de la luz. Está ligado a la posición de Chartres en el Globo terrestre, y se trata de una organización de los volúmenes. Tiene tres dimensiones, y su medida es 0,738.

No he conseguido llegar al conocimiento del tercer plano, sino solamente a la convicción de su existencia. Quizá no tiene medida expresable en términos de longitud, pues si está «imbricado» en los otros dos, rebasa la aparente inercia de la materia. No puede referirse sino a la materia viviente, en movimiento.

Debe ser, lógicamente, un plano de cuatro dimensiones, en el cual interviene el tiempo.

Es un plano «de movimiento», pues todo, en la catedral, es movimiento: movimientos antagónicos de las piedras, tensas como resortes, y que neutralizan unas a otras, en el instante, su propio movimiento.

He señalado, como era debido, el aspecto dinámico del crucero de ojivas. Su apariencia estática no puede disimular que constituye una bóveda vibrante que, precisamente por serlo, se sitúa en el tiempo, en un espacio temporal.

La catedral vibra al menor sonido y, aunque esto no sea perceptible por nuestros sentidos, a las menores impulsiones de la corriente telúrica de la cual es la culminación.

He señalado también lo lejos que se extendía esa relación dimensional de la iglesia y del transcurso del tiempo, puesto que la longitud de la nave «vacía» de la catedral era la diez milésima parte de su traslación en una hora, a consecuencia de la rotación de la tierra en torno de su eje.

Y todo ello procede de un plano que, asimismo, tiene su medida… Pero no es fácilmente descifrable, aunque el maestro de obras seguramente dejó las «claves» aparentes, como lo hiciera para los otros. Quizás incluso «saltan a la vista»…

Esas «claves» permiten sin duda abrir las puertas de ese reino de la armonía esencial de la tierra y del cosmos en movimiento; armonía cuya ley es quizá la solución de esa «Ecuación del Universo» que la ciencia actual busca pesando epifenómenos, lo cual la limita a no ser sino la ciencia de los epifenómenos.

La misma catedral está concebida para poner al hombre en movimiento: en los meandros calculados del laberinto que debía ser recorrido ritualmente; en las alineaciones de la tabla cuadrada sobre la cual probablemente debía tener lugar el rito del «agua lustral» animada por los cuatro alientos y sobre la cual también debía desarrollarse algún intelectual juego de Números de casilla en casilla (y que quizá revelaría un simbolismo del juego del ajedrez); en la tabla rectangular, lugar secreto del ritual cristiano a base de gesto y de sonidos ritmados.

Es obvio que esa «disección» en tres planos no es más que un medio de análisis, y que esos tres aspectos de la construcción parten de un solo dato, único, así como la catedral parte de un punto y la planta de un germen, que crece al materializarse según la ley de armonía imperiosa.

Y es el camino inverso que se le exigirá recorrer al hombre.

Para el hombre, la catedral es, ante todo, una disposición de la materia más material que existo: aparentemente, la piedra, inmóvil, inmutable.

Una vez dentro de la catedral, ya no queda, de esa materia, más que el recinto de un vacío y, en este vacío, el hombre se trasladará, no ya según superficies, sino según líneas… Y su andadura lineal se resuelve por la llegada a un punto. Allí donde desaparecen toda materia, todo espacio, toda superficie, todo movimiento.

¿Cabe entender que sólo cuando el hombre, en el curso de su periplo, ha abandonado todo vínculo con la materia, le es descubierta esa «clave» de la complejidad del Universo en su totalidad?

Donde ve, según la expresión tradicional, a Dios «cara a cara»… El Universo entero incluido en, un átomo al igual que el átomo está incluido en el Universo.

Conducir al hombre a ese punto, si no de comprensión, al menos de «comunión» con el Mundo, tal es el sentido y la meta de la catedral, y entonces se comprenderá que yo haya podido hablar de «monumento utilitario».

La gran conquista del cristianismo, la más magnífica, ha sido poner a la disposición de todos el monumento de iniciación reservado antes a algunos privilegiados, que eran los únicos en tener acceso al interior de los templos.

Hay, ciertamente, alguna magia en la catedral de Chartres.

Quizá no sea a la catedral misma, sino al lugar, que deba atribuirse las cualidades terapéuticas que eran conocidas por todo el Occidente desde la Edad Media.

No poseemos ningún documento que permita afirmar que las virtudes medicinales del lugar —o del agua del pozo céltico— hayan sido conocidas antes del cristianismo, ni siquiera antes de la construcción de la catedral

actual, pero es un hecho que a partir del siglo XII hasta el XIV, los enfermos acudían en masa; hasta tal punto, que una especie de lazareto fue instalado en la cripta, donde los pacientes eran curados, en el seno mismo de la tierra, junto a la estancia dolménica, con el agua del pozo.

Se sanaba sobre todo, al parecer, el «alto mal», las parálisis. El agua era igualmente benéfica para las llagas.

Y aquella acción mágica no era tan sólo sensible en el interior de la iglesia.

Según Froissart, en 1360, el rey de Inglaterra sitiaba la ciudad de Chartres y había instalado su campamento cerca de Brétigny, a siete kilómetros de aquélla. Una mañana en que el cielo era particularmente azul y el tiempo clemente, dio la orden de asalto, pero entonces una tormenta que nada había hecho prever se formó sobre el campo y se desató: *«Caían piedras tan grandes* (de granizo) —dice Froissart—, *que mataban a hombres y a caballos, y los más se quedaron pasmados»*. Eduardo III, espantado, levantó los brazos hacia los campanarios de la catedral y suplicó a Nuestra Señora que hiciese cesar el cataclismo: en tal caso, él concedería al rey de Francia una paz inmediata, Entonces, la tormenta cesó y el cielo se serenó.

Milagro, por supuesto. Milagro, sin duda también el hecho de que, desde la construcción de la catedral, una especie de protección oculta parece haberse extendido sobre la ciudad, que ha escapado prácticamente a todas las destrucciones bélicas.

Incluso las destrucciones de las guerras de Religión y la Revolución fueron bastante benignas; algunos motivos rotos en el pórtico real —los obispos y capítulos de la catedral hicieron cosas mucho peores—, pues los revolucionarios se contentaban con saquear el tesoro y quitar el plomo de la techumbre para hacer «balas republicanas».

El incendio de 1836 que asoló el *bosque*, es decir, las vigas de la techumbre, no consiguió causar mella en la bóveda, lo cual es propiamente milagroso, como tampoco dañar las vidrieras.

Por último, es de señalar que, durante la Revolución, Chartres fue, en cierto modo, un lugar de asilo donde vivieron, sin ser molestados,

numerosos aristócratas que, en otros lugares, habrían sido destinados a la cuchilla popular.

Muchas cosas más siguen siendo misteriosas en esa catedral, cuya simplicidad y desnudez interior sorprenden.

El canónigo Bulteau, quien editó, el siglo pasado, una gran monografía en dos nutridos tomos, señala a la entrada del laberinto, fijado a una losa, una anilla sujeta por una escarpia y, sobre aquel punto, pintada en la bóveda, una «cruz de Malta» roja. Si bien la anilla ha desaparecido, la escarpia subsiste aún; en cuanto a la cruz roja pintada en lo alto de la bóveda, no ha podido percibir rastro alguno de ella. El canónigo ignoraba tanto el significado como la utilidad de las dos marcas. Y yo también.

En el muro meridional de la torre Sur existen dos esculturas bastante deterioradas: un asno que sostiene un instrumento musical, y otro animal levantado sobre sus patas traseras, cuya cabeza y miembros anteriores han desaparecido. Según las tradiciones orales, se trata del «Asno que toca la zanfonía» y de la «Marrana que hila». De hecho, la marrana es, visiblemente, un verraco, y la zanfonía, una especie de cítara…

«Cosa asombrosa —escribe el canónigo Bulteau—, *se ve, en un documento del antiguo Egipto, un asno que pellizca* (?) *una lira de nueve cuerdas».* ¡Egipto otra vez!

El asno era quizás un onagro, animal que, en la Antigüedad, tenía algún valor simbólico que no he podido comprobar con certeza. Cierto que existen dos «asnos», que son dos estrellas de la constelación de Cáncer, y el asno habría sido, para los egipcios, el símbolo de Tifón, que era un dios del Mal.

Si su hubiese tratado solamente de una piedrecita grabada, cabría pensar en alguna malicia por parte del imaginero deseoso de burlarse de esas gentes que siempre quieren hacer aquello para lo cual están tan poco dotados como el asno —cuya voz armoniosa es conocida— por la música. Pero la escultura tiene demasiada importancia para que se trate solamente de una broma.

Además, está la marrana. Y ahí ya tenemos más luces, la palabra *«truie»* (marrana) es una desviación del antiguo vocablo celta que significa: jabalí (*truth*). Truth, fue, por asimilación fonética, una de las representaciones del druida. No era la única, por lo demás; otra asimilación era el roble: *dru*; otra más era hecha con la trucha.

El «jabalí» que hila, es el druida, quien de la rueca saca un hilo conductor, una especie de hilo de Ariadna. ¿Habrá existido una tradición, entre las hermandades de constructores, de un saber druídico cuidadosamente conservado un el secreto de los «trucos» y las jergas de oficio? Ciertas supervivencias de arte galo, sobre todo en el románico, harían pensar en ello[19].

Por último, existe el misterio de use cerro inviolable… e inviolado. Ese «tabú», ¿concierne verdaderamente a la cualidad del suelo y de la corriente telúrica? ¿Quién podría decirlo?

Se ha destacado a menudo bastante la existencia en los lugares sagrados de tres cavernas o de tres criptas superpuestas que podrían haber correspondido, originariamente, a las tres fases de la iniciación. No sería, pues, de extrañar que bajo Chartres existiesen esas tres cavernas o criptas tradicionales.

El subsuelo de Chartres está, en todos los sentidos, recorrido por subterráneos muy antiguos, la mayoría de los cuales son actualmente fosas sépticas.

Así, cuando recientemente se pusieron los cimientos de un edificio moderno frente a la «Casa del Salmón», se habrían encontrado, según un rumor público no controlado, *doce* pisos de cuevas.

Aun dejando aparte la exageración habitual, es seguro que existen cavidades importantes en aquel paraje, que se encuentra sobre el cerro, cerca de la catedral. No tendría, pues, nada de extraño que lo mismo ocurriese bajo ésta.

Ese «tabú», ¿estaría destinado a impedir el acceso a un escondrijo donde se habría enterrado algún objeto particularmente valioso? Inmediatamente se piensa en aquel Arca de la Alianza que descansó ya en los sótanos del Templo de Salomón…

Vale la pena hacer esta pregunta, pues parece ser que hubo una «defensa» junto a la catedral, lo cual es, cuando menos, desacostumbrado.

La cabecera de la capilla de san Piato, construida en el extremo del ábside en el siglo XIV, está adosada a dos torres evidentemente anteriores. Esas dos torres no corresponden en absoluto al estilo de la capilla de san Piato, ni a ningún estilo religioso. Pueden —y así parece— haber formado parte de un pequeño castillete.

Por otra parte, una de esas torres, la del Norte, está situada exactamente en el eje de la catedral y pudo haber servido de «referencia» para el trazado en el suelo. Desde esa torre, si se examina el plano, se «ve» el ábside de la iglesia en un ángulo de 90°, lo cual no es ciertamente fortuito; y su distancia a la catedral (medida tomada en el plano) es de 148 m, aproximadamente. Me inclinaría a rectificar esta cifra a 147,60 m. Al ser la anchura de los cruceros desde los pilares exteriores del porche Norte basta los pilares exteriores del porche Sur de 73,80 aproximadamente, la media geométrica de ambas longitudes que forman un rectángulo de proporciones $^1/_2$ y abarcan la extensión total de la catedral, incluidas las torres del castillete, es de $\sqrt{147,6 \times 73,8} = 104,40$ m, aproximadamente, o sea, la altura de la torre occidental Sur…

Sin duda podríase deducir de ello que esas dos torres de Oriente, que considero forman parte de una organización de defensa, datan de la misma época.

Para fortalecer el «tabú», se habría estimado, pues, necesaria una protección directa y material.

Sería sumamente interesante encontrar al menos los basamentos del conjunto al que pertenecían las dos torres. Si resultaba que el conjunto fuese cuadrado con cuatro torres de ángulo, sería casi una firma templaría. Y recordaríamos que Wolfram d'Eischenbach hacía del Gran Maestre del Temple el guardián del Grial.

Así termina, en el extremo del rollo de mi saber, este análisis del Templo de Occidente.

Hombres más importantes que yo encontrarán en él cosas más importantes, y, si no se pierden en la tabla cuadrada donde las

especulaciones cerebrales funcionan en balde, podrán descubrir, Dios mediante, el paso de los ritmos espaciales a los ritmos temporales, pues quien inscribe el espacio inscribe el tiempo.

Quien quiera llegar a ese punto donde los ritmos espaciales dan la clave de los tiempos, deberá hallar la tercera medida, la medida secreta, la «vieja medida», que fue también la de las Pirámides y del Templo de Salomón.

Puede parecer sorprendente que semejantes correspondencias puedan existir entre Keops y Chartres; entre dos monumentos tan diferentes, dos formas de civilización tan distantes en el espacio y en el tiempo. No es sorprendente sino en apariencia.

La ciencia tradicional es una ciencia, con todo lo que este término puede entrañar; más completa, sin duda, que la ciencia actual que, con microscopio o con telescopio, sigue no viendo el Universo más que *por fuera*, al no poseer el *intus lectio*, la posibilidad de «leer dentro» (¿acaso no es la etimología de la inteligencia?), Y es, en tanto que ciencia, generadora de «poder», que ha sido conservada secreta, escondida, oculta.

Ocultar por peligrosa —como toda ciencia para quien la utiliza sin consciencia—, prácticamente no ha salido de los «colegios» y de las «hermandades» de esencia religiosa, sea la que haya sido la religión.

Los libros de ciencia de esos colegios y de esas hermandades son jeroglíficos, son enigmas, hasta retruécanos, que no cabe pensar en penetrar sin haber «hecho estudios» en todos los campos de las facultades humanas, incluido el espiritual; ni jeroglíficos o enigmas que son leyendas (como la mitología), escritos sagrados, piedras labradas, monumentos.

Pero bajo esos jeroglíficos y esos enigmas diversos, la ciencia es una. Leyendas, escritos sagrados, piedras labradas y monumentos tienen una base común que se encuentra de monumento iniciador en monumento iniciador, tanto si se trata de ciertos dólmenes, de ciertas pirámides, de ciertos templos como de ciertas catedrales.

(¿Se ha observado que los espacios vacíos reservados en la pirámide de Keops sobre la cámara del rey, y que son considerados como «cámaras de desechos», eran, efectivamente, cámaras dolménicas reservadas para cinco dólmenes superpuestos?).

Encontrar proporciones idénticas en esos varios monumentos es, pues, menos sorprendente de lo que parece, puesto que la gran ley de armonía que expresan es una, aunque el estilo sea diferente.

Tampoco es sorprendente que esos monumentos estén situados en lugares donde las corrientes telúricas pueden ayudar a los hombres a conseguir la inteligencia, el *intus ligere*, a la lectura *por dentro* de la Gran Naturaleza, símbolo visible de la Gran Ley.

Al igual que la Naturaleza, la Ciencia que va de las Pirámides a las Catedrales es una, razón por la cual las coincidencias son constantes entre las proporciones de Chartres y las de Keops.

Entre otras: se sabe que la «cámara del rey» de la gran pirámide tiene las proporciones dimensionales siguientes: anchura = 1; longitud = 2; altura = 1,117. Si se multiplican estas cifras por 16,4, resulta: anchura = 16,4; longitud = 32,8; altura = 18,32; ahora bien, 18,32 x 2 = 36,64; y 36,64 metros es la altura de la bóveda sobre el coro de Chartres, cuya tabla rectangular tiene una anchura de 16,4 metros y una longitud de 32,8 m. Es decir, que, en sus proporciones, el coro de Chartres está ligado directamente con la «cámara del rey».

Aunque las dimensiones, las proporciones, tengan coincidencias, resulta evidente, sin embargo, que ambos monumentos no han sido copiados uno de otro. Ha habido, pues, aplicación *diferente* de una misma ciencia. Y ello implica la posesión de una misma *clave*; pero asimismo —y esto es en verdad angustioso— el conocimiento de las leyes de una evolución que condiciona los medios de acción de la que se desprende el estilo.

Pero quizá también ello está contenido en la *clave*.

De esa clave se sigue fácilmente el rastro en la Historia, aun cuando ésta tiene apariencias de leyenda. Para no remontar más lejos, va desde las Pirámides hasta Moisés, quien lo grabó en las Tablas de la Ley; pasa a David y luego a Salomón, su hijo, *instruido de toda la sabiduría de los egipcios* (Reyes), quien se sirvió de ella para construir el Templo. El *Documento de Damasco* cuenta que el *Salvador* tuvo conocimiento de la misma. Los Adeptos persas no parecen haberla ignorado después que el Islam hubo tomado Jerusalén. Los nueve primeros Caballeros del Temple la

aportaron a la Orden del Císter, que hizo extraer de ella las tres Nuestra Señora de iniciación.

Después volvió a ser ocultada y seguirá estándolo hasta que hayan llegado los tiempos, pues el florecimiento de las civilizaciones sigue el ritmo de los tiempos, pulsación de las grandes Estaciones de las Eras.

Y cabe notar que hay el tiempo de una Era entre la construcción de las pirámides y la del Templo de Salomón; y de una Era, asimismo, entre la construcción del Templo de Salomón y la construcción de Chartres…

Chartres nunca fue terminado.

Se trata solamente de detalles relativos a los pináculos del porche Norte. Se ha pretendido igualmente que cada una de las torres de fijación, dos en el arranque del ábside, dos en los extremos de cada crucero, debía ser rematada por una antena, con el añadido de una aguja medianera en la intersección de los cruceros. Ésta ha existido, no de piedra, sino de madera, y ardió en 1836. No se sabe si era «de origen».

En cuanto a las otras torres, el hecho parece improbable, puesto que la torre norte de Occidente, aunque fue la primera construida, no había sido rematada con ella y porque, al decir de los arquitectos, Jean de Beauce, que construyó aquella aguja Norte, habría realizado una verdadera proeza, pues la torre no había sido concebida para soportar un peso semejante.

Creo que no debía existir, en Chartres, más que una sola flecha, que fue construida; y la única señal de falta de conclusión está en ese abandono del tajo antes de terminar el porche Norte. Además, hace falta estar prevenido de ello para notarlo. Y sólo se trata de decoración exterior.

El «instrumento» en sí estaba terminado. Funcionaba. Los adornos de las patas influyen poco en la sonoridad de un piano.

Pero, un 1260, más o menos, cuando los obreros abandonaran el porche Norte, ya no eran del lodo *obradores*. Por lo demás notables… y libres. Habiendo conquistado sus franquicias.

Libres y responsables de sí mismos. Libres, sin que nadie guiara ya sus pasos. En los otros tajos de la iglesia, sólo se trabajaba esporádicamente.

Parece deducirse que, hacia aquella época, o quizás antes, hubo una «dimisión» funeral del espíritu. Se había acabado el gótico. Iba a hacerse el *ojival*, con todos los adornos del virtuosismo. Iba a hacerse Arte por el Arte.

Todo sucedió como si, una vez terminado el monumento iniciador, se hubiese devuelto a los hombres su completo libre albedrío, como se hace con los escolares cuando la enseñanza ha terminado. ¡Que vivan su vida por su cuenta y riesgo!

Una vez abierto el libro, los hombres son libres.

La Bella se ha adormecido. Pero su castillo permanece en su corona de espinas.

La «mano» que conduce la evolución de los mundos deja siempre un monumento que es un faro para los hombres, Si quieren ser ciegos, allá ellos; peto si quieren ver, siempre les es dejado el medio de ver en la plena libertad de sus actos.

Son libres, Y responsables, Individualmente.

Y cuando ya no queda ni un «justo», entonces el libro se cierra y el Templo se derrumba.

Notas

[1] *La Mythologie française*. <<

[2] *Les Noms de lieux* (Los nombres de lugares). <<

[3] Régine Pernoud: *Les Grandes Époques de L'Art en Occident*, Editions du Chêne, 1954. <<

[4] Jean Taralon: *Lumiéres*, 1962). <<

[5] *Envoûtement* significa hechizo, embrujo. *Voûte* significa bóveda. <<

[6] Fulcanelli: *El misterio de las catedrales*, Plaza & Janés, 1968. <<

[7] Talleres. <<

[8] Del Medico: *Los Manuscritos del mar Muerto*, según Yom. 52b. <<

[9] *Ibídem*. <<

[10] René Merlet: *La Cathédrale de Chartres*. <<

[11] «Parlanchinas». <<

[12] Julliard, editor. <<

[13] «Redondeles de Hadas». <<

[14] Régine Pernoud: *Les grandes époques de l'Art en Occident*, Éd. du Chêne. <<

[15] Lucien Carny, en *Atlantis*, núm. 222. <<

[16] «Albañiles». <<

[17] John Charpentier: *L'Ordre des Templiers*. <<

[18] Plaza & Janés, S. A., 1969. <<

[19] Marcel Moreau: *La tradition celtique dans l'Art roman*. <<

Índice

El enigma de la catedral de Chartres	2
Una mancha de sol	4
El misterio del cerro	12
El misterio de la orientación	32
Un instrumento musical	37
Un asombroso saber	44
La misión de los nueve caballeros	47
El Templo de Salomón	55
El Arca escondida	69
El retorno a Francia	75
El misterio de las torres	80
En veintiséis años	86
Un tendel y una medida	90
El misterio del plano	98
El grial y la alquimia	122
El «codo» de Chartres	135
El misterio musical	144
El misterio de la luz	152
Los compañeros	159
El tesoro del Temple	167
Las tres rosas	187
La tercera medida	199
Notas	210